

# CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«FELIZ TÚ  
QUE HAS CREÍDO»

La Virgen María,  
icono de la fe  
obediente

La fe de María  
en el Magisterio

María, don de Dios

La fe de María en  
san Bernardo y  
en san Alfonso  
María de Liguorio

San Maximiliano  
María Kolbe,  
Caballero  
de la Inmaculada



*La Visitación*, de Domenico Ghirlandaio

«Isabel, proclamándola “bendita entre las mujeres”, indica la razón de la bienaventuranza de María en su fe: “¡Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (Lc 1,45). La grandeza y la alegría de María tiene origen en el hecho de que ella es la que cree.»

Juan Pablo II: catequesis del 2 de febrero de 1996

## Sumario

Feliz tú, que has creído <i>Enrique Martínez</i>	3
La Virgen María, icono de la fe obediente <i>Palabras de Benedicto XVI en la audiencia del 19 de diciembre de 2012</i>	6
La fe de María en el magisterio de Juan Pablo II <i>Javier Pueyo, hnscc</i>	8
«Feliz la que ha creído» De la encíclica <i>Redemptoris Mater</i> , de Juan Pablo II	10
María, don de Dios <i>José M.ª Petit Sullá (†)</i>	13
María, Madre de Dios <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	14
La fe de María, en el Concilio Vaticano II <i>Oleguer Vives</i>	16
Valor teológico y pastoral del culto a la Virgen. De la encíclica <i>Marialis cultus</i> , de Paulo VI	18
San Bernardo y la fe de María <i>María Dolores Barroso</i>	20
La fe de María en san Alfonso María de Ligorio <i>María del Mar Vives</i>	22
San Maximiliano María Kolbe, Caballero de la Inmaculada <i>Laura Indart Luna</i>	24
«Santa Maria delle Grazie», un santuario romano fundación de un peregrino eremita <i>Guillermo Pons Pons</i>	26
«La Anunciación» de Roger Van der Weyden <i>Candelaria Botterón</i>	29
Recuerdo y testimonio de Ramon Gelpí	30
Jornadas martiriales de Barbastro <i>Juan Antonio Bergera</i>	34
Una historia de conversión. Bernard Nathanson <i>Teresa Echeverría-Torres</i>	36
Los mártires, testigos de la fe. Santa María Goretti <i>Rocío de Alarcón</i>	38

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig  
Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2ª  
08002 BARCELONA  
Redacción: 93 317 47 33  
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com  
Administración y fax: 93 317 80 94  
revista.cristiandad@gmail.com  
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

## RAZÓN DEL NÚMERO

**S**IGUIENDO con el itinerario del Año de la Fe es obligado en este mes de mayo, en que de un modo especial la Iglesia nos invita a honrar a María, dedicar nuestras páginas a contemplar a la Santísima Virgen María como el ejemplo más grandioso y al mismo tiempo más sencillo de una vida conformada totalmente por una fe, que es abandono confiado en las manos de Dios.

Hemos elegido como tema central de este número mariano el desarrollado por el Benedicto XVI el pasado mes de diciembre en su audiencia general del día 19: la fe de la Virgen María, modelo único de fe obediente que tiene como fruto el gozo de ver cumplidas las promesas de Dios.

El contraste entre la actitud de María y la que caracteriza tan frecuentemente al hombre de nuestros días es trágicamente elocuente. Frente a la luz de la fe que nos impulsa a gozar de la bondad que viene de Dios, nos encontramos con la tristeza y el sufrimiento de una vida que han desistido de poder encontrar el camino de la felicidad que tanto habían ansiado. Frente al gozo de la obediencia de la fe, se alza la rebeldía indignada y resentida, fruto de la búsqueda inútil de un bienestar material que prometía la felicidad sin límites. Volver la mirada a la Madre de Dios, es contemplar, como explica Petit en su artículo, el gran don de Dios a los hombres, y de un modo singular para los de nuestro tiempo. María es el camino inexcusable para alcanzar aquello que es máspreciado para el hombre: su felicidad. Frente al fracaso de la soberbia y a la autosatisfacción mundana, María invita a una actitud de humilde reconocimiento del amor de un Dios que se ha hecho hombre naciendo de mujer.

Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Mater* insistía en que la fe de María resplandece no sólo en la aceptación de su maternidad virginal sino también a lo largo de toda su vida. Los caminos de Dios, siempre insondables para los hombres, también lo fueron para María. Por ello, como dice el Concilio Vaticano II, toda su vida es una «peregrinación de fe». El nacimiento en Belén, las palabras del viejo Simeón, la huida a Egipto, la pérdida en el Templo, Nazaret, pero especialmente la cruz, son momentos en que las palabras de Isabel —«*Feliz tu que has creído*»—, tienen, un especial significado. La fe de María es la que la sostiene junto a la cruz de su Hijo: «*Stabat Mater dolerosa, iuxta crucem lacrimosa*». Con esta obediencia a los designios divinos participa de la muerte redentora de Cristo.

La vida de María es el modelo imitable con el que se tiene que conformar la vida de todo cristiano. Como podemos leer en la encíclica *Marialis cultus*, de Pablo VI: «De las virtudes de la Madre se adornarán los hijos». Gracias a esta contemplación mariana triunfa en el hombre contemporáneo «la esperanza sobre la angustia, la comunión frente a la soledad y la belleza de la alegría frente al tedio y la náusea, las perspectivas eternas sobre las temporales, la vida sobre la muerte».

Junto al magisterio mariano de los últimos pontífices, el lector encontrará en esta número textos de los principales autores marianos: san Bernardo, san Luis María Grignon de Montfort, san Alfonso María de Ligorio y san Maximiliano Kolbe.

Finalmente, reproducimos un texto póstumo de nuestro querido colaborador Ramón Gelpí, recientemente fallecido en el que expresa su crecido y admirable deseo de participar en el gozo del Señor en la vida eterna.

# Feliz tú, que has creído

ENRIQUE MARTÍNEZ

**U**NO de los textos más recientes que consideran la fe de la Santísima Virgen María es el discurso del papa Benedicto XVI en la audiencia general del 19 de diciembre de 2012, dos meses antes de anunciar su renuncia al ministerio de Obispo de Roma. Este discurso fue pronunciado en la III semana de Adviento, en los días en que la lectura diaria del Evangelio recorre los acontecimientos de la Salvación previos al nacimiento de Jesucristo; es por eso que el Papa, siendo el Año de la Fe por él mismo convocado, se centró en la fe de la Virgen María ante el anuncio del arcángel Gabriel, y en las palabras con las que Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, la saludó: «Feliz tú, que has creído que se cumplirán las promesas que se te han hecho de parte del Señor» (Lc 1, 45). El título del discurso es «La Virgen María, icono de la fe obediente»; en él se anticipa su hilo conductor: la fe del cristiano hay que entenderla como una «obediencia», por la que el creyente se abandona totalmente en las manos de Dios. Y el modelo o «icono» más perfecto de esta fe obediente es la Santísima Virgen María. Las primeras palabras del discurso así lo destacan, relacionando esta fe con la esperanza en el cumplimiento de las promesas divinas: «La Virgen María ocupa un lugar especial como aquella que ha esperado de modo único la realización de las promesas de Dios, acogiendo en la fe y en la carne a Jesús, el Hijo de Dios, en plena obediencia a la voluntad divina».

## 1. La alegría de la Virgen María

**N**o obstante, y a partir del saludo del ángel —«¡Alégrate, llena de gracia!, el Señor está contigo» (Lc 1, 28)—, el papa Benedicto comienza atendiendo a la alegría de la Virgen María. La alegría es un estado de plenitud consistente en la quietud del apetito. Lo contrario es la tristeza, que es vacío por la ausencia del bien amado. Pues bien, la Virgen María fue invitada por el ángel a alegrarse, y efectivamente se alegró, como ella misma puso de manifiesto en la exultación del *Magnificat*: «Se estremece de gozo mi espíritu por Dios, mi Salvador» (Lc 1, 47). Esta alegría de la Virgen María, explica el Papa, «anuncia el final de la tristeza que existe en el mundo ante ... la oscuridad del mal que parece ofuscar la luz de la bondad divina». Y de este modo, la tristeza debe combatirse contemplando la alegría de María.

## 2. El cumplimiento de las promesas divinas

**M**AS, ¿qué bien hizo a María llenarse de gozo, y disipar la tristeza que apesadumbraba a los hombres? La venida del Mesías prometido a Israel. Por eso, al comentar el significado bíblico del término «alégrate», aclara el Papa que es usado siempre «como anuncio de alegría por la venida del Mesías». Se trata del cumplimiento de las promesas divinas de salvación hechas a Israel, pero que no sólo están destinadas al pueblo de la elección, sino a todos los hombres: «Por los profetas —enseña el *Catecismo*—, Dios forma a su pueblo en la esperanza de la salvación, en la espera de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres, y que será grabada en los corazones. Los profetas anuncian una redención radical del pueblo de Dios, la purificación de todas sus infidelidades, una salvación que incluirá a todas las naciones» (CIC 64). De este modo, la Virgen María se alegró porque se cumplían esas promesas de salvación, y porque eran unas promesas en las que esperaba fielmente, como leíamos antes. Así lo encontramos también en el *Catecismo* a continuación del texto recién citado: «Serán sobre todo los pobres y los humildes del Señor quienes mantendrán esta esperanza. Las mujeres santas como Sara, Rebeca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit y Ester conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel. De ellas la figura más pura es María» (CIC 64).

## 3. La fe en la presencia de Dios

**Q**UÉ conlleva la venida del Mesías, para que la Virgen María se pueda alegrar de este modo? Ya hemos visto que la salvación del pecado. Pero el Papa añade otra consideración a la luz de las palabras del ángel: «El Señor está contigo», que compara con este otro del libro de Sofonías: «Alégrate, hija de Sión... El Rey de Israel, el Señor, está en medio de ti... El Señor tu Dios está en medio de ti, valiente y salvador» (Sof 3, 14-17). Y lo comenta así: «En estas palabras hay una doble promesa hecha a Israel, a la hija de Sión: Dios vendrá como salvador y establecerá su morada precisamente en medio de su pueblo, en el seno de la hija de Sión. En el diálogo entre el ángel y María se realiza exactamente esta promesa: María se identifica con el pueblo al que Dios tomó como esposa, es realmente la

Hija de Sión en persona; en ella se cumple la espera de la venida definitiva de Dios, en ella establece su morada el Dios viviente». En efecto, la venida del Mesías, de Jesús Salvador, conlleva la presencia de Dios entre los hombres. ¿Y cuándo está alguien presente en un lugar? No sólo cuando está físicamente – de hecho, puede que en cierto sentido esté «ausente»–, sino cuando tiene ante sus ojos lo que le rodea. Por eso decimos que Dios está presente en todas las cosas, pues las tiene ante su mirada. Así, con la venida del Mesías, Dios se ha hecho aún más presente, al poder mirar con ojos humanos a los hombres, a Pedro, al joven rico... a María y a José. Y la primera en reconocer esta presencia, esperada por los hombres, fue la Virgen María, y de ahí que se estremeciera de gozo, pues la alegría «es causada por la presencia del bien conveniente, en cuanto es sentida o se percibe de cualquier otra manera» (S.Th. I-II, 32, 3 c). María, cuyas entrañas pasaban a ser la morada de Dios, el primer lugar de su presencia entre los hombres, se sabía mirada amorosamente por Dios: «fijó su mirada en la bajeza de su esclava» (Lc 1, 48). El reconocimiento de esta presencia de Dios en el hijo de sus entrañas, en quien habita «corporalmente la plenitud de la divinidad» (Col 2, 9), fue el acto más profundo de fe de la Virgen María. Ella prestó su asentimiento y creyó que, verdaderamente, su hijo era el Mesías, el Hijo del Altísimo. Y se alegró.

#### 4. La comunión con Dios por la gracia

LA Virgen María se encontraba en presencia de Dios porque había sido agraciada, por que había sido invitada a estar en su presencia. El papa Benedicto continúa su reflexión comentando otra expresión del saludo del ángel: «¡Llena de gracia!». Y, atendiendo a la misma raíz lingüística en griego de los términos «gracia» y «alegría», explica: «También en esta expresión se clarifica ulteriormente la fuente de la alegría de María: la alegría proviene de la gracia; es decir, proviene de la comunión con Dios, del tener una conexión vital con Él, del ser morada del Espíritu Santo, totalmente plasmada por la acción de Dios». La presencia del amado es lo que busca el amor, que es «fuerza unitiva» (S.Th. II-II, 25, 4 c): «Descubre tu presencia, y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura», expresa bellamente san Juan de la Cruz en el *Cántico espiritual*. Este amor unitivo es el causado por la gracia, que nos hace entrar en comunión con Dios. Así, la «llena de gracia» estaba en una intimísima unión con Dios, teniendo como esposo al mismo Don de amor, que es el Espíritu Santo. Mas como en esta vida no podemos disfrutar de la

plena presencia de Dios en la visión de su rostro, debemos anticiparla mediante la fe. Ésta nos une a Dios al ser movida por la caridad, cuando se trata de la fe «formada». Tal era la fe de la Virgen Santísima, la llena de gracia, que asentía en la caridad a las palabras del ángel, engendrándolo en la fe antes que en la carne, como afirmara san Agustín.

#### 5. Obediencia de fe y abandono confiado en la misericordia de Dios

PROFUNDIZA el papa Benedicto en esta fe de la Virgen María, al caracterizarla como una fe «obediente». Esta obediencia comienza con la escucha (*ob-audire*), una «actitud de escucha, atenta a captar los signos de Dios en el camino de su pueblo», y culmina cuando asiente y «se somete libremente a la palabra recibida, a la voluntad divina en la obediencia de la fe». Llena de gracia, desde su concepción inmaculada la Virgen María tenía una disposición plena en su voluntad a cumplir la divina (cf. S.Th. III, 27, 5 ad 2); en esto consiste la obediencia que precede la fe (cf. S.Th. I-II, 4, 7 ad 2). Por eso el Papa señala que María «se abandona con plena confianza en la palabra que le anuncia el mensajero de Dios». En efecto, la obediencia de fe no debe entenderse como una obediencia formalista, sino como surgida del corazón; de un corazón que se sabe amado por un amor que se abaja, que es misericordioso, y de ahí que se abandone con confianza. La fe es, ciertamente, una obediencia de corazón a corazón; y la fe de la Virgen María es una obediencia de su corazón Inmaculado al Corazón mismo de Dios, a su Amor misericordioso, al que se abandona con plena confianza: «Soy la esclava del Señor» (Lc 1, 38). Qué hermoso pensar que ese Corazón divino se abajó hasta latir con corazón humano en las entrañas de María, siendo ella quien, habiéndose consagrado a Él, fue la primera en sentirlo latir. Por eso exclamó aquel canto de alabanza al Corazón de Dios, «cuya misericordia, por generaciones y generaciones, es para aquellos que lo temen» (Lc 1, 50).

#### 6. Fe oscura y corredentora

OTRA característica de la fe de la Virgen María es la oscuridad, sigue explicando el Papa en el discurso que venimos comentando. Toda fe es de *non visis*, de lo que no se ve (cf. S.Th. II-II, 1, 4 c); también la de María, a diferencia de Cristo, que tuvo en todo momento la visión de la esencia divina. Mas añade que esta oscuridad conlleva una participación en la cruz redentora de Cris-

to, sobre todo cuando «pasa a través de la oscuridad de la crucifixión del Hijo para poder llegar a la luz de la Resurrección». La oscuridad de la fe de María es aquella «espada que traspasa el alma, como dirá proféticamente el anciano Simeón a María». Por eso la obediencia de fe de la Virgen María es corredentora con Cristo. Como explica san Ireneo, «obedeciendo se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano» (LG 56). De este modo, cabe decir que María no sólo es modelo para nosotros en nuestro camino de fe, sino también Madre de la fe, de manera que si «la muerte vino por Eva, la vida por María» (LG 56).

## 7. Reconocimiento de la soberanía divina y la realeza de Cristo

EL papa Benedicto XVI se fija además en una condición de esta obediencia de fe de la Virgen María: es el reconocimiento de la soberanía divina. Comentando el pasaje de la búsqueda de Jesús en el Templo, afirma: «María debe renovar la fe profunda con la que ha dicho *sí* en la Anunciación; debe aceptar que el verdadero Padre de Jesús tenga precedencia»; por eso exclama en el *Magnificat*: «Hizo en mi favor grandes cosas el Poderoso, cuyo nombre es Santo» (Lc 1, 49). Y no se trata sólo de que Dios esté por encima de José y de ella misma, sino que también lo está su Hijo: «Debe saber dejar libre a aquel Hijo que ha engendrado para que siga su misión». En efecto, su Hijo es Rey, tal y como le anunció el ángel: «Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de su padre David, reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y su Reino no tendrá fin» (Lc 1, 32). ¡Qué admirable misterio para María contemplar al Rey de los Cielos aceptando someterse a sus padres en la tierra!: «Bajó con ellos y llegó a Nazaret, y seguía estándoles subordinado» (Lc 2, 51). Aunque podría añadirse que no sólo quiso estar bajo su sujeción en Nazaret, sino que se mantiene obediente a José y María en los Cielos, que pasan a ser de este modo los más poderosos intercesores. Por eso en la Escritura aparece la Virgen María como Reina: «Un gran portento se dejó ver en el cielo: una Mujer vestida con el sol, la luna bajo sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas» (Ap 12, 1).

## 8. Fe contemplativa, en la sabiduría del corazón

EL pasaje de la búsqueda de Jesús en el Templo termina así: «Su madre guardaba diligentemente todas aquellas cosas en su corazón»

(Lc 2, 51). Benedicto XVI aprovecha estas palabras, para abordar otro aspecto de la fe de la Virgen María: era una fe alimentada por la oración contemplativa. Así vivía en la espera del cumplimiento de las promesas mesiánicas, y así reaccionó ante el anuncio del ángel: «María reflexiona, se interroga sobre el significado de ese saludo ... entra en íntimo diálogo con la Palabra de Dios que se le ha anunciado; no la considera superficialmente, sino que se detiene, la deja penetrar en su mente y en su corazón para comprender lo que el Señor quiere de ella, el sentido del anuncio». Esta contemplación le permite reconocer, a pesar de la multiplicidad de contrariedades que van sucediéndose, la unidad de la Voluntad divina, la simplicidad de Dios manifestada en la misión salvífica de su Hijo: «María *conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*; en griego el término es *sympallon*. Podríamos decir que ella *mantenía unidos, reunía* en su corazón todos los acontecimientos que le estaban sucediendo; situaba cada elemento, cada palabra, cada hecho, dentro del todo y lo confrontaba, lo conservaba, reconociendo que todo proviene de la voluntad de Dios». Es el don de sabiduría, que, en palabras de san Ignacio, permite «sentir y gustar internamente»; es decir, es una sabiduría del corazón, que la Virgen María recibió en mayor medida que cualquier otra criatura en su Corazón Inmaculado.

## 9. Fe de los pequeños y humildes

Y si recibió este don de sabiduría en su Corazón fue porque estaba convenientemente dispuesta por la humildad. Comenta el papa Benedicto: «Es la humildad profunda de la fe obediente de María, que acoge en sí también aquello que no comprende del obrar de Dios, dejando que sea Dios quien le abra la mente y el corazón». De nuevo encontramos esta actitud en las palabras de María en el *Magnificat*: «Fijó su mirada en la bajeza de su esclava» (Lc 1, 48). Los modelos más perfectos de la infancia espiritual enseñada por santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz no son otros que José y María; es su humildad la que permite recibir la Sabiduría divina, revelada «a los pequeñuelos» (Mt 11, 25), y que en este caso llegó a hacerse carne en las entrañas de María Santísima.

Esta es la fe de la Virgen María. Y por esta fe decimos con Isabel: «¡Feliz tú, que has creído» (Lc 1, 45). También lo hace el papa Benedicto XVI en la conclusión de su discurso: «*Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá*, exclama su pariente Isabel. Es precisamente por su fe que todas las generaciones la llamarán bienaventurada».

# La Virgen María, icono de la fe obediente

*Palabras de Benedicto XVI en la audiencia  
general del miércoles, 19 de diciembre de 2012*

Queridos hermanos:

En el camino de Adviento la Virgen María ocupa un lugar especial como aquella que ha esperado de modo único la realización de las promesas de Dios, acogiendo en la fe y en la carne a Jesús, el Hijo de Dios, en plena obediencia a la voluntad divina. Hoy quisiera reflexionar brevemente con vosotros sobre la fe de María a partir del gran misterio de la Anunciación.

«*Chaïre kecharitomene, ho Kyrios meta sou*», «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28). Estas son las palabras –citadas por el evangelista Lucas– con las que el arcángel Gabriel se dirige a María. A primera vista el término *chaïre*, «alégrate», parece un saludo normal, usual en el ámbito griego; pero esta palabra, si se lee sobre el trasfondo de la tradición bíblica, adquiere un significado mucho más profundo. Este mismo término está presente cuatro veces en la versión griega del Antiguo Testamento y siempre como anuncio de alegría por la venida del Mesías (cf. Sof 3,14; Jl 2,21; Zac 9,9; Lam 4,21). El saludo del ángel a María es, por lo tanto, una invitación a la alegría, a una alegría profunda, que anuncia el final de la tristeza que existe en el mundo ante el límite de la vida, el sufrimiento, la muerte, la maldad, la oscuridad del mal que parece ofuscar la luz de la bondad divina. Es un saludo que marca el inicio del Evangelio, de la Buena Nueva.

Pero, ¿por qué se invita a María a alegrarse de este modo? La respuesta se encuentra en la segunda parte del saludo: «El Señor está contigo». También aquí para comprender bien el sentido de la expresión, debemos recurrir al Antiguo Testamento. En el libro de Sofonías encontramos esta expresión «Alégrate, hija de Sión... El Rey de Israel, el Señor, está en medio de ti... El Señor tu Dios está en medio de ti, valiente y salvador» (3, 14-17). En estas palabras hay una doble promesa hecha a Israel, a la hija de Sión: Dios vendrá como salvador y establecerá su morada precisamente en medio de su pueblo, en el seno de la hija de Sión. En el diálogo entre el ángel y María se realiza exactamente esta promesa: María se identifica con el pueblo al que Dios tomó como esposa, es realmente la Hija de Sión en persona; en ella se cumple la espera de la venida definitiva de Dios, en ella establece su morada el Dios viviente.

En el saludo del ángel, se llama a María «llena de gracia»; en griego el término «gracia»,

*charis*, tiene la misma raíz lingüística de la palabra «alegría». También en esta expresión se clarifica ulteriormente la fuente de la alegría de María: la alegría proviene de la gracia; es decir, proviene de la comunión con Dios, del tener una conexión vital con Él, del ser morada del Espíritu Santo, totalmente plasmada por la acción de Dios. María es la criatura que de modo único ha abierto de par en par la puerta a su Creador, se puso en sus manos, sin límites. Ella vive totalmente de la y en relación con el Señor; está en actitud de escucha, atenta a captar los signos de Dios en el camino de su pueblo; está inserta en una historia de fe y de esperanza en las promesas de Dios, que constituye el tejido de su existencia. Y se somete libremente a la palabra recibida, a la voluntad divina en la obediencia de la fe.

El evangelista Lucas narra la vicisitud de María a través de un fino paralelismo con la vicisitud de Abraham. Como el gran Patriarca es el padre de los creyentes, que ha respondido a la llamada de Dios para que saliera de la tierra donde vivía, de sus seguridades, a fin de comenzar el camino hacia una tierra desconocida y que poseía sólo en la promesa divina, igual María se abandona con plena confianza en la palabra que le anuncia el mensajero de Dios y se convierte en modelo y madre de todos los creyentes.

Quisiera subrayar otro aspecto importante: la apertura del alma a Dios y a su acción en la fe incluye también el elemento de la oscuridad. La relación del ser humano con Dios no cancela la distancia entre Creador y criatura, no elimina cuanto afirma el apóstol Pablo ante las profundidades de la sabiduría de Dios: «¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos!» (Rm 11,33). Pero precisamente quien –como María– está totalmente abierto a Dios, llega a aceptar el querer divino, incluso si es misterioso, también si a menudo no corresponde al propio querer y es una espada que traspasa el alma, como dirá proféticamente el anciano Simeón a María, en el momento de la presentación de Jesús en el Templo (cf. Lc 2,35). El camino de fe de Abraham comprende el momento de alegría por el don del hijo Isaac, pero también el momento de la oscuridad, cuando debe subir al monte Moriah para realizar un gesto paradójico: Dios le pide que sacrifique el hijo que le había dado. En el monte el ángel le ordenó: «No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único

hijo» (Gn 22, 12). La plena confianza de Abraham en el Dios fiel a las promesas no disminuye incluso cuando su palabra es misteriosa y difícil, casi imposible, de acoger. Así es para María; su fe vive la alegría de la Anunciación, pero pasa también a través de la oscuridad de la crucifixión del Hijo para poder llegar a la luz de la Resurrección.

No es distinto incluso para el camino de fe de cada uno de nosotros: encontramos momentos de luz, pero hallamos también momentos en los que Dios parece ausente, su silencio pesa en nuestro corazón y su voluntad no corresponde a la nuestra, a aquello que nosotros quisiéramos. Pero cuanto más nos abrimos a Dios, acogemos el don de la fe, ponemos totalmente en Él nuestra confianza —como Abraham y como María—, tanto más Él nos hace capaces, con su presencia, de vivir cada situación de la vida en la paz y en la certeza de su fidelidad y de su amor. Sin embargo, esto implica salir de uno mismo y de los propios proyectos para que la Palabra de Dios sea la lámpara que guíe nuestros pensamientos y nuestras acciones.

Quisiera detenerme aún sobre un aspecto que surge en los relatos sobre la infancia de Jesús narrados por san Lucas. María y José llevan al hijo a Jerusalén, al Templo, para presentarlo y consagrarlo al Señor como prescribe la ley de Moisés: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor» (cf. Lc 2,22-24). Este gesto de la Sagrada Familia adquiere un sentido aún más profundo si lo leemos a la luz de la ciencia evangélica de Jesús con doce años cuando, tras buscarle durante tres días, le encuentran en el Templo mientras discutía entre los maestros. A las palabras llenas de preocupación de María y José: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados», corresponde la misteriosa respuesta de Jesús: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2, 48-49). Es decir, en la propiedad del Padre, en la casa del Padre, como un hijo. María debe renovar la fe profunda con la que ha dicho «sí» en la Anunciación; debe aceptar que el verdadero Padre de Jesús tenga la precedencia; debe saber dejar libre a aquel Hijo que ha engendrado para que siga su misión. Y el «sí» de María a la voluntad de Dios, en la obediencia de la fe, se repite a lo largo de toda su vida, hasta el momento más difícil, el de la cruz.

Ante todo esto, podemos preguntarnos: ¿cómo pudo María vivir este camino junto a su Hijo con una fe tan firme, incluso en la oscuridad, sin perder la plena confianza en la acción de Dios? Hay

una actitud de fondo que María asume ante lo que sucede en su vida. En la Anunciación ella queda turbada al escuchar las palabras del ángel —es el temor que el hombre experimenta cuando lo toca la cercanía de Dios—, pero no es la actitud de quien tiene miedo ante lo que Dios puede pedir. María reflexiona, se interroga sobre el significado de ese saludo (cf. Lc 1,29). La palabra griega usada en el Evangelio para definir «reflexionar», *dielogizeto*, remite a la raíz de la palabra «diálogo». Esto significa que María entra en íntimo diálogo con la Palabra de Dios que se le ha anunciado; no la considera superficialmente, sino que se detiene, la deja penetrar en su mente y en su corazón para comprender lo que el Señor quiere de ella, el sentido del anuncio. Otro signo de la actitud interior de María ante la acción de Dios lo encontramos, también en el evangelio de san Lucas, en el momento del nacimiento de Jesús, después de la adoración de los pastores. Se afirma que María «conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19); en griego el término es *syballon*. Podríamos decir que ella «mantenía unidos», «reunía» en su corazón todos los acontecimientos que le estaban sucediendo; situaba cada elemento, cada palabra, cada hecho, dentro del todo y lo confrontaba, lo conservaba, reconociendo que todo proviene de la voluntad de Dios. María no se detiene en una primera comprensión superficial de lo que acontece en su vida, sino que sabe mirar en profundidad, se deja interpelar por los acontecimientos, los elabora, los discierne, y adquiere aquella comprensión que sólo la fe puede garantizar. Es la humildad profunda de la fe obediente de María, que acoge en sí también aquello que no comprende del obrar de Dios, dejando que sea Dios quien le abra la mente y el corazón. «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1,45), exclama su pariente Isabel. Es precisamente por su fe que todas las generaciones la llamarán bienaventurada.

Queridos amigos, la solemnidad del nacimiento del Señor que dentro de poco celebraremos, nos invita a vivir esta misma humildad y obediencia de fe. La gloria de Dios no se manifiesta en el triunfo y en el poder de un rey, no resplandece en una ciudad famosa, en un suntuoso palacio, sino que establece su morada en el seno de una virgen, se revela en la pobreza de un niño. La omnipotencia de Dios, también en nuestra vida, obra con la fuerza, a menudo silenciosa, de la verdad y del amor. La fe nos dice, entonces, que el poder indefenso de aquel Niño al final vence el rumor de los poderes del mundo.



# La fe de María en el magisterio de Juan Pablo II

JAVIER PUEYO, HNSSC

UNA de las grandes herencias que el Pontificado del beato Juan Pablo II ha dejado a la Iglesia ha sido una renovada devoción a María, que él mismo aprendió en la escuela de san Luis María Grignon de Montfort. En la encíclica *Redemptoris Mater* el papa polaco nos dejó una riquísima reflexión sobre María, desde la perspectiva de su colaboración a la obra de la Redención, y sobre la manera de vivir nuestra relación con ella.

La maternidad de María respecto a Cristo no se limita al mero aspecto físico y biológico, sino que ella es plenamente Madre de Dios, y su maternidad alcanza a la obra de salvación que Dios realiza. Si el alcance de la maternidad de María va más allá del aspecto físico, también la relación entre Cristo y su Madre va más allá de los meros vínculos de la carne, hay una relación espiritual entre ambos que se establece a través de la elección de Dios y la respuesta de María a dicha elección a través de la fe. En el contexto de este año de la fe queremos detenernos a meditar esta respuesta de fe de María a la llamada divina a ser la Madre del Redentor que debe ser para nosotros modelo de nuestra respuesta personal de fe a la llamada que Cristo nos hace a cada uno a través de María, como nos decía el Papa en la encíclica: «En las presentes reflexiones, quiero hacer referencia sobre todo a aquella peregrinación en la que la Santísima Virgen avanzó, manteniendo fielmente su unión con Cristo... no se trata aquí sólo de la historia de la Virgen Madre, de su personal camino de fe... sino de la historia de todo el Pueblo de Dios, de todos los que forman parte de la misma peregrinación de la fe» (RM 5).

La encíclica, siguiendo la doctrina del Concilio Vaticano II (LG 58), describe la fe de María como un itinerario, como un camino en el que la Virgen se une de una manera cada vez más estrecha a su Hijo conforme éste le va revelando progresivamente la obra de la Redención y el papel que ella ocupaba en la misma. Para resumir este itinerario de fe de María, que sirve de modelo al itinerario de fe personal de cada cristiano, podríamos centrarnos en tres momentos fundamentales de la vida de Nuestra Señora: la Encarnación, la vida oculta de Nazaret y el seguimiento de Cristo durante su vida pública, que culmina en el Calvario.

La teología católica afirma que María fue elegida por Dios desde toda la eternidad, en previsión de la Encarnación, para ser Madre de su Hijo. Para po-

der cumplir esta vocación con toda perfección, que como hemos indicado sobrepasa lo meramente físico, Dios adornó a María con una serie de privilegios especiales, entre los que resalta el de ser Inmaculada, exenta de todo pecado, incluso original, o dicho de otra manera, el recibir la plenitud de gracia desde el mismo instante de su existencia. María responde a esta elección divina mediante la fe. En primer lugar, María responde al amor de Dios que percibe en su alma, ya antes de la Encarnación, con la voluntad de virginidad, que «consagra totalmente una persona humana a Dios» (RM 39). Esta donación esponsal a Dios es la preparación adecuada para que María reciba el anuncio del ángel, en el que se revela por primera vez a la humanidad el plan de amor y misericordia hacia los hombres que estaba oculto en Dios desde los siglos (Ef 3,9), y en el cual ella tenía un puesto especial. En el momento de la Anunciación María descubre el amor redentor de Dios por la humanidad pecadora, y también la especial misericordia que ha tenido Dios respecto a ella, al unirla a sí de una manera particular, al hacerla su Madre y al colmarla de gracia («llena de gracia»). María nos muestra en el Magníficat (Lc 1, 46-55) la alegría por el descubrimiento de la misericordia de Dios a favor de los hombres («Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia»), y en particular por ella («desde ahora me felicitarán todas las generaciones»). Este es el verdadero objeto de la alegría de María, y la fuente de su fe y toda su vida interior, el conocimiento de la misericordia de Dios, de su amor gratuito, previo a todo mérito, por los hombres, y por ella en particular; por eso dice, «se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la pequeñez de su esclava». La respuesta de María a esta Revelación de Dios es la fe. María cree lo que le dice el ángel y se entrega totalmente a ello: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1, 38). Vemos que la colaboración de María a la maternidad no es meramente física, sino como toda maternidad humana, es fruto de una entrega personal al esposo, en este caso al Esposo divino. Esta entrega personal a Dios, esta sumisión del entendimiento y la voluntad a la Revelación, es la fe (DV 5; LG 25).

Por medio de la fe, María se ha entregado completamente al plan de salvación que Dios le ha revelado, acogiendo el anuncio del ángel con una disponibilidad perfecta al Espíritu Santo. Sin embargo,



Dios va a continuar revelando a María su plan de salvación a lo largo de la vida de Jesús. La Anunciación es el punto de partida del camino de fe de María (RM 14) que muchas veces es heroico, como se manifiesta en el segundo «Hágase» de María, en lo que la encíclica llama la «segunda anunciación» (RM 16), el anuncio a María del anciano Simeón de que Jesús sería «signo de contradicción», y que a ella una espada le traspasaría el alma. María acoge este anuncio del dolor de su maternidad y se entrega a Él, como se manifiesta en la huida a Egipto. El Papa, haciendo un paralelismo con la doctrina de las «noches» de san Juan de la Cruz, insiste en la dificultad del camino de fe de María durante este período de la vida oculta, habla de «una particular fatiga del corazón unida a una noche de la fe» (RM 17) en el corazón de la Virgen. Para ella la grandeza de su Hijo que le había revelado el ángel («será grande, se llamará Hijo del Altísimo... le dará el trono de David», Lc 1, 32-33) permanecía escondida bajo los velos de la humanidad aparentemente ordinaria de su Hijo y de las pruebas y contrariedades del período de la infancia que ella muchas veces «no comprendía» (Lc 2, 50). Sin embargo, María mantenía por medio de la fe, es decir, de la acogida de la Palabra de Dios y de su entrega total a ella, la unión con su Hijo.

La fe de María comienza una nueva etapa durante la vida pública de Jesús, donde descubre y acoge la otra dimensión de su maternidad (RM 20). A través del aparente rechazo a su Madre cuando Jesús dice que su Madre y sus hermanos son aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen (Lc 11, 28), Jesús «quita la atención sobre la maternidad entendida sólo como vínculo de la carne para orientarla hacia aquel misterioso vínculo del espíritu, que se forma en la escucha y observancia de la Palabra de Dios» (RM 20). Esta nueva maternidad espiritual que Jesús revela a sus discípulos «conciernen a María de un modo especialísimo... porque ya en el instante de la Anunciación ha acogido la Palabra de Dios... si por medio de la fe María se ha convertido en Madre del Hijo... en la misma fe ha descubierto y acogido otra dimensión de la maternidad... A medida que se esclarecía ante sus ojos y ante su espíritu la misión del Hijo, ella misma como Madre se abría cada vez más a aquella novedad de la maternidad» (RM 20). Pero una vez más, esta adhesión de fe de María se produce en la oscuridad de la fe, en la oscuridad de la misteriosa respuesta de Jesús y de un aparente rechazo. Este aparente rechazo se percibe con mayor claridad en el relato de las bodas de Caná cuando le dice, «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?» (Jn 2, 3-4). Sin embargo, entre la Madre y el Hijo hay un profundo entendimiento, pues María, como el Hijo de Dios ha hecho al encarnarse,

sale al encuentro de las necesidades e indigencias de los hombres representadas en la ausencia de vino de la boda y se presenta ante ellos como portavoz de la voluntad de su Hijo al decirles «haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5), poniéndose entre los hombres y su Hijo como Mediadora, «no como una persona extraña, sino en su papel de Madre, consciente de que como tal puede –más bien tiene el derecho de– hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres» (RM 21). A lo largo de su vida pública Jesús siempre pide fe como condición para realizar milagros, y «en Caná, María aparece como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera señal y contribuye a suscitar la fe de los discípulos» (RM 21). Por eso, dice el Concilio Vaticano II que María cooperó con su fe en la restauración de la vida sobrenatural de las almas (LG 61). Mediadora materna entre Dios y los hombres significa que es Madre de Dios y también madre de los hombres en el orden de la gracia.

Este papel de mediación materna entre Dios y los hombres se revela en plenitud al pie de la cruz (Jn 19, 25-27). Allí María, en medio del dolor y de la oscuridad del misterio de la cruz que una vez más parece desmentir el anuncio del ángel, se adhiere y entrega a la misión de su Hijo por la fe, colaborando así a la obra de la salvación de las almas. Jesús pone en evidencia este papel de María en la escena que la encíclica bautiza como el «testamento de la cruz», el momento en el que Jesús entrega su Madre al discípulo, y en él a cada uno de nosotros, como madre (RM 23). «Esta “nueva maternidad” de María, engendrada por la fe, es fruto del “nuevo amor” que maduró en ella definitivamente junto a la cruz por medio de la participación del amor redentor del Hijo» (RM 23).

Hoy María sigue actuando como Madre con cada uno de nosotros, y sigue siendo medianera en nuestro propio camino de fe hacia la unión con Dios. Ella nos comunica la gracia para que acojamos la Revelación divina y seamos también «madre y hermanos» de Jesús (Lc 11, 28). Para nosotros la acogida de esta Revelación pasa por la acogida del «testamento de la cruz», es decir, por la acogida de María entre nuestras cosas. La encíclica aclara en la nota 130 que esta acogida supera el límite de una hospitalidad material, «quiere indicar más bien una comunión de vida que se establece entre los dos en base a las palabras de Cristo agonizante» (RM 45, nota 130). Por tanto, acojamos a María en nuestra casa en este Año de la Fe, establezcamos con ella una comunión de vida, para que ella nos vaya revelando, en la oscuridad de nuestra vida ordinaria, los misterios de Dios, y nos prepare el alma para que también nosotros los acojamos como ella con la entrega total de nuestra vida, siendo «esclavos de la esclava del Señor».

## «Feliz la que ha creído»

Fragmentos de la encíclica *Redemptoris Mater*, de Juan Pablo II

13. «Cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe» (Rm 16, 26; cf. Rm 1, 5; 2 Cor 10, 5-6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, como enseña el Concilio. (29) Esta descripción de la fe encontró una realización perfecta en María. El momento «decisivo» fue la Anunciación, y las mismas palabras de Isabel «Feliz la que ha creído» se refieren en primer lugar a este instante.

En efecto, en la Anunciación María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando «la obediencia de la fe» a aquel que le hablaba a través de su mensajero y prestando «el homenaje del entendimiento y de la voluntad». Ha respondido, por tanto, con todo su «yo» humano, femenino, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con «la gracia de Dios que previene y socorre» y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que, «perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones».

La palabra del Dios viviente, anunciada a María por el ángel, se refería a ella misma «vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo» (Lc 1, 31). Acogiendo este anuncio, María se convertiría en la «Madre del Señor» y en ella se realizaría el misterio divino de la Encarnación: «El Padre de las misericordias quiso que precediera a la encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada». Y María da este consentimiento, después de haber escuchado todas las palabras del mensajero. Dice: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Este *fiat* de María —«hágase en mí»— ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino. Se da una plena consonancia con las palabras del Hijo que, según la carta a los Hebreos, al venir al mundo dice al Padre: «Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo ... He aquí que vengo ... a hacer, oh Dios, tu voluntad» (Hb 10, 5-7). El misterio de la Encarnación se ha realizado en el momento en el cual María ha pronunciado su *fiat*: «hágase en mí según tu palabra», haciendo posible, en cuanto concernía a ella según el designio divino, el cumplimiento del deseo de su Hijo. María ha pronunciado este *fiat* por medio de la fe. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y «se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo». (34) Y este Hijo —como enseñan los Padres— lo ha concebido en la mente antes que en el seno: precisamente por medio de la fe. Justamente, por ello, Isabel alaba a María: «¡Feliz la

que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas por parte del Señor!». Estas palabras ya se han realizado. María de Nazaret se presenta en el umbral de la casa de Isabel y Zacarías como Madre del Hijo de Dios. Es el descubrimiento gozoso de Isabel: «¿de donde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?».

14. Por lo tanto, la fe de María puede parangonarse también a la de Abraham, llamado por el Apóstol «nuestro padre en la fe» (cf. Rm 4, 12). En la economía salvífica de la revelación divina la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la Anunciación da comienzo a la Nueva Alianza. Como Abraham «esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones» (cf. Rm 4, 18), así María, en el instante de la Anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen («¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?»), creyó que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel: «el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35).

Sin embargo, las palabras de Isabel «Feliz la que ha creído» no se aplican únicamente a aquel momento concreto de la Anunciación. Ciertamente la Anunciación representa el momento culminante de la fe de María a la espera de Cristo, pero es además el punto de partida, desde donde inicia todo su «camino hacia Dios», todo su camino de fe. Y sobre esta vía, de modo eminente y realmente heroico —es más, con un heroísmo de fe cada vez mayor— se efectuará la «obediencia» profesada por ella a la palabra de la divina revelación. Y esta «obediencia de la fe» por parte de María a lo largo de todo su camino tendrá analogías sorprendentes con la fe de Abraham. Como el patriarca del Pueblo de Dios, así también María, a través del camino de su *fiat* filial y maternal, «esperando contra esperanza, creyó». De modo especial a lo largo de algunas etapas de este camino la bendición concedida a «la que ha creído» se revelará con particular evidencia. Creer quiere decir «abandonarse» en la verdad misma de la palabra del Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente «¡cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!» (Rm 11, 33). María, que por la eterna voluntad del Altísimo se ha encontrado, puede decirse, en el centro mismo de aquellos «inescrutables caminos» y de los «insondables designios» de Dios, se conforma a ellos en la pe-

numbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino.

[...]

16. Siempre a través de este camino de la «obediencia de la fe» María oye algo más tarde otras palabras; las pronunciadas por Simeón en el Templo de Jerusalén. Cuarenta días después del nacimiento de Jesús, según lo prescrito por la Ley de Moisés, María y José «llevaron al niño a Jerusalén para presentarle al Señor» (Lc 2, 22). El nacimiento se había dado en una situación de extrema pobreza. Sabemos, pues, por Lucas que, con ocasión del censo de la población ordenado por las autoridades romanas, María se dirigió con José a Belén; no habiendo encontrado «sitio en el alojamiento», dio a luz a su hijo en un establo y «le acostó en un pesebre» (cf. Lc 2, 7).

Un hombre justo y piadoso, llamado Simeón, aparece al comienzo del «itinerario» de la fe de María. Sus palabras, sugeridas por el Espíritu Santo (cf. Lc 2, 25-27), confirman la verdad de la Anunciación. Leemos, en efecto, que «tomó en brazos» al Niño, al que –según la orden del ángel– «se le dio el nombre de Jesús» (cf. Lc 2, 21). El discurso de Simeón es conforme al significado de este nombre, que quiere decir Salvador: «Dios es la salvación». Vuelto al Señor, dice lo siguiente: «Porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo, Israel» (Lc 2, 30-32). Al mismo tiempo, sin embargo, Simeón se dirige a María con estas palabras: «Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción ... a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones»; y añade con referencia directa a María: «y a ti misma una espada te atravesará el alma» (Lc 2, 34-35). Las palabras de Simeón dan nueva luz al anuncio que María ha oído del ángel: Jesús es el Salvador, es «luz para iluminar» a los hombres. ¿No es aquel que se manifestó, en cierto modo, en la Nochebuena, cuando los pastores fueron al establo? ¿No es aquel que debía manifestarse todavía más con la llegada de los Magos del Oriente? (cf. Mt 2, 1-12). Al mismo tiempo, sin embargo, ya al comienzo de su vida, el Hijo de María –y con Él su Madre– experimentarán en sí mismos la verdad de las restantes palabras de Simeón: «Señal de contradicción» (Lc 2, 34). El anuncio de Simeón parece como un segundo anuncio a María, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir en la incomprensión y en el dolor. Si, por un lado, este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación, por otro le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será

oscura y dolorosa. En efecto, después de la visita de los Magos, después de su homenaje («postándose le adoraron»), después de ofrecer unos dones (cf. Mt 2, 11), María con el Niño debe huir a Egipto bajo la protección diligente de José, porque «Herodes buscaba al Niño para matarlo» (cf. Mt 2, 13). Y hasta la muerte de Herodes tendrán que permanecer en Egipto (cf. Mt 2, 15).

[...]

A lo largo de la vida oculta de Jesús en la casa de Nazaret, también la vida de María está «oculta con Cristo en Dios» (cf. Col 3, 3), por medio de la fe. Pues la fe es un contacto con el misterio de Dios. María constantemente y diariamente está en contacto con el misterio inefable de Dios que se ha hecho hombre, misterio que supera todo lo que ha sido revelado en la Antigua Alianza. Desde el momento de la Anunciación, la mente de la Virgen-Madre ha sido introducida en la radical «novedad» de la autorrevelación de Dios y ha tomado conciencia del misterio. Es la primera de aquellos «pequeños», de los que Jesús dirá: «Padre ... has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños» (Mt 11, 25). Pues «nadie conoce bien al Hijo sino el Padre» (Mt 11, 27). ¿Cómo puede, pues, María «conocer al Hijo»? Ciertamente no lo conoce como el Padre; sin embargo, es la primera entre aquellos a quienes el Padre «lo ha querido revelar» (cf. Mt 11, 26-27; 1 Cor 2, 11). Pero si desde el momento de la Anunciación le ha sido revelado el Hijo, que sólo el Padre conoce plenamente, como aquel que lo engendra en el eterno «hoy» (cf. Sal 2, 7), María, la Madre, está en contacto con la verdad de su Hijo únicamente en la fe y por la fe. Es, por tanto, bienaventurada, porque «ha creído» y cree cada día en medio de todas las pruebas y contrariedades del período de la infancia de Jesús y luego durante los años de su vida oculta en Nazaret, donde «vivía sujeto a ellos» (Lc 2, 51): sujeto a María y también a José, porque éste hacía las veces de padre ante los hombres; de ahí que el Hijo de María era considerado también por las gentes como «el hijo del carpintero» (Mt 13, 55).

[..]

Pero, cuando, después del encuentro en el Templo, a la pregunta de la Madre: «¿por qué has hecho esto?», Jesús, que tenía doce años, responde «¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?», y el evangelista añade: «Pero ellos (José y María) no comprendieron la respuesta que les dio» (Lc 2, 48-50). Por lo tanto, Jesús tenía conciencia de que «nadie conoce bien al Hijo sino el Padre» (cf. Mt 11, 27), tanto que aun aquella, a la cual había sido revelado más profundamente el misterio de su filiación divina, su Madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe. Hallándose al lado del Hijo, bajo un mismo techo y «manteniendo fielmente la unión con su Hijo», «avanzaba en la

peregrinación de la fe», como subraya el Concilio. (37) Y así sucedió a lo largo de la vida pública de Cristo (cf. Mc 3, 21,35); de donde, día tras día, se cumplía en ella la bendición pronunciada por Isabel en la Visitación: «Feliz la que ha creído».

18. Esta bendición alcanza su pleno significado, cuando María está junto a la cruz de su Hijo (cf. Jn 19, 25). El Concilio afirma que esto sucedió «no sin designio divino»: «se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por ella misma»; de este modo María «mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz»: (38) la unión por medio de la fe, la misma fe con la que había acogido la revelación del ángel en el momento de la Anunciación. Entonces había escuchado las palabras: «Él será grande ... el Señor Dios le dará el trono de David, su padre ... reinará sobre la Casa de Jacob por los siglos y su Reino no tendrá fin» (Lc 1, 32-33).

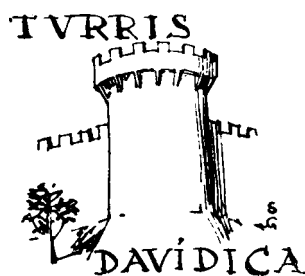
Y he aquí que, estando junto a la cruz, María es testigo, humanamente hablando, de un completo desmentido de estas palabras. Su Hijo agoniza sobre aquel madero como un condenado. «Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores ... despreciable y no le tuvimos en cuenta»: casi anonadado (cf. Is 53, 35) ¡Cuán grande, cuán heroica en esos momentos la obediencia de la fe demostrada por María ante los «insondables designios» de Dios! ¡Cómo se «abandona en Dios» sin reservas, «prestando el homenaje del entendimiento y de la voluntad» (39) a aquel, cuyos «camino son inescrutables»! (cf. Rm 11, 33). Y a la vez ¡cuán poderosa es la acción de la gracia en su alma, cuán penetrante es la influencia del Espíritu Santo, de su luz y de su fuerza!

Por medio de esta fe María está unida perfectamente a Cristo en su despojamiento. En efecto, «Cristo... siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres»; concretamente en el Gólgota «se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (cf. Flp 2, 5-8). A los pies de la cruz María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de este despojamiento. Es ésta

tal vez la más profunda «*kénosis*» de la fe en la historia de la humanidad. Por medio de la fe la Madre participa en la muerte del Hijo, en su muerte redentora; pero a diferencia de la de los discípulos que huían, era una fe mucho más iluminada. Jesús en el Gólgota, a través de la cruz, ha confirmado definitivamente ser el «signo de contradicción», predicho por Simeón. Al mismo tiempo, se han cumplido las palabras dirigidas por él a María: «¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!».

19. ¡Sí, verdaderamente «feliz la que ha creído»! Estas palabras, pronunciadas por Isabel después de la Anunciación, aquí, a los pies de la cruz, parecen resonar con una elocuencia suprema y se hace penetrante la fuerza contenida en ellas. Desde la cruz, es decir, desde el interior mismo del misterio de la redención, se extiende el radio de acción y se dilata la perspectiva de aquella bendición de fe. Se remonta «hasta el comienzo» y, como participación en el sacrificio de Cristo, nuevo Adán, en cierto sentido se convierte en el contrapeso de la desobediencia y de la incredulidad contenidas en el pecado de los primeros padres. Así enseñan los Padres de la Iglesia y, de modo especial, san Ireneo, citado por la constitución *Lumen gentium*: «El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe». (41) A la luz de esta comparación con Eva los Padres —como recuerda todavía el Concilio— llaman a María «Madre de los vivientes» y afirman a menudo: «la muerte vino por Eva; por María, la vida».

Con razón, pues, en la expresión «feliz la que ha creído» podemos encontrar como una clave que nos abre a la realidad íntima de María, a la que el ángel ha saludado como «llena de gracia». Si como «llena de gracia» ha estado presente eternamente en el misterio de Cristo, por la fe se convertía en partícipe en toda la extensión de su itinerario terreno: «avanzó en la peregrinación de la fe» y al mismo tiempo, de modo discreto pero directo y eficaz, hacía presente a los hombres el misterio de Cristo. Y sigue haciéndolo todavía. Y por el misterio de Cristo está presente entre los hombres. Así, mediante el misterio del Hijo, se aclara también el misterio de la Madre.



# María, don de Dios\*

JOSÉ M<sup>a</sup> PETIT SULLÁ (†)

**E**N el discurso de clausura del Concilio Vaticano II, Paulo VI dijo que en el mundo actual se encontraban la religión del Dios hecho hombre con la religión del hombre que se hace dios. Dos corrientes totalmente antagónicas, no tanto por sus modos de abarcar la realidad temporal, la «ciudad terrena», sino por una actitud más radical. La religión revelada, la de Dios hecho hombre, parte de un principio histórico y trascendente. La religión inventada, la del hombre que se hace dios, se proyecta hacia un fin ahistórico e inmanente. La Iglesia postconciliar, como ahora se dice, ¿debe tener por misión presentar al mundo moderno una síntesis de ambas concepciones?

Las síntesis históricas no se hacen, sino que están ya hechas en el plan de Dios. Porque la segunda corriente a que hemos aludido, la del hombre que quiere ser dios, no es más que una deformación de la idea mesiánica de redención, que en su verdadera dimensión está no sólo anunciada, sino también prometida al pueblo de Dios.

Parece que la devoción mariana queda bien encuadrada dentro de la primera corriente, la estrictamente ortodoxa, y que la fidelidad al magisterio de la Iglesia en sus distintas formulaciones marianas cae dentro del marco más tradicional de la fe católica. Esto es evidentemente una patente verdad. Pero se olvida a menudo que las más grandes explicitaciones de las excelencias marianas son todas, aunque de antigua devoción, de muy reciente promulgación.

Hay un paralelismo cronológico entre la conciencia que el hombre moderno adquiere de su propio poder y la manifestación autorizada y también popular hacia la figura verdaderamente excepcional de María. Así lo han hecho notar los pontífices de los últimos tiempos que sufrieron en su corazón las grandes convulsiones sociales y las mayores catástrofes bélicas.

María es el don de Dios para nuestro tiempo. Don precioso y delicado y cuya misión, si bien se mira, es aparentemente imposible. Tiene que decirle al hombre de hoy que se ha apartado de su camino, que tiene que abandonar su orgullo y su soberbia. Pero el hombre moderno es muy enemigo de todo

paternalismo y sólo exige sus derechos, despreciando favores gratuitos.

Pero María es el remedio porque es también el prototipo. Ella tiene lo que el hombre moderno apetece, divinizarse. Además, María sabe cómo conseguirlo mientras el hombre solo se estrella y se desespera en el intento. Finalmente, María está constituida por Dios en guía de este antiguo y nuevo camino.

Estas tres excepcionales cualidades, que la devoción popular desglosa en todas las letanías marianas, se resumen en la advocación más exacta y sintética: María es madre espiritual de los hombres.

Los que tienen responsabilidad más directa sobre el cuidado espiritual de los hombres deben tener esto muy presente. Negarle al hombre moderno esta fuente de vida de la que manan los dones del Espíritu Santo, es negarle su única salvación. Cualquier intento de menospreciar la devoción mariana es negar, no sólo el curso de la historia, sino la misma solución de la historia. Toda crítica «intelectualista», «bíblica», o «cristológica» de la misión de María en orden a la salvación, es un menosprecio del amor de Dios. Quien dijere que no necesita de María para ir a Jesús, mentiría, como mintieron los fariseos que negaron a Cristo, porque decían tener con ellos al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y esto les bastaba. Nadie puede poner cortapisas al amor de Dios. No sólo resultan antidivinos y antihumanos, sino sobre todo incapaces de comprender la síntesis que Dios tiene preparada para el hombre y de la que María es la imagen más perfecta.

El problema del minimalismo mariano es un problema de minimalismo cristológico y nada más que esto, porque María es un don de Dios. Mariología es y será siempre teología. Tratar de María es hoy, como lo fue en el Concilio de Éfeso, tratar de Dios. Negarle a María el don de su maternidad divina fue entonces negar que Jesucristo era Dios. Negarle hoy a María su maternidad espiritual es negar que Jesucristo tenga un amor divino a los hombres.



\* Artículo publicado en CRISTIANDAD, núm. 628, de julio de 1983.

# María, Madre de Dios\*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

EN pocos momentos de la historia de la Iglesia ha acompañado a la afirmación de la fe y a su definición frente al error herético por los obispos de la Iglesia, el gozo exultante y la alegría manifiesta del pueblo fiel –dejando expresado en el recuerdo de los siglos el sentido de la fe del pueblo cristiano– como en el momento en que el Concilio de Éfeso en el año 431 proclamaba a María, Madre de Dios, rechazando la doctrina de Nestorio.

En aquel concilio, combatido ya en el momento de su celebración cual ninguno anterior o posterior, tuvo el papel, con el apoyo de la Sede romana, de representante y adalid de la fe católica el patriarca alejandrino san Cirilo.

Como verá el lector en páginas de este número, la hostilidad hacia el gran Doctor de la Encarnación, o, por lo menos, el recelo y la antipatía hacia sus actitudes y enseñanzas, se mantuvo a lo largo de los siglos, y en nuestros días, como lo advirtió el papa Pío XI en su encíclica *Lux veritatis*, y como insistió también en subrayar el eminente teólogo Bartolomé M.<sup>a</sup> Xiberta O.C., resurgió, con el intento de dar de nuevo prestigio a sus adversarios, y desplazar de la teología católica las concepciones más características, tenidas por rígidas o excesivas, del gran Doctor de la unidad de Cristo y la maternidad divina de María.

En el presente Año Mariano, en el que presenciamos esperanzados y gozosos el resurgimiento del culto y devoción a María entre el pueblo cristiano, parece oportuno reflexionar acerca del sentido del dogma de Éfeso y de la enseñanza de san Cirilo de Alejandría.

Si atendemos a los «símbolos» en que se fue expresando con creciente precisión la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios, Salvador de los hombres, advertiremos que en ellos, después de afirmar la fe en «Dios Padre Omnipotente», la palabra por la que anunciamos lo que creemos, y en quien creemos, se dirige enseguida a «Jesús, el Cristo, el único Señor, Hijo de Dios unigénito, nacido del Padre antes de todos los siglos, engendrado y no creado, consubstancial con el Padre, y por quien todas las cosas han sido creadas».

De este Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, de quien

se profesa así su eterna divinidad, pero a quien se nombra primeramente con su nombre «humano», Jesús, se dice que «por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó de los Cielos».

Jesús, el Hijo de María de Nazaret, el «Hijo del artesano», el Hijo de David y de Abraham según lo presenta en sus primeras páginas el evangelista Mateo, es *el eterno Hijo de Dios que baja del Cielo por nosotros para salvarnos*.

Para venir a salvarnos, su «descenso» consiste en hacerse en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado. Realiza esto «encarnándose», por virtud del Espíritu Santo «de María Virgen», y así se hace hombre, «nacido de mujer».

Si no queremos ignorar que nuestro Salvador, el que había sido prometido como Emmanuel, es verdaderamente «Dios con nosotros», y no queremos desconocer la dispensación misericordiosa por la que el Padre envía a su Hijo al mundo, hemos de proclamar que María, la Virgen sobre la que desciende la virtud del Altísimo para que de ella nazca el Santo, el Hijo de Dios, es madre de quien ha venido a ser hombre haciéndose su Hijo.

La enseñanza de san Cirilo de Alejandría, en cuanto «predicador de la recta fe de los cristianos», como afirmó el Concilio de Constantinopla de 553, –quinto de los ecuménicos– se dirigía a esto: si llamamos a María Madre de Cristo, en cuanto que es un hombre, y no reconocemos que éste, que de ella nace, es el Verbo que toma carne en sus entrañas, dividimos a Jesucristo nuestro Salvador.

Cualquier lenguaje que sugiera una «separación» de personas e hipóstasis subsistentes entre el Verbo Hijo de Dios, y Jesús, el Cristo, destruye la unidad de nuestro Dios y Salvador, Jesucristo; y con ello también, consecuentemente, anula el sentido mismo del designio misericordioso de la «divina dispensación» que viene a restaurar en la humanidad pecadora, por Jesucristo, la gracia divinizante por la que somos participativa y adoptivamente verdaderos hijos de Dios.

El misterio entero de Cristo y el sentido entero del anuncio evangélico caen, destruyendo la fe en la divinidad de Jesucristo definida en el Concilio de Nicea, *si no queremos proclamar a la Virgen Madre del Emmanuel, verdadera y propiamente Madre de Dios*.

«Si alguno no confiesa que el Emmanuel es verdaderamente Dios, y que la Santa Virgen es, así, Ma-

\* Artículo publicado en CRISTIANDAD, núm. 682, de enero de 1988.

dre de Dios, puesto que engendró en la carne al Verbo de Dios hecho carne, sea anatema.»

Mientras el pueblo fiel clamaba: «Viva María, Madre de Dios» con antorchas en sus manos, el concilio presidido por san Cirilo de Alejandría, aprobado por el papa san Celestino I, y reconocido para siempre por la Iglesia como asistido e inspirado por el Espíritu Santo, condenaba como incompatible con la fe ortodoxa en Jesucristo, la negación a María del título de verdadera Madre de Dios.

La intención, se dice, se dirigía a afirmar la unidad de Jesucristo, su unidad personal e hipostática. Esto es verdadero con tal de que no se minimice el carácter inseparable de la profesión de la fe en Jesús, el Hijo de Dios y la afirmación de la maternidad divina de María.

En el misterio de la divina «economía» el descenso de Dios, que ama a los hombres, es elevación divinizante de la humanidad caída por la capitalidad y mediación del nuevo Adán. Quien desciende, en cuanto que, siendo Dios, se hace hombre, es elevado como primogénito de toda la creación, sentado a la diestra de Dios Padre, y así Jesús es exaltado en cuanto Hombre, y con Él somos también nosotros llamados a la filiación divina y a la resurrección con Él.

Esta divina «economía» fue prometida, y ha sido realizada, dignándose Dios mismo disponer la obra redentora, que sólo de Dios puede proceder, *haciéndola surgir misericordiosamente de la tierra de la humanidad y como fruto suyo.*

Las «enemistades» entre la Mujer y la serpiente prometen a la humanidad la Mujer y su descendencia, «que aplastará su cabeza». El Redentor es prometido como Hijo de la Mujer, y así los Santos Padres vieron en María la nueva Eva de la nueva humanidad que tiene en Cristo su Cabeza. A Abraham y a David se anuncia la promesa de la Redención, y así María puede expresar su acción de gracias por lo que Dios ha obrado en ella como cumplimiento de lo prometido a Abraham, misericordia obrada en su pueblo, Israel.

Ningún culto desordenadamente humano, que sería idolátrico, se da en la tradición cristiana de Oriente y Occidente con relación a María, la Madre de Dios. Al llamarla bienaventurada todas las generaciones cantan la gloria de la gracia divina en la que ella creyó y por la que se le dio a ella

para salvación de todos los hombres la que el papa Juan Pablo II ha llamado la «gracia de la divina Maternidad».

Por el contrario, todas las negaciones, vacilaciones y resistencias en el reconocimiento de la función materna de María en la historia de la salvación, y toda minimización de su título de *Madre de Dios* se conexionan con el correlativo oscurecimiento de la naturaleza divina del Salvador de los hombres, Jesús, su Hijo.

En nuestros días, primero en el mundo protestante y después también tristemente en el mundo católico, resurge el concepto de un Jesús meramente humano, y con esto se oscurece la fe de la Iglesia en su concepción virginal y en su Resurrección, mientras la obra redentora se desfigura en lo inmanente y en lo intrahistórico de una autosuficiencia soberbia que nuevamente se orienta a hablar de la salvación del hombre por el hombre.

El dogma de Éfeso y la enseñanza de san Cirilo de Alejandría, «anunciador de la recta fe de los cristianos», conviene que brillen siempre en el culto, la espiritualidad y la doctrina. Tenemos en María, Madre de Dios, una llamada permanente a la fidelidad al Evangelio de Cristo, y por esto también el camino insustituible que puede llevarnos fielmente a cumplir el designio divino, expresado en el Concilio Vaticano II, la esperanza ecuménica de la unidad de todos los cristianos.

Los «reformados» de Occidente, herederos de una ruptura secular impulsada por el pretexto o el malentendido del oscurecimiento en la Iglesia romana de la salvación del hombre por la gracia de Cristo, comprenderán la integridad de la fe de la Iglesia, cuanto más nosotros nos asociemos a María en el agradecimiento por la dignación misericordiosa de quien obró en ella cosas grandes, y cuanto más la proclamemos como «bienaventurada porque ha creído».

El Oriente cristiano no superará las distancias que desde siglos le separan del Occidente sino en cuanto brille espléndidamente en la Iglesia católica la perenne luminosidad y fuerza de lo que se enseñó gozosamente en el Concilio de Éfeso de 431 y defendió intrépidamente, con ferviente fidelidad al Evangelio, el gran Doctor de la Encarnación, san Cirilo de Alejandría, y después de él el lenguaje cristiano de todos los tiempos.



# La fe de María en el Concilio Vaticano II

OLEGUER VIVES

**E**STAMOS en el mes de mayo, «mes que la piedad popular ha consagrado de modo especial al culto de la Virgen María». <sup>1</sup> Este mes, dedicado a la que es Flor de las flores, es una oportunidad para profundizar en el conocimiento de María, para profundizar en el conocimiento de sus virtudes, a fin de parecernos cada día más a ella, que es «prototipo y modelo destacadísimo en la fe y en el amor, y a quién la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, honra como a Madre amantísima con sentimientos de piedad filial» (*Lumen gentium*, 53).

Nos encontramos, también, en el Año de la Fe, convocado por Benedicto XVI el pasado 11 de octubre, día en que celebramos el 50 aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II, y en el que se nos invita «a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo» (*Porta fidei*, 6).

Estos dos hechos, hacen que sea adecuado contemplar la fe de María, y lo haremos a la luz del Concilio Vaticano II, siguiendo la invitación que nos hizo el papa Francisco el día 5 de este mes, en la meditación anterior al Regina Coeli: «os invito a meditar el último capítulo de la constitución del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia, la *Lumen gentium* (LG), que habla precisamente de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Allí se dice que María «avanzó en la peregrinación de la fe» (n. 58). Queridos amigos, en el Año de la Fe os dejo este icono de María peregrina, que sigue al Hijo Jesús y nos precede a todos nosotros en el camino de la fe».

En el Concilio Vaticano II se habla de María principalmente en el capítulo VIII de la *Lumen gentium*. «No tiene intención de exponer una mariología completa. Intenta iluminar la misión de la Bienaventurada Virgen en el misterio del Verbo encarnado y del Cuerpo místico, así como los deberes de los redimidos para con la Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los hombres, especialmente de los creyentes» (LG 54).

La fe de María, su abandono a la voluntad de Dios y su cumplimiento, ya se pone de manifiesto en algunas promesas hechas por Dios en el Antiguo Testamento. En contraposición con la desobediencia a Dios de Adán y Eva, engañados por la serpiente, resplandece la promesa de que la mujer triunfará sobre la serpiente (cf. Gen 3,15). Acáz, rey de Judá, temiendo que su pueblo sea atacado, no se fía del Se-

ñor, que le anuncia «días como no los hubo iguales desde que Efraím se separó de Judá» para él y su pueblo hasta que «la virgen concebirá y dará a luz a un Hijo al que llamará Emmanuel» (cf. Is 7, 1-17). El profeta Miqueas también nos anuncia, hablando en nombre del Señor, que en Belén ha de nacer el que ha de gobernar en Israel, cuyo origen es eterno (cf. Miq 5,1). Todas estas promesas se hacen realidad en la Encarnación, con el sí de María. «El Padre de las misericordias quiso que el consentimiento de la que estaba predestinada a ser la Madre precediera a la encarnación para que, así como una mujer contribuyó a la muerte, así también otra mujer contribuyera a la vida» (LG 56). Es el *fiat* de María que da como respuesta a Dios, en la figura de san Gabriel, es su adhesión libre a la iniciativa de Dios, que le envía al santo arcángel, lo que la convierte en Madre de Dios y en Madre nuestra. «Dios no utilizó a María como un instrumento puramente pasivo, sino que ella colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres[...] “Lo que ató la virgen Eva por su falta de fe, lo desató la Virgen María por su fe”»<sup>2</sup> (LG 56). Del mismo modo, la Iglesia se convierte en Madre imitando a María y acogiendo con fe la palabra de Dios, «ya que, por la predicación y el bautismo engendra para una vida nueva a los hijos de Dios» (LG 64).

«La fe es una adhesión personal del hombre entero a Dios que se revela».<sup>3</sup> Esta unión de María con Dios, que es tan palpable en el «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38) de la Anunciación, está presente a lo largo de toda la vida de María. Lo vemos también cuando va a visitar a su prima Isabel, que la proclama feliz por haber creído, «feliz a causa de su fe en la salvación prometida» (LG 57), y ella responde cantando las grandezas del Señor. «Feliz tú porque has creído», la saluda su prima Isabel. En este saludo, la fe es reconocida como fuente de la felicidad. En este saludo, reconocemos en el sí de María la causa de su verdadera alegría: su fe, el haber creído.

También la vemos antes de la vida pública de Jesús, cuando muestra al Salvador a los pastores; cuando va al Templo a presentar al Niño y escucha la profecía de Simeón; cuando, junto a José, encuentra a Jesús en el Templo, en la casa del Padre, en

1. Juan Pablo II: meditación antes del rezo del Regina Coeli del 1 de mayo de 1982.

2. San Ireneo, *Adv. Haer.* III, 22,4: PG 7,959 A; Harvey, 2,124.

3. *Catecismo de la Iglesia católica*, 176.



medio de los doctores de la Ley, y no entiende la respuesta de su Hijo... Y la Madre no permanecía indiferente a todas estas cosas, sino que las guardaba en su corazón y las meditaba (cf. LG 57). María meditaba todas estas cosas, buscaba en ellas el encuentro con Dios, eran el objeto de su oración que estaba centrada en el Salvador. María recoge en su oración los acontecimientos de la vida de Jesús y, de este modo, Jesús crece en su corazón por la fe.

En la vida pública de Jesús la Bienaventurada Virgen acompañó siempre a su Hijo desde las bodas de Caná de Galilea y «avanzó en la peregrinación de fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz. Allí, por voluntad de Dios, estuvo de pie [...]» (LG 58). La vida de María, es un cumplir en todo la voluntad del que ha mirado la humillación de su esclava y ha obrado en ella maravillas, mantener con fe esta unión con su Hijo.

Este avanzar en el camino de la fe sigue presente en María después de la muerte de Jesús. Vemos a los Apóstoles, antes del día de Pentecostés, «perseverar en la oración unidos, junto con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y sus familiares» (Hech 1,14). María pedía con sus oraciones el

don del Espíritu, que en la Anunciación la había cubierto con su sombra» (LG 59). Jesús les había prometido que el Padre les enviaría al Paráclito para que no estuviesen solos y para enseñarles y recordarles todo lo que Él les había dicho (cf. Jn 14). La Virgen no sólo mantiene viva su fe, sino que está con los Apóstoles para que no se desanimen, les acompaña en la oración, con la certeza de que Dios no les va a dejar solos. Con la certeza de que el Espíritu Santo les ayudará a entender todo lo que Jesús les había enseñado y predicado. La Virgen avanza en el camino de la fe y tiende la mano a los hijos que se le confiaron al pie de la cruz. Les anima a perseverar en la fe. Es Madre de los creyentes, Madre de la Iglesia, en tanto que nos enseña a confiar en Dios con su ejemplo y estando a nuestro lado.

Pidámosle a la Virgen María, «que sigue al Hijo Jesús y nos precede a todos nosotros en el camino de la fe»,<sup>4</sup> que nos acompañe en este camino de la renovada conversión al Señor y aumente nuestra fe.

4. Papa Francisco: meditación antes del rezo del *Regina Coeli* del 5 de mayo de 2013.

## OBRAS COMPLETAS DE Francisco Canals Vidal

Obras Completas en 12 volúmenes, todos sus escritos organizados temáticamente.

La edición se publica en una tipografía de agradable lectura y elegante presentación.

Los 12 volúmenes se publicarán a lo largo de seis años, con una cadencia de dos volúmenes por año a partir de abril de 2013.

Suscríbase ahora y ahórrase cinco euros en cada volumen. El precio, para los suscriptores, será de 25 € cada tomo, que, para los residentes en España, incluye el envío a domicilio sin gastos adicionales.

Para suscribirse es necesario enviar un e-mail a la siguiente dirección:

[obrascanals@balmeslibreria.com](mailto:obrascanals@balmeslibreria.com)

con los siguientes datos:

–Nombre, apellidos y NIF

–Cuenta bancaria donde cargar el importe de los 25 € del primer tomo, con sus 20 dígitos.

–Dirección completa donde enviar el libro

–Teléfono de contacto

### PLAN GENERAL DE LA OBRA

Tomo 1. Al servicio del Reinado del Sagrado Corazón (I)

Tomo 2. Al servicio del Reinado del Sagrado Corazón (II)

Tomo 3. Escritos teológicos (I)

Tomo 4. Escritos teológicos (II)

Tomo 5. Escritos teológicos (III)

Tomo 6. Escritos filosóficos (I)

Tomo 7. Escritos filosóficos (II)

Tomo 8. Escritos filosóficos (III)

Tomo 9. Escritos filosóficos (IV)

Tomo 10. Escritos políticos (I)

Tomo 11. Escritos políticos (II)

Tomo 12. Escritos políticos (III)

Ya está a la venta el primer tomo:

*Al servicio del Reinado del Sagrado Corazón (I)*

# Valor teológico y pastoral del culto a la Virgen

## Fragmento de la encíclica *Marialis cultus*, de Su Santidad Paulo VI

56. Venerables hermanos: al terminar nuestra exhortación apostólica deseamos subrayar en síntesis el valor teológico del culto a la Virgen y recordar su eficacia pastoral para la renovación de las costumbres cristianas.

La piedad de la Iglesia hacia la Santísima Virgen es un elemento intrínseco del culto cristiano. La veneración que la Iglesia ha dado a la Madre del Señor en todo tiempo y lugar –desde la bendición de Isabel (cf. Lc. 1, 42-45) hasta las expresiones de alabanza y súplica de nuestro tiempo– constituye un sólido testimonio de su «lex orandi» y una invitación a reavivar en las conciencias su «lex credendi». Viceversa: la «lex credendi» de la Iglesia requiere que por todas partes florezca lozana su «lex orandi» en relación con la Madre de Cristo. Culto a la Virgen de raíces profundas en la Palabra revelada y de sólidos fundamentos dogmáticos: la singular dignidad de María «Madre del Hijo de Dios y, por lo mismo, Hija predilecta del Padre y templo del Espíritu Santo; por tal don de gracia especial aventaja con mucho a todas las demás criaturas, celestiales y terrestres» (119), su cooperación en momentos decisivos de la obra de la salvación llevada a cabo por el Hijo; su santidad, ya plena en el momento de la Concepción Inmaculada y no obstante creciente a medida que se adhería a la voluntad del Padre y recorría la vía de sufrimiento (cf. Lc 2, 34-35; 2, 41-52; Jn 19, 25-27), progresando constantemente en la fe, en la esperanza y en la caridad; su misión y condición única en el Pueblo de Dios, del que es al mismo tiempo miembro eminentísimo, ejemplar acabadísimo y Madre amantísima; su incesante y eficaz intercesión mediante la cual, aún habiendo sido asunta al cielo, sigue cercanísima a los fieles que la suplican, aún a aquellos que ignoran que son hijos suyos; su gloria que ennoblece a todo el género humano, como lo expreso maravillosamente el poeta Dante: «Tú eres aquella que ennobleció tanto la naturaleza humana que su hacedor no desdeño convertirse en hechura tuya» (120); en efecto, María es de nuestra estirpe, verdadera hija de Eva, (aunque ajena a la mancha de la Madre, y verdadera hermana nuestra, que ha compartido en todo, como mujer humilde y pobre, nuestra condición).

Añadiremos que el culto a la bienaventurada Virgen María tiene su razón última en el designio insondable y libre de Dios, el cual siendo caridad eterna y divina (cf. 1Jn 4, 7-8.16), lleva a cabo todo según un designio de amor: la amó y obró

en ella maravillas (cf. Lc 1, 49); la amó por sí mismo, la amó por nosotros; se la dio a sí mismo y la dio a nosotros.

57. Cristo es el único camino al Padre (cf. Jn 14, 4-11). Cristo es el modelo supremo al que el discípulo debe conformar la propia conducta (cf. Jn 13, 15), hasta lograr tener sus mismos sentimientos (cf. Fil 2,5), vivir de su vida y poseer su Espíritu (cf. Gal 2, 20; Rom 8, 10-11); esto es lo que la Iglesia ha enseñado en todo tiempo y nada en la acción pastoral debe oscurecer esta doctrina. Pero la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo y amaestrada por una experiencia secular, reconoce que también la piedad a la Santísima Virgen, de modo subordinado a la piedad hacia el Salvador y en conexión con ella, tiene una gran eficacia pastoral y constituye una fuerza renovadora de la vida cristiana. La razón de dicha eficacia se intuye fácilmente. En efecto, la múltiple misión de María hacia el Pueblo de Dios es una realidad sobrenatural operante y fecunda en el organismo eclesial. Y alegra el considerar los singulares aspectos de dicha misión y ver cómo ellos se orientan, cada uno con su eficacia propia, hacia el mismo fin: reproducir en los hijos los rasgos espirituales del Hijo primogénito. Queremos decir que la maternal intercesión de la Virgen, su santidad ejemplar y la gracia divina que hay en ella, se convierten para el género humano en motivo de esperanza.

La misión maternal de la Virgen empuja al Pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a Aquella que está siempre dispuesta a acogerlo con afecto de madre y con eficaz ayuda de auxiliadora; (121) por eso el Pueblo de Dios la invoca como Consoladora de los afligidos, Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad, fuerza liberadora en el pecado; porque ella, la libre de todo pecado, conduce a sus hijos a esto: a vencer con enérgica determinación el pecado. (122) Y, hay que afirmarlo nuevamente, dicha liberación del pecado es la condición necesaria para toda renovación de las costumbres cristianas.

La santidad ejemplar de la Virgen mueve a los fieles a levantar «los ojos a María, la cual brilla como modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos». (123) Virtudes sólidas, evangélicas: la fe y la dócil aceptación de la palabra de Dios (cf. Lc 1, 26-38; 1, 45; 11, 27-28; Jn 2, 5); la obediencia generosa (cf. Lc 1, 38); la humildad

sencilla (cf. Lc 1, 48); la caridad solícita (cf. Lc 1, 39-56); la sabiduría reflexiva (cf. Lc 1, 29.34; 2, 19. 33. 51); la piedad hacia Dios, pronta al cumplimiento de los deberes religiosos (cf. Lc 2, 21.22-40.41), agradecida por los bienes recibidos (Lc 1, 46-49), que ofrecen en el Templo (Lc 2, 22-24), que ora en la comunidad apostólica (cf. Act 1, 12-14); la fortaleza en el destierro (cf. Mt 2, 13-23), en el dolor (cf. Lc 2, 34-35.49; Jn 19, 25); la pobreza llevada con dignidad y confianza en el Señor (cf. Lc 1, 48; 2, 24); el vigilante cuidado hacia el Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la cruz (cf. Lc 2, 1-7; Jn 19, 25-27); la delicadeza provisoria (cf. Jn 2, 1-11); la pureza virginal (cf. Mt 1, 18-25; Lc 1, 26-38); el fuerte y casto amor esponsal. De estas virtudes de la Madre se adornarán los hijos, que con tenaz propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos en la propia vida. Y tal progreso en la virtud aparecerá como consecuencia y fruto maduro de aquella fuerza pastoral que brota del culto tributado a la Virgen.

La piedad hacia la Madre del Señor se convierte para el fiel en ocasión de crecimiento en la gracia divina: finalidad última de toda acción pastoral. Porque es imposible honrar a la «Llena de gracia» (Lc 1, 28) sin honrar en sí mismo el estado de gracia, es decir, la amistad con Dios, la comunión en Él, la inhabitación del Espíritu. Esta

gracia divina alcanza a todo el hombre y lo hace conforme a la imagen del Hijo (cf. Rom 2, 29; Col 1, 18). La Iglesia católica, basándose en su experiencia secular, reconoce en la devoción a la Virgen una poderosa ayuda para el hombre hacia la conquista de su plenitud. Ella, la Mujer nueva, está junto a Cristo, el Hombre nuevo, en cuyo misterio solamente encuentra verdadera luz el misterio del hombre, (124) como prenda y garantía de que en una simple criatura —es decir, en ella— se ha realizado ya el proyecto de Dios en Cristo para la salvación de todo hombre. Al hombre contemporáneo, frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza, prostrado por la sensación de su limitación y asaltado por aspiraciones sin confín, turbado en el ánimo y dividido en el corazón, la mente suspendida por el enigma de la muerte, oprimido por la soledad mientras tiende hacia la comunión, presa de sentimientos de náusea y hastío, la Virgen, contemplada en su vicisitud evangélica y en la realidad ya conseguida en la Ciudad de Dios, ofrece una visión serena y una palabra tranquilizadora: la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la alegría y de la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte.

## La devoción a María

**I**NFINIDAD de efectos produce en el alma la devoción a María fielmente practicada; pero el principal es hacer que de tal modo viva María en un alma de la tierra, que no sea ya más el alma quien vive, sino María en ella; porque, por decirlo así, el alma de María viene a ser su alma. Pues cuando por una gracia inefable, pero verdadera, la Bienaventurada Virgen María es Reina del alma, ¿qué maravillas no hace en ella?

Como ella es dondequiera la Virgen fecunda, en todas las almas en que vive hace brotar la pureza de corazón y de cuerpo, la pureza de intenciones y designios y la fecundidad de buenas obras. Ella sin cesar hará vivir el alma en Jesucristo y hará vivir a Jesucristo en el alma. Si, como lo fue al nacer en el mundo, es Jesucristo fruto de María en cada una de las almas; sin duda que en aquellas donde ella habita es singularmente Jesucristo fruto y obra maestra suya.

En fin, que para estas almas María viene a serlo todo junto a Jesucristo. Ella esclarece su espíritu con su fe pura. Ella profundiza su corazón con su humildad. Ella con su caridad le acrecienta y le abraza. Ella le purifica con su pureza. Ella le ennoblece y ensancha con su maternidad.

Así como por María, vino Dios al mundo la

vez primera en humildad y anonadamiento, ¿no podría también decirse que por María vendrá la segunda vez, como toda la Iglesia le espera, para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos? ¿Cómo y cuándo?, ¿quién lo sabe? Pero yo bien sé que Dios, cuyos pensamientos se apartan de los nuestros más que el cielo de la tierra, vendrá en el tiempo y en el modo menos esperado de los hombres, aun de los más sabios y entendidos en la Escritura Santa, que está en este punto muy oscura.

Pero todavía debe creerse que al fin de los tiempos, y tal vez más pronto de lo que se piensa, suscitará Dios grandes hombres llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María por los cuales esta Bienaventurada Virgen Soberana hará grandes maravillas en la tierra para destruir en ella el pecado y establecer el reinado de Jesucristo su Hijo sobre el corrompido mundo; y por medio de esta devoción a la Santísima Virgen, que no hago más que descubrir a grandes rasgos, empequeñeciéndola con mi miseria, estos santos personajes saldrán con todo.

San Luis María Grignon de Monfort:  
*El Secreto de María*

# San Bernardo y la fe de María

MARÍA DOLORES BARROSO

**E**N este mes de mayo, mes de María, ¿Cómo no acudir a aquél Santo que fue el gran impulsor de la devoción a Nuestra Santísima Madre? San Bernardo de Claraval, de quien se ha escrito tanto, y de quien santo Tomás llega a decir que: «Su boca es un vaso precioso, una boca de oro y de pedrería. Él ha inundado el mundo entero con el vino de su dulzura. Bernardo es de oro por la santidad de su voluntad, brilla como joyero de piedras preciosas por la integridad de sus costumbres y la multiplicidad de sus virtudes, es un vaso precioso por la pureza de su virginidad. Reúne en su persona las nueve perlas de que nos habla Ezequiel en el capítulo 28 de sus Profecías, estas perlas están representadas en Bernardo, porque éste posee las virtudes y los oficios de las nueve jerarquías angélicas».<sup>1</sup> Este santo y maestro de la vida espiritual, con sus escritos nos da una segura orientación al ahondar en los misterios marianos. Pues al profundizar en estos misterios, también profundizamos en el misterio de la Iglesia. María, su miembro más excelso, es nuestro modelo a seguir. Por ello, san Bernardo, ahondando en el misterio de Cristo, crece en devoción a María, que aparece ante nuestros ojos como mediadora e intercesora por excelencia entre el hombre y Cristo.

Este santo, al contemplar los misterios marianos, nos instruye sobre el misterio de la gracia. Al leer y meditar sus escritos nos vemos movidos a estar agradecidos a nuestra queridísima Madre, y nos lleva a exclamar «dichosa tú que has creído».

Así, procedo a exponer varios de sus escritos, en los que nos presenta a María, como modelo de fe, pues como afirmó Benedicto XVI, san Bernardo «logró presentar las verdades de la fe con un estilo tan claro e incisivo que fascinaba a quienes lo escuchaban y disponía el espíritu al recogimiento y a la oración. En cada uno de sus escritos se percibe el eco de una rica experiencia interior...».

San Bernardo, en uno de sus más conocidos sermones al hablar del nombre de la Virgen, compara a María con la estrella a la que los navegantes miran para no perder la ruta.<sup>2</sup> Se compara a la estrella, pues «ni el rayo disminuye a la estrella su claridad, ni el Hijo a la Virgen su integridad». María, la «llena de

gracia» calienta los corazones, «fomenta las virtudes y consume los vicios». A ella nos insta a invocar, ¿A quiénes? A todos los hombres, pues: «¡Oh! Cualquiera que seas, el que en la impetuosa corriente de este siglo, te miras más antes fluctuar entre borrascas y tempestades, que andar por la tierra, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas. Si se levantaran los vientos de las tentaciones, si tropezares en los escollos de las tribulaciones; mira a la estrella, llama a María. Si fueres agitado de las ondas de la soberbia, si de la detracción, si de la ambición, si de la emulación; mira a la estrella, llama a María. Si la ira, o la avaricia, o el deleite carnal impeliere violentamente la navicilla de tu alma; mira a María... No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud».

Y los ejemplos de su virtud los medita san Bernardo, al llamar a la Virgen «Casa de la divina Sabiduría», pues dice de ella, «así, pues, esta sabiduría, que era de Dios, vino a nosotros del seno del Padre y edificó para sí una casa, es a saber, a María Virgen, su madre, en la que talló siete columnas, ¿Qué significa tallar en ella siete columnas sino hacer de ella una digna morada con la fe y las buenas obras? Ciertamente, el número ternario pertenece a la fe en la santa Trinidad, y el cuaternario, a las cuatro principales virtudes... Fue, pues, la bienaventurada Virgen María fuerte en el propósito, templada en el silencio, prudente en la interrogación, justa en la confesión».<sup>3</sup>

Nos está hablando del momento en el que la fe de María se nos muestra con más claridad. San Bernardo, al contemplar el diálogo de la Virgen con el arcángel san Gabriel,<sup>4</sup> nos pone en manos de María, al hacernos asistir al «breve silencio» que precede el fiat de María.

«Oísteis, oh Virgen, el hecho, oísteis el modo también: lo uno y lo otro es cosa maravillosa, lo uno y lo otro es cosa agradable. Gozaos, hija de Sión, alegraos, hija de Jerusalén. Y pues a vuestros oídos ha dado el Señor gozo y alegría, oiga-

1. S. Thom. Aquin. *Ser. de S. Bernardo, Sermones varii*. Cf. Grabmann, *Die Werke* p. 329-342.

2. *Homilía super Missus est*, II, 17.

3. Homilía «De la casa de la divina Sabiduría, la Virgen María».

4. Homilía sobre el «*Missus est...*»



mos nosotros de vuestra boca la respuesta de alegría que deseamos, para que con ella entre la alegría y gozo en nuestro huesos afligidos y humillados. Oísteis, vuelvo a decir, el hecho, y lo creísteis. Creed lo que oísteis también acerca del modo. Oísteis, que concebiréis, y daréis luz a un hijo; oísteis, que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mirad que el Ángel aguarda vuestra respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor, que le envió. Esperamos también nosotros, Señora, esta palabra de misericordia: a los cuales tiene condenados a muerte la divina sentencia, de que seremos librados por vuestras palabras. Ved que se pone entre vuestras manos el precio de nuestra salud; al punto seremos librados, si consentís. Por la palabra eterna de Dios fuimos todos criados, y con todo eso morimos: mas por vuestra breve respuesta seremos ahora restablecidos, para no volver a morir. Esto os suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán desterrado del Paraíso con toda su miserable posteridad. Esto

Abraham, esto David con todos los otros Santos Padres tuyos, los cuales están detenidos en la región de la sombra de la muerte: esto mismo os pide el mundo todo postrado a vuestros pies. ... ¡Ah! Señora, respondió aquella palabra, que espera la tierra, que espera el infierno, que esperan también los Ciudadanos del Cielo. El mismo Rey y Señor de todos, cuanto deseó vuestra hermosura, tanto desea ahora la respuesta de vuestro consentimiento; en la cual sin duda se ha propuesto salvar el mundo. A quien agradasteis por vuestro silencio, agradaréis ahora mucho más por vuestras palabras, pues Él os habla desde el Cielo, diciendo: ¡Oh hermosa entre las mujeres, hazme que oiga tu voz!... Vos, en fin, sois aquella en quien y por la cual Dios mismo, nuestro Rey, dispuso antes de los siglos obrar la salud en medio de la tierra... Responded, pues, presto al Ángel, o por mejor decir, al Señor por el Ángel; respondió una palabra y recibid otra Palabra; pronunciad la vuestra, concebid la divina; articulad la transitoria y admitid en vos la eterna. ¿Qué tardáis? ¿Qué receláis? Creed, decid que sí, y recibid. Cobrad ahora aliento vuestra humildad, y vuestra vergüenza confianza. De ningún modo conviene, que vuestra sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En solo este negocio no temáis, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es agradable la vergüenza en el silencio, pero más necesario es ahora la piedad en las palabras. Abrid, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mirad, que el deseado de todas las gentes está llamando a vuestra puerta... Levantaos, corred, abrid. Levantaos por la fe, corred por la devoción, abrid por el consentimiento».

Pidamos a la Virgen su misma fe, para así introducirnos en el misterio de Cristo y amando a la Virgen cada día más poder crecer en amor a aquel que nos amó hasta dar la vida.

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. Lc 1, 38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cf. Lc 1, 46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. Lc 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. Mt 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con Él hasta el Calvario (cf. Jn 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. Lc 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14; 2, 1-4).

Benedicto XVI: carta apostólica *Porta fidei*

# La fe de María en san Alfonso María de Ligorio

MARÍA DEL MAR VIVES

**S**AN Alfonso María de Ligorio se puede considerar uno de los santos que más ha contribuido a propagar la devoción a la María. Este santo napolitano es Doctor de la Iglesia, patrono de los moralistas y de los confesores y fundador de la Congregación del Santísimo Redentor. Mostró un profundo y tierno fervor a la Virgen ya desde pequeño, y en diversos momentos importantes de su vida ella lo acompañó. A ella fue a pedir consuelo después de un infortunio en un juego cuando era niño, quedándose en éxtasis; a ella fue a quien dejó su espada de caballero cuando decidió renunciar al mundo, a ella acudió para conseguir el consentimiento de su padre para hacerse eclesiástico; en honor a ella ayunaba a pan y agua todos los sábados; a ella le debe la curación antes de ordenarse sacerdote; fue ella quien le consoló de todas sus amarguras pasadas en el Santuario de Loreto, donde vivió un tiempo de muchas gracias; a ella le debe el haberle concedido arrebatos de éxtasis delante de una imagen suya cuando tuvo que retirarse a Pagani; fue ella quien le inspiró la Regla de su congregación, en la gruta de la Scala; ella le mostró su rostro iluminado mientras predicaba en el púlpito sus glorias, voto que no dejó de cumplir ningún sábado, quedando de nuevo en éxtasis. Finalmente, el santo había pedido a la Virgen que viniese a visitarle en su última hora, y todo induce a hacernos creer que fue así, pues pasó su último día en la tierra mirando fijamente un cuadro de la Virgen, con una plácida sonrisa en los labios, del que salían rayos de luz, hasta que expiró el 1 de agosto de 1787 a la hora del Ángelus, a la edad de 91 años.

Una de sus obras que mayormente ha contribuido a propagar dicha piedad popular a María, junto con «Visitas al Santísimo Sacramento y a María Santísima», y que se convirtió en el devocionario imprescindible de todo cristiano es «Las glorias de María». Tuvo tanto éxito que él en vida ya vio 16 ediciones italianas, una alemana y otra española. Esta obra, a la que dedicó 16 años de su vida (1734-1750), tuvo la intención de facilitar al clero y a sus congregantes certeros guiones para el apostolado mariano en una época difícil para la Iglesia.

El estilo con el que escribe san Alfonso presenta un gran celo, nervio, argumentación, claridad, profundidad y sencillez a la vez, capaces de conmover a cualquiera. Fue un enamorado de Dios y de la Virgen. Alguien ha dicho que así como la *Suma* de san-

to Tomás es el arsenal del teólogo, así «Las glorias de María» son el arsenal del mariólogo.<sup>1</sup> Cabe decir que el arsenal del que se valió para componer su obra proviene de los argumentos, alabanzas, afectos y cuanto de glorioso para María se registra en las Sagradas Escrituras, Santos Padres, tradición y grandes amadores de María Santísima.<sup>2</sup>

En una parte de dicha obra nos habla de las diez virtudes principales de nuestra Madre, entre ellas, la fe de María. Las demás son la humildad, la caridad para con Dios, la caridad para con el prójimo, la esperanza, la castidad, la pobreza, la obediencia, la paciencia y la oración.

Así como la Santísima Virgen es Madre del amor y de la esperanza, así lo es también de la fe.<sup>3</sup> La fe es fiarse, adherirse plenamente a Dios y acoger su Verdad en cuanto garantizada por Él, que es la Verdad misma. María se fió de Él. Ella conoció a Dios de un modo perfectísimo desde el primer instante, y ya desde entonces María se ofreció completamente al Señor consagrándose enteramente a Él en el Templo a la temprana edad de tres años. Desde luego determinó nuestra Reina sacrificar a Dios su voluntad y todo su amor para todo el transcurso de su vida. Y no es dado comprender la decisión con que desde entonces se abrazó con cuanto entendía ser agradable a Dios.<sup>4</sup>

María nos es presentada como la nueva Eva, ya que con su fe repara el daño que Eva causó en el mundo con su incredulidad. María, por creer a las palabras del ángel, que, permaneciendo virgen, llegaría a ser Madre de Dios, trajo al mundo la salvación. Por esta su fe, santa Isabel la llama Bienaventurada.<sup>5</sup>

En este sentido la Santísima Virgen tuvo más fe que todos los hombres y ángeles juntos, expone el santo citando al P. Suárez, pues veía a su hijo en el establo de Belén y lo reconocía por el Criador del mundo. Veíalo huyendo de Herodes, y no dejaba de

1. GOY, A. (1952). *Obras ascéticas de san Alfonso María de Ligorio* (vol.1) Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (p. 516)

2. Op. cit. (p. 516)

3. Op. cit. (p. 908)

4. Op. cit. (pp. 771-772)

5. ¡Bienaventurada la que ha creído que se cumplirán las cosas que se le han dicho de parte del Señor! (Lc 1, 45).

creer que era el Rey de los reyes. Lo vio nacer, y lo creyó eterno. Lo vio pobre, necesitado de alimento, y creyó que era el Señor del universo; lo vio sobre el heno, y lo creyó omnipotente. Observó que no hablaba, y creyó que era la Sabiduría infinita. Lo sintió llorar y lo tuvo por el gozo del paraíso. Lo vio, finalmente, morir vilipendiado y crucificado, y, aunque todos vacilaron en la fe, María permaneció firme, creyendo siempre que era Dios.<sup>6</sup> Así de grande es, pues, la fe de María, que ni de noche se apaga su lámpara.<sup>7</sup>

Dios prefirió contar con la colaboración de sus creaturas, y entre ellas, la primera de la que quiso necesitar fue María. Así como no quiso que su Verbo divino se hiciera Hijo de la Virgen antes de que ésta diese su consentimiento expreso, así tampoco quiso que Jesús sacrificase su vida por la salvación de los hombres antes de que lo consintiera María, a fin de que en un solo y perfecto holocausto fuesen inmolados la vida del Hijo y el Corazón de la Madre.<sup>8</sup> De este modo quiso nuestra Madre, por el amor que nos profesa, cooperar a la causa de nuestra salvación.<sup>9</sup>

Sobre las palabras de Isaías: Yo solo he pisado en el lagar, ningún otro pueblo me acompañó,<sup>10</sup> escribe refiriéndose a santo Tomás: Adviértase que dice ‘ningún varón’ para exceptuar a la Virgen, en quién jamás desfalleció la fe.<sup>11</sup> Antes por el contrario, María ejercitó en aquella ocasión la virtud de la fe en grado eminentísimo, pues jamás dudó, a pesar de haber dudado todos los discípulos. Por eso se la llama ‘luz de los fieles’ o ‘reina de la verdadera fe’. Siendo también la época de san Alfonso una época de conspiración universal contra el catolicismo, donde reinaba el jansenismo, el regalismo, la corrupción, la impiedad... éste nos dice que la Iglesia atribuye a la fe de María el haber alcanzado victoria sobre todas las herejías.

Y ya, después de la muerte de Jesús y de su ascensión a los cielos, hablando san Alfonso María de la Asunción de la Virgen, nos comenta que quedó la Virgen en la tierra por un tiempo (aunque no mucho, según comenta, pues le apenaba verse alejada de la presencia y de la vista de su querido Hijo, que ya había subido a los cielos) para velar por la propagación de la fe. A ella acudían los discípulos de Jesús en sus dificultades, ella los alentaba en las per-

secuciones y los animaba a sacrificarse por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, rescatadas por la sangre de su Hijo. De buen grado vivía en la tierra, sabedora de que era la voluntad de Dios que mirase por el bien de la Iglesia.<sup>12</sup>

Y ¿cómo hemos de imitar la fe de María, que es modelo de nuestra fe? La fe es a la vez un don y una virtud —comenta el santo—. Es don de Dios, en cuanto es luz sobrenatural, infundida por el Señor en el alma; y es virtud, en cuanto que el alma se ejercita en ella. De aquí que la fe no sólo ha de servirnos de norma en lo que debemos creer, sino también de norma en lo que debemos obrar.<sup>13</sup> La práctica de la fe viva, pues, consiste, en conformar la vida con las creencias, es decir, poner en práctica aquello que creemos.<sup>14</sup> Así vivió María, dándonos ejemplo con su vida desde el principio hasta el final. María se entregó a los ejercicios propios de la vida activa, pero jamás sus acciones la separaron de la unión con Dios; se daba de lleno a la vida contemplativa, pero sin descuidar los negocios temporales ni la caridad debida al prójimo.<sup>15</sup> Quién no vive de esta manera, es decir, según sus creencias, tiene una fe muerta.<sup>16</sup> San Alfonso nos comenta que, desgraciadamente, hay muchos cristianos que la mayor parte desmienten con las obras su nombre de cristianos. «Mejor fuera encerrar a estos desgraciados en una cárcel como locos, según decía el beato Maestro de Ávila, pues creyendo en una eternidad feliz y en otra desgraciada para quienes vivan bien o mal, viven después como si no lo creyeran. Por esto nos exhorta san Agustín a que lo miremos todo con ojos cristianos, es decir, bajo el punto de vista de la fe, porque en sentir de santa Teresa, todos los pecados proceden de falta de fe».<sup>17</sup>

Pero del mismo modo que María fue aprisa a visitar a su prima Isabel, dice san Alfonso que el que se acerca a pedirle mercedes la hallará siempre pronta, siempre dispuesta a socorrerle y alcanzarle con sus poderosos ruegos todas las gracias necesarias para la salvación eterna.<sup>18</sup> Pidamos, pues, como nos invita san Alfonso María de Ligorio, a la Santísima Virgen que, por los merecimientos de su fe, nos alcance de Dios una fe viva: ¡Señora, auméntanos la fe!

6. Op. cit. (p. 909)

7. Prov 31, 18

8. Op. cit. (p. 811)

9. Op. cit. (p. 855)

10. Is 63,3

11. Op. cit. (p. 910)

12. Op. cit. (p. 825)

13. Op. cit. (pp. 910-11)

14. «Aquel que cree verdaderamente pone en práctica lo que cree». (San Gregorio)

15. Op. cit. (p. 793-94)

16. «Porque así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta». (St 2, 26)

17. Op. cit. (p. 911)

18. Op. cit. (p. 803)

# San Maximiliano María Kolbe, Caballero de la Inmaculada

LAURA INDART LUNA

## «El Loco de la Inmaculada»

**C**ONFIAD en la Inmaculada sin límites, y nada en vosotros mismos... Entonces seréis capaces de hacer mucho para la gloria de Dios: mucho haréis ya aquí en la tierra, y mucho más todavía en el cielo, dónde ya no hace falta agarrarse con una mano para no caer, sino que las dos manos se pueden extender hacia la gente».

Son palabras de san Maximiliano María Kolbe: uno de los grandes santos del siglo xx cuyo testimonio de entrega filial a Dios y a María Inmaculada es un canto de fe. San Maximiliano es llamado mártir de la caridad porque fue su inmenso amor de Dios, traducido en amor a los hombres, lo que le llevó a entregar su vida en Auschwitz. Pero el don que Dios ha hecho a su Iglesia con este santo sacerdote ha sido su intenso amor por la Inmaculada Virgen María, su «Mamusia», como él la llamaba.

San Maximiliano vive por y para la Inmaculada: todo él y toda su obra le está ofrecida. Él mismo se daba el nombre de «el loco de la Inmaculada». Es una vela encendida en el mundo para iluminarnos el camino hacia nuestra Madre y vivir completamente entregados a ella; una vela de fe, esperanza y caridad encendida en medio del angustioso siglo xx, por lo que Juan Pablo II le invocó como «patrono de nuestro difícil siglo».

## Las coronas que la Virgen ofrece al niño Maximiliano

**Y**A desde pequeño tenemos constancia de que la Virgen María tuvo una intervención especial en su vida. No se sabe si fue un sueño, una aparición, visión... pero hubo un hecho que cambió completamente al pequeño Maximiliano. Su propia madre es quien lo dio a conocer. Tras un «disgusto» que Raimundo –como se llamaba nuestro santo antes de cambiar su nombre en la vida religiosa– había dado a su madre, ella le reconvino: «¿Quieres decirme qué haré de ti, hijo mío?».

Desde aquel día, ella vio como su hijo pasaba largos ratos de oración ante el altarcito que tenían en el hogar, con lágrimas en los ojos. Su madre, preocupada, le preguntó qué le ocurría:

Nos lo cuenta ella: «El niño, tembloroso de emoción y con lágrimas en los ojos, me dijo: “Mamá, cuando me reprendiste, recé mucho a la Virgen para que me dijera qué sería de mí. Después, encontrándome en la iglesia, se lo pedí de nuevo. Entonces se me apareció la Virgen llevando en sus manos dos coronas. La blanca significaba que perseveraría en la pureza; la roja, que sería mártir. Yo respondí que aceptaba las dos. Entonces, Nuestra Señora me miró dulcemente y desapareció”.

»Y que el muchacho no había mentido lo probaba su radical transformación. Desde aquel día fue otro y continuamente me hablaba del martirio como del deseo que más anhelaba. Por mi parte, me he ido preparando a ello, como nuestra Señora hizo después de la profecía de Simeón».

## «Debemos sacrificar toda nuestra vida para la Inmaculada»

**S**IENDO ya monje, es conocida la obra de san Maximiliano como la Milicia de la Inmaculada. Desde niño él había prometido a la Virgen que lucharía por ella. Ve que donde debe combatir para defenderla es contra los masones, que tanto daño estaban haciendo en aquellos momentos a la Iglesia. Frente a una imagen de la Inmaculada y rodeado de otros seis frailes franciscanos amigos suyos, comienza la Milicia con el propósito de convertir a todos los pecadores mediante el ofrecimiento a la Inmaculada como instrumento suyo, la Medalla Milagrosa, y una oración recitada diariamente. Años más tarde, fundó en Polonia la «ciudad de María» –Niepokalanów–, un nuevo convento donde todo estaba dedicado a la Virgen:

«La ciudad de la Inmaculada, hacia donde partiremos dentro de unas horas, es un lugar escogido por la Inmaculada y destinado exclusivamente a la propagación de su culto. Todo, sea lo que fuere, si está en La ciudad de la Inmaculada, es y será suyo. Nosotros también fuimos elegidos por la Inmaculada y mediante esa elección nos convertimos en su propiedad. Mañana se celebra la solemnidad del Ofrecimiento de la Santísima Virgen María. Ella, la Inmaculada, se entregó plenamente a Dios; y nosotros también, en la víspera de esta solemnidad, brindémosnos como ofren-



da, y entreguémonos como instrumento inútil en sus manos, para siempre, sin límite.

Allí hablaba cada día a los hermanos que vivían con él. Les exhortaba de esta forma:

«Debemos sacrificar toda nuestra vida para la Inmaculada y hacer todos los esfuerzos posibles para que aumente la veneración hacia ella».

«Hay que servir a la Inmaculada sin límites. Uno no puede escatimar su persona a la Inmaculada. Ella es instrumento en las manos de la Misericordia de Dios, y nosotros somos instrumento en sus manos. Sin nosotros todo lo haría mejor y con más eficacia: nosotros sólo lo estropeamos. Pero tiene a bien valerse de nosotros para que podamos hacer méritos».

«La mejor devoción a la Inmaculada no es el rezo de muchos padrenuestros sino esa sencilla relación del niño con la Madre».

## Llevar el Evangelio a Japón

**A**san Maximiliano le ardía el alma en amor al Señor y a la Inmaculada. Y porque tenía gran afán misionero se ofreció a marchar a Japón a convertir a los infieles. Su petición, a pesar de su frágil salud y de que su fundación en Polonia no estaba todavía consolidada, fue aceptada.

Quería conseguir fundar también allá un convento donde todo estuviese dedicado a la Inmaculada. La duda, lógicamente, era ¿cómo hacerlo?: sin ningún conocimiento de japonés, sin nadie conocido allá...pretendía abrir un periódico igual que había hecho en Polonia, «El Caballero de la Inmaculada», que tanto bien hacía a las almas y que alcanzaba cada vez mayor tirada. Y efectivamente, en un mes llegó este telegrama a Niepokalanów: «Lanzamos el primer número. Stop. Tenemos imprenta. Stop. Viva la Inmaculada. Stop. Maximiliano». ¿Cómo lo habían conseguido? Gracias a mucha oración y a la pobreza absoluta. Por esta revista hubo muchas conversiones de japoneses paganos o protestantes.

Fue tal el éxito, que comenzaron a acercarse a su convento –si es que así podía llamarse aquella barraca en ruinas– algunos monjes budistas a discutir cuestiones de fe con él: «Desde ahora no admitiré más en mi grupo a un solo individuo que no ame a la Inmaculada, nuestra “*Seibo no Kishi*”». Así hablaba uno de ellos tras su encuentro con el padre Kolbe.

## Ofrecidos a la Inmaculada

**C**OMIENZAN las deportaciones de judíos, sacerdotes, polacos en general, a los campos de concentración de dominio alemán. Comienza la trágica historia del «Gólgota del mundo con-

temporáneo», en palabras de Juan Pablo II. Y san Maximiliano pide a sus hermanos un pacto con la Inmaculada, cuando ya están en uno de los primeros campos:

«Hagamos una especie de pacto con la Inmaculada: Madre Santísima, yo me entrego a ti con todo el amor para que, si tú quieres, yo pueda quedarme en este campo, aunque los otros vuelvan a sus casas. Yo quedaré aquí para sufrir, olvidado y despreciado, sin amigos, sin conocidos, sin la más pequeña palabra de consuelo (...)»

Él consideraba esta deportación como una misión en tierras extrañas.

Ya está. Han sido elegidos los diez prisioneros que morirán de hambre y sed como castigo por la fuga de uno del barracón. Los que no han sido condenados respiran aliviados: tanta angustia en el cuerpo y en alma durante las últimas veinticuatro horas queda atrás, al menos por el momento. Se han librado de la peor de las muertes, la lenta agonía en la que todo el cuerpo se abrasa por dentro por la sed, por el hambre, a la vez que el cerebro siente que va a estallar por la ansiedad.

Al grito desesperado de uno de los condenados, lamentando el adiós a su mujer e hijos, san Maximiliano se ofrece como víctima. Y es inexplicablemente aceptado por un jefe que nunca hubiera aceptado que un prisionero cuestionara una sola de sus decisiones, y menos aún que un «sucio polaco» se atreva a hablarle delante de todos mirándole a los ojos.

Así lo describe un autor: «Les ordenaron desnudarse; les dejaron encima únicamente la camisa desgarrada, y así, descalzo, en una sola fila, uno detrás de otro, les escoltaban hacia el búnker. El padre Kolbe era el último de la fila, con la cabeza ligeramente inclinada sobre el hombro izquierdo, los labios apenas se movían con una plegaria susurrante: «¡Reina mía, Señora mía, Madre mía!» o «Mamusia, has cumplido la palabra. ¡Para esta hora he nacido!» Y en el corazón le cantaba el paraíso.

## La Asunción le recibe en el Cielo

**E**s el 14 de agosto, en la vigilia de la Asunción, cuando su alma vuela al Cielo, víctima de una inyección letal ya que su muerte en el búnker del hambre se demora para las autoridades del campo. Él deseaba morir en un día consagrado a la Inmaculada Virgen María.

El día 15, en el día de la gran solemnidad, es cuando su cuerpo es incinerado y son esparcidas sus cenizas. Sus hermanos atestiguan estas palabras suyas tiempo atrás: «Yo querría ser reducido a polvo por la Inmaculada, y esparcido por el viento en todo el mundo».

# «Santa Maria delle Grazie», un santuario romano fundación de un peregrino eremita

GUILLERMO PONS PONS

Los peregrinos que a través de dos milenios han acudido a Roma para visitar sus lugares sagrados y venerar las preciosas reliquias e testimonios de fe cristiana que allí se conservan, han dejado también en la urbe una inolvidable impronta de piedad y de obras caritativas, que muchas veces han perdurado a lo largo del tiempo que transcurre inexorablemente, mientras se van transformando o desapareciendo no pocas instituciones del pasado.

Uno de estos lugares marcado por un aura espiritual de arraigado prestigio, que prosigue desarrollando una labor de vida cristiana de indiscutible vitalidad es la importante parroquia de Santa Maria delle Grazie, situada en la plaza del mismo nombre, en el populoso barrio Trionfale, nombre que proviene de su ubicación junto a la vetusta via Trionfale. Es verdad que esta parroquia, con su hermoso templo de un estilo inspirado en la arquitectura tradicional romana, fue fundada en 1941, pero está ligada a unos precedentes históricos muy destacados. Su principal vínculo con el pasado de la Roma cristiana y renacentista es el icono de la Virgen de las Gracias que en el siglo XVI un devoto peregrino llevó a la Ciudad Eterna desde Jerusalén.

## Albenzio de Rossi, ermitaño y peregrino

EN Cetraro, castillo y población de Calabria junto a la ribera del mar, nació en 1544 Albenzio de Rossi, hijo de una familia piadosa y de antigua raigambre. Desde la infancia se distinguió por su piedad. Parecía orientarse hacia el sacerdocio, pero pronto consideró que Dios le llamaba a santificarse en otro género de vida marcado por el ejercicio constante de las obras de caridad y de apostolado entre la gente más humilde.

Entonces pidió y obtuvo de la jerarquía eclesial la autorización de profesar la vida eremítica y peregrinante vistiendo un hábito de lana blanca y llevando consigo una imagen de Jesús crucificado. Empezó su labor visitando como peregrino las iglesias y santuarios de su tierra natal, donde practicaba sus constantes ejercicios piadosos a la vez que exhortaba humildemente a las personas que encontraba a que llevaran una vida virtuosa y cultivaran una auténtica religiosidad cristiana.

A finales de la Edad Media, habiendo decaído bas-

tante la observancia en muchas órdenes religiosas y monasterios, no pocas personas se inclinaban hacia un género de vida consagrada a la oración y a las buenas obras profesando la vida eremítica, a veces en pequeños grupos, y a ejercitarse en la austeridad y la pobreza con la peregrinación a lugares santos, lo cual suponía muchas veces un heroico y abnegado esfuerzo no exento de peligros y sometido a la humillante condición de la mendicidad e incluso a experimentar los sinsabores del hambre y del cansancio.

No faltaban, sin embargo, quienes desaconsejaban o vituperaban el asumir ese género de vida de peregrinación, quizá movidos por ciertos abusos o modos de comportarse poco edificantes de algunos peregrinos. En la *Imitación de Cristo*, en efecto, leemos: *Rara sanctificantur qui multum peregrinantur* (Rara vez son santificados los que hacen frecuentes romerías).<sup>1</sup> A pesar de ello, los peregrinos de auténtica índole cristiana, fieles representantes de una tradición y una espiritualidad arraigadas en los más hondos valores de la fe, han sido para la Iglesia un reclamo de visión de trascendencia y de generosa entrega al ideal de vida propuesto por Cristo. Sobre todo han brillado estas características en personas como Albenzio en el siglo XVI y san Benito José Labre en el XVIII, los cuales en la Ciudad Eterna y en otros lugares santos supieron unir estrechamente la veneración de lo sagrado con las obras de misericordia espirituales y corporales en favor del prójimo.

## Albenzio en Roma, Loreto y Jerusalén

LA primera permanencia de Albenzio en Roma parece que duró unos tres años. Entonces los responsables de una institución benéfica en la que se atendía a jóvenes desamparadas, conociendo la virtud y el espíritu de caridad del peregrino calabrés, le suplicaron que prestara su colaboración con el fin de recoger limosnas para atender a una tan benéfica labor.<sup>2</sup> La sede de esta entidad estaba situada junto a la iglesia de *Santa Caterina della Rosa*, en la *via dei Funari*, o sea, de los fabricantes de cuerdas, un barrio por entonces céntrico y popu-

1. *Imitación de Cristo*, I, 23, 4.

2. MARIO BOSI, «Facem bene adesso che havemo tempo», en *Strenna dei romanisti*, Roma 1959, p. 258.



*Reproducción del icono de Santa María de las Gracias de Porta Angelica*

lar, que se hallaba en las inmediaciones del famoso Teatro de Marcelo, monumento imperial, sobre el cual había construido su palacio y sus jardines la familia Orsini.

Las muchachas recogidas en el orfanato y demás personas relacionadas con esta obra asistencial manifestaban su reconocimiento a la fructífera labor que durante tres años realizó el devoto peregrino al cual definían como «ángel de caridad» y «benefactor insigne» de aquella casa. Pero llegó el tiempo en que Albenzio sintió que su proyecto de vida de peregrino mendicante le impulsaba a encaminarse hacia otros lugares sagrados y famosos santuarios.

Una de las principales metas de peregrinación del piadoso ermitaño Albenzio fue el santuario de Loreto, uno de los más famosos de la Cristiandad europea desde el siglo XIV. Contribuyó a ello especialmente la tradición que afirmaba que allí se encontraba prodigiosamente trasladada desde Nazaret la casa en que tuvo lugar la Anunciación del ángel a la Virgen. Quizá el origen de esta tradición pueda vincularse a que fueran llevadas allí por unos cristianos de Servia algunas piedras provenientes de dicho santuario de Tierra Santa, que había quedado destruido al desaparecer el reino cruzado de Jerusalén. Era frecuente por entonces el traslado de mate-

riales procedentes de lugares santos y la construcción de edificios que reproducían santuarios que era difícil ir a visitar en Palestina. Es el caso del gran complejo de construcciones del Monte de Varallo, al norte de Italia, donde se efectuó una especie de reproducción de los santuarios de Jerusalén.

Podemos imaginar los sentimientos de piedad del peregrino Albenzio al recordar cómo por aquellos mismos años se expresaba san Carlos Borromeo que peregrinó varias veces a la Santa Casa de Loreto y que, después de una de estas visitas, escribiendo a su hermana Ana le decía: «En Loreto he visitado la santísima casa de nuestra Señora, que me ha parecido admirable e infinitamente bella».<sup>3</sup>

No cabe duda de que la peregrinación a Jerusalén, que el eremita de Calabria emprendió después de haber visitado Loreto y otros santuarios, debió llenar su espíritu de una singular emoción. La Ciudad Santa y toda Palestina era, en efecto, la meta más anhelada por los devotos peregrinos, pues como muy bien dice el culto orientalista español José M<sup>a</sup> Millás, «el amor de los cristianos por Tierra Santa es y ha sido imperecedero, es un amor espiritual, un amor a la patria del Salvador, a nuestra patria adoptiva, al relicario de nuestra fe».<sup>4</sup>

De la Ciudad Santa Albenzio regresaría a Roma llevando consigo un icono de María, al que en la Ciudad Eterna el pueblo romano designaría posteriormente como «Santa Maria delle Grazie», denominación que viene a representar como un eco de las palabras con las que san Sofronio, un patriarca de Jerusalén en el siglo VII, invocaba a María en uno de sus sermones, diciendo: «Tú has superado con mucho a toda criatura porque sobre todas brillaste por tu pureza. Por esto te aclamo llena de gracia, porque fuiste colmada de dones de gracia sobre todas las criaturas... Hallaste en Dios una gracia eximia sobre cualquier otra, la más espléndida de todas las gracias que nunca languidece, que ningún ímpetu conmueve; gracia totalmente invicta, eternamente duradera... A nadie como a ti se ha concedido la plenitud de la gracia».<sup>5</sup>

### **Un albergue para peregrinos pobres y para ayuda de mendigos**

**A**L BENZIO pensó establecerse definitivamente en Roma, a donde llegó en 1587, a fin de dedicarse a la práctica de obras de caridad. La experiencia en carne propia le había hecho co-

3. A. DEROO, *San Carlo Borromeo, il Cardinale Riformatore*, Editrice Ancora, Milano 1965, p. 257.

4. JOSÉ M<sup>a</sup> MILLÁS VALLICROSA, *Tierra Santa*, Ed. Balmes, Barcelona 1942, p. 17.

5. *Sermón 2º de la Anunciación*: PG 87, 3237.

nocer cuánto sufrían los peregrinos, que después de las dificultades del camino podían encontrarse también desamparados en el lugar de su piadosa visita. Apenas llegado a la Ciudad Eterna, supo que su madre se encontraba enferma de gravedad y pensando que la caridad ha de manifestarse de un modo especial hacia los padres, corrió a su ciudad natal de Cetrazo, donde después de tantos años pudo abrazar a su madre y asistirle en la hora de la muerte.

Acudió Albenzio al cardenal Sirleto, calabrés como él, y le expuso su proyecto de abrir un albergue para peregrinos pobres, siendo muy bien acogido por ese purpurado, hombre muy celoso y benemérito de la reforma eclesiástica. Éste apoyó eficazmente el anhelo de su paisano y lo dio a conocer al papa Sixto V, el cual encargó al Cardenal Vicario de Roma que proporcionara a Albenzio un terreno situado en la *via di Porta Angelica* donde establecer el albergue de peregrinos (breve apostólico de 12 de junio de 1587). Es verdad que ya existía otro hospicio con la misma finalidad, el de la *Trinità dei pellegrini*, pero por falta de recursos no era posible dar hospedaje en él a todos los peregrinos pobres.

Al ermitaño Albenzio se le juntaron por el momento dos compañeros que quisieron seguir su estilo de vida. Otros hermanos se les unieron después. Se formó, pues, una pequeña comunidad que llamó la atención de los romanos y visitantes de la urbe por la piedad que manifestaban y la caridad con que atendían a los pobres. Además de dar hospedaje por espacio de ocho días a los peregrinos pobres, cada día sentaban a su mesa trece mendigos. A los peregrinos que enfermaban ellos les procuraban la admisión en los hospitales.

Todo ello, como es lógico, requería constantes dispendios. La labor de estos ermitaños consistía además de una intensa plegaria y la atención a los necesitados en el duro y constante reclamo de limosnas. Se hizo famosa la frase con la que imploraban la caridad pública. Siempre, en efecto repetían estas palabras: *Facemo bene adesso che havemo tempo*. Se trata de una expresión que en sustancia aparece en la carta de san Pablo a los Gálatas: *Mientras tengamos tiempo hagamos el bien a todos*.<sup>6</sup>

Casi unos veinte años se prolongó la vida de Albenzio en Roma prosiguiendo con admirable constancia su caritativa labor y formando a los ermitaños que la continuaron durante muchos años. Antes de morir llamó junto a sí a los hermanos y les exhortó a continuar la labor emprendida y a colocar en la iglesia el icono de la *Mater gratiarum*, o sea, de santa María de las Gracias. Después se hizo leer el relato de la Pasión de Cristo y serenamente se durmió en el Señor el 19 de abril de 1606.

6. Gal 6, 10.

## El santuario de Santa María de las Gracias

Los seguidores de Albenzio fueron conocidos como *Eremiti di Roma*. Vestían un hábito blanco de paño basto, más bien corto, con un reducido manto sobre las espaldas y un sombrero blanco de anchas alas que sostenían con una mano, mientras con la otra llevaban una bolsa en la que se depositaban las limosnas. Solían ir con los pies descalzos o con simples sandalias, mientras repetían la frase tradicional. Con ciertas modificaciones estos eremitas subsistieron hasta el año 1806.

Los ermitaños tardaron algún tiempo en cumplir el encargo de su fundador de colocar en la iglesia del albergue el icono de la Virgen. Esto se realizó en 1618, doce años después de la muerte de fray Albenzio. El pueblo empezó a venerar con mucha devoción la imagen de María, y se dice que fueron tantas las gracias obtenidas que el pueblo fue quien le dio el título de *Santa Maria delle Grazie*. Por entonces la iglesia que llevaba el título de la Ascensión empezó a ser designada con el nombre de la figura de la Virgen.

La iglesia de la Ascensión, embellecida con una fachada renacentista por el cardenal Marcelo Lante, era muy visitada por los fieles y en su entorno, en la famosa *via di Porta Angelica*, se celebraba una romería muy popular a la que afluía gente de toda la ciudad de Roma. Pero en 1936, cuando en tiempo del fascismo se realizaban grandes obras para dotar a la ciudad de amplias avenidas, la iglesia en donde con tanta devoción se veneraba a nuestra Señora de las Gracias, fue completamente demolida. Unos años después, en 1941, fue edificada en el barrio de la *via Trionfale*, fue inaugurada la nueva parroquia dedicada a santa María de las Gracias y se trasladó a ella el icono que el ermitaño Albenzio con gran fervor había traído desde Jerusalén en 1587.

La obtención de gracias por mediación de la Virgen significa para esta parroquia romana un don singular que sin duda ha contribuido grandemente al florecimiento de la vida cristiana que allí se manifiesta. La Nueva Evangelización y la presencia espiritual de María que, como Madre de la Iglesia, se muestra siempre generosa a favor del desarrollo de la vida cristiana son signos constantes de que ella «una vez recibida en los Cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación».<sup>7</sup>

7. Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 62.

# «La Anunciación» de Roger Van der Weyden

CANDELARIA BOTTERÓN

**R**oger Van der Weyden es uno de los pintores flamencos más importantes del siglo xv. Sus obras suelen representar escenas bíblicas en interiores flamencos propios de las casas burguesas. Dos de sus obras más conocidas son la Anunciación, obra que se encuentra actualmente en el museo del Louvre, y el Descendimiento, que podemos visitar en el museo del Prado.

En sus cuadros la Virgen María suele tener el máximo protagonismo. Esto responde, más que a un gusto personal, a la época en la que se inserta el pintor. Durante la Baja Edad Media, los ojos de la Iglesia se dirigen hacia la mirada maternal de María con más ahínco que en épocas anteriores.

A pesar de que son muy pocas las veces que aparece mencionada nuestra Santa Madre en el Evangelio, se puede decir que ha sido la mujer más representada en la historia del arte. Los primeros cuadros en los que aparece la Virgen muestran imágenes muy simples, porque la fe era muy sencilla. A lo largo de los siglos, el Espíritu Santo que guía a la Iglesia nos ha hecho penetrar más profundamente en sus virtudes, a la vez que el arte iba cobrando importancia y realizando obras religiosas más detallistas.

«Asilo de pureza, estandarte de la fe, modelo de la devoción, doncella en la casa, ayuda del sacerdocio, madre en el Templo» (san Ambrosio). Todas las virtudes de María se han reflejado en el arte a través de la iconografía, signos que manifiestan una realidad análoga. Los distintos objetos y gestos tienen un significado que los trasciende y que son fáciles de interpretar por los fieles.

La Anunciación de Roger Van der Weyden intenta hablarnos, a través de estos signos, de todos los detalles de este misterio. Son como una catequesis que nos ayuda a introducirnos en la casa de María y comprender todo lo que allí sucede. No es una casa del siglo primero de Nazaret, sino una casa burguesa de Flandes, en donde el pintor aprovecha para acerca la escena bíblica a los espectadores del momento. Este ambiente le sirve para representar las diferentes calidades, los brillos de las maderas, el reflejo de la luz en los cristales, y fundamentalmente destaca el tratamiento de las telas.

Ningún elemento nos debe pasar inadvertido. Los tres lirios blancos junto al ángel, por ejemplo, nos indican la virginidad de María antes, durante y después del parto; la vasija de cristal colocada en una repisa, también hace alusión a su virginidad porque así como la luz pasa a través del cristal sin romperlo, Cristo penetra las entrañas de María sin que ella pierda la virginidad; la única vela colocada sobre el can-



delero es símbolo de la única naturaleza de Cristo; y el jardín que aparece tras la ventana significaría que con María, nueva Eva, se abren las puertas del jardín del Edén, cerradas a los hombres desde el pecado de nuestros primeros padres.

Todos estos objetos nos ayudan a conocer a María, figura principal de esta escena. Van der Weyden la representa aquí arrodillada, signo de su humildad, y en oración, signo de su devoción. María medita sobre la profecía de Isaías: «la Virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel», pasaje que se representa en el libro abierto que sujeta con su mano. Es decir, María, con su sí, se convertía en el puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. El primero será la prefiguración del segundo.

Junto a María se encuentra el arcángel Gabriel que vestido con la capa pluvial da mayor dignidad a la escena. Con su gesto nos indica que ha dado el mensaje a María y la contempla esperando la respuesta.

El gesto de María inclinando la cabeza y levantando su mano derecha, es símbolo de la aceptación de las palabras del ángel. María se turbó ante sus palabras y preguntó cómo podía ser esto. La duda de la Virgen es muy distinta de la de Zacarías: pregunta para comprender el camino del Señor, pero no pierde la fe, virtud que queda remarcada por la serenidad de su rostro.

Tras la explicación de los planes de Dios, la Santísima Virgen pronuncia su *fiat*, en un abandono confiado en los diseños de su Creador. A partir de este momento, con la certeza de que tenía al Hijo de Dios en sus entrañas, María realizaría la primera adoración.

# Recuerdo y testimonio de Ramón Gelpí

*En el anterior número, del mes de abril, dimos cuenta del fallecimiento de nuestro asiduo colaborador y miembro de Schola Cordis Iesu, Ramón Gelpí Sabater. Reproducimos a continuación la homilía pronunciada por mosén José M<sup>a</sup> Alsina Casanova, hnscc, en la misa celebrada por su eterno descanso, el 3 de mayo, en la capilla de Balmesiana, y fragmentos de un escrito póstumo de Ramón, redactado cuando ya su enfermedad había manifestado su carácter incurable. En él se manifiesta de manera profunda y ejemplar el ansia de alcanzar el Cielo y llegar a gozar de la bienaventuranza eterna.*

## Homilía

**Q**UERIDOS hermanos sacerdotes, querida familia, María Jesús, Inés, Blanca, María, queridos todos en el Corazón de Jesús:

Celebramos esta misa funeral por el eterno descanso del alma de nuestro muy querido Ramón Gelpí, fiel miembro de Schola Cordis Iesu y del Apostolado de la Oración. Lo hacemos en este contexto del primer viernes del mes de mayo, con la mirada puesta en el Sagrado Corazón de Jesús y en nuestra Madre, en este mes dedicado especialmente a ofrecerle nuestro cariño y amor filial.

Acabamos de escuchar esta lectura de la fiesta de hoy de los apóstoles Santiago y Felipe. Felipe le dice a Jesús: «Muéstranos al Padre». Él tiene deseo de ver a Dios. Es el deseo que está en el corazón de todo hombre expresado en la oración del salmista: «Tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro». Ese deseo solamente se puede colmar plenamente en el Cielo, donde como nos dice la plegaria eucarística III el Señor «enjugará las lágrimas de nuestros ojos, y al contemplarle como es seremos semejantes a Él y cantaremos eternamente sus alabanzas».

San Juan Eymard, un gran apóstol de la Eucaristía, dice que hay como tres grados en este deseo del Cielo. El de aquellos que desean ir al Cielo para dejar de sufrir, porque allí se está bien; el de los que desean el Cielo para no ofender más a Dios; y el tercero y más perfecto es el deseo que Dios infunde en el alma de querer ir al Paraíso para amar mucho a Dios, para verle, alabarle y darle siempre gracias. Y dice san Juan Eymard: «Y esto es ciertamente lo perfecto, porque aquí se ama a Dios por sí mismo».

Hemos de entender estos tres grados como todo un proceso de transformación de nuestro corazón. Es un camino que debemos recorrer, pero ante todo es una gracia inmensa de Dios que tenemos que pedir que nos la vaya dando a lo largo de nuestra vida.

Precisamente el papa Francisco hace unos días hablaba de cómo la vida cristiana es un camino de preparación para esa patria definitiva. «Toda la vida cristiana es un trabajo de Jesús, del Espíritu Santo, para prepararnos un lugar, prepararnos los ojos para ver». Nuestros ojos, los ojos de nuestra alma necesitan, tienen necesidad de ser preparados para contem-

plar el rostro maravilloso de Jesús. Se trata, entonces, de «preparar el oído para escuchar cosas bellas, palabras bellas. Y principalmente preparar el corazón: preparar el corazón para amar, amar más».

«En el camino de la vida —explicó el Pontífice— el Señor siempre hace esto: con las pruebas, con las consolaciones, con las tribulaciones, con las cosas buenas. Todo el camino de la vida es un camino de preparación. Algunas veces el Señor lo debe hacer de prisa, como hizo con el Buen Ladrón: tenía sólo pocos minutos para prepararlo y lo hizo. Pero la normalidad de la vida es ir así: dejarse preparar el corazón, los ojos, el oído, para llegar a esta patria. Porque esa es nuestra patria».

El Señor nos prepara para ir al Cielo, es suya la iniciativa. Y lo puede hacer en un breve espacio de tiempo. Así ha sido con Ramón: en unos meses Dios ha puesto en su alma este deseo de estar con Él. Él deseaba ir al Cielo para «amar a Jesús y hacerlo amar». Recuerdo cuando con toda sencillez me dijo: «He descubierto que el fuego del Corazón de Jesús es su amor y entrar en el Cielo es entrar de lleno en ese fuego de amor». Ramón era consciente de que el Señor le trataba con predilección y nos decía que le «asustaba» la acción de Dios en él, porque se sentía pequeño e indigno de estas gracias que veía que eran un regalo grande no sólo para él sino para su familia y para Schola.

Esta gracia grande del Señor cayó sobre una tierra dispuesta a recibirla. Ramón era un hombre de profunda fe, «amigo y apóstol del Corazón de Jesús», fiel miembro de Schola Cordis Iesu, colaborador asiduo de la revista CRISTIANDAD, adorador nocturno, esposo y padre y abuelo que veló hasta el último día por la fe de todos los de su casa. Con su sencillez y humildad forjada en la escuela de la infancia espiritual ganó a Jesús por el corazón y Nuestro Señor lo hizo formar parte de «aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor misericordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús» de la que hablaba el padre Orlandis en su escrito *Pensamientos y ocurrencias*.

Por esto es justo y necesario que unida a nuestra

oración por su eterno descanso y por el consuelo de su familia, hoy demos muchas gracias a Dios porque a través de Ramón nos ha mostrado que «es grande su misericordia». A Ramón el Señor le ha mostrado el amor de su Corazón, pero también nos lo ha mostrado a cada uno de nosotros.

Hemos de pensar que la enfermedad y muerte de Ramón han sido un «paso fuerte de Dios» con que quiere confirmarnos en nuestro camino hacia el Cielo desde la confianza en las promesas de su Corazón, a través de nuestra entrega a la Iglesia en Schola Cordis Iesu, en la certeza y alegría de saber que el Señor es muy bueno. En palabras de santa Teresita a Leonia:

«Es mucho mejor de lo que piensas. Él se conforma con una mirada, con un suspiro de amor... la perfección es algo muy fácil de practicar, pues lo único que hay que hacer es ganar a Jesús por el corazón».

Pidámosle al Corazón de Jesús que, como su Madre, «guardemos todas estas cosas en el corazón», «le demos vueltas» y, cogidos de su mano materna y de la de san José, al que tanto quería Ramón, «olvidándonos de lo que queda atrás y lanzándonos hacia lo que está por delante, corramos hacia la meta, hacia el premio al cual Dios nos llama desde arriba», para un día poder reunirnos como una gran familia todos en el Cielo. Amén.

## La esperanza del Cielo

**H**OY se habla poco de la vida eterna, del Cielo, y esto hace que, a veces, la fe de los cristianos se vea faltada de una verdadera perspectiva teológica. Esta carencia, debida frecuentemente a una predicación incompleta, o incluso torpe, tiende a que la esperanza de los fieles se enfríe, se piensa en un cristianismo sólo terrenal. Procuraremos en este breve ensayo, incentivar esta esperanza. Esta idea ha nacido con ocasión de una vivencia personal, cuya narración omitimos, pero que nos empuja a intentar suplir mínimamente esta carencia, y hacer atractiva, en la medida de lo posible, nuestra propia salvación y la de nuestros allegados. Debemos pensar más en la salvación, por esto veremos en estos textos, contemplar este cielo que Cristo nos promete, a fin de que se nos abra la esperanza y en verdad lo deseemos.

### Una cuestión semántica

**L**A bienaventuranza eterna prometida por Jesucristo, no tiene en el lenguaje común, un nombre que la defina en exclusiva. La llamamos Cielo, Paraíso, Gloria, pero todas estas expresiones tienen también un significado humano, o incluso alegórico. Nosotros vamos a utilizar la primera de estas expresiones, porque nos parece la más inequívoca y, personalmente, nos evoca mejor el sentido sobrenatural de dicha bienaventuranza.

Es verdad que con esta palabra definimos también la llamada esfera celeste, azul de día y plagada de estrellas por la noche, pero siempre será una composición de lugar propicia, porque si «elevamos los ojos al Cielo», hacia esta atmósfera azul o este espacio estrellado con humildad, todo invita a la oración, a hablar con Dios nuestro Señor. No vemos el verdadero Cielo, pero intuimos su existencia mirando hacia arriba, y esto es una forma de acercarnos a él. Pues bien, como veremos a continuación, en esto que

desde este texto llamaremos Cielo, y además lo escribiremos con mayúscula, se fundamenta nuestra esperanza, confiando en la infinita misericordia de Dios.

### La esperanza teológica

**E**SPERAMOS, a nuestra muerte, ser atraídos hacia Cristo, hacia el centro de su sacratísimo Corazón en virtud de su infinito amor. Solamente por «entrar» en este amor infinito, por «ver la gloria de Dios y no morir por ello» (Ex 33, 18-23) se entra en un misterio de felicidad infinita que ya nunca más el alma podrá, ni querrá separarse de Él. Tan sólo por la Gracia de Dios que nos ha constituido «herederos del Cielo», los que mueren en amistad con Él pueden «resistir» este estado sobrenatural infinito, y además, gozarlo.

¿Por qué utilizamos la palabra *resistir* cuando hablamos del amor de Dios y, muy especialmente del amor del Corazón de Cristo? Sólo hay un argumento que nuestra inteligencia pueda alcanzar: este amor es un fuego sobrenatural, abrasador e irresistible; tanto que sin la voluntad y la gracia del mismo Dios, incluso en estado espiritual (alma liberada del cuerpo) podríamos ser aniquilados, o incluso, si fuera posible, sentirnos como se deben sentir los condenados del infierno al verse apartados de Dios.<sup>1</sup>

No es irrelevante que en la representación del Corazón de Jesús, tal como nos lo transmitió santa Mar-

1. Las Escrituras, y muy claramente el Nuevo Testamento, hablan de fuego para citar el Infierno, y también referido al Purgatorio, en este caso purificador. Se supone un fuego espiritual. Sin embargo, al hablar del amor de Dios, nos hemos referido a un fuego, verdaderamente sobrenatural, y que Cristo mismo nos da la gracia, no sólo para resistirlo, sino incluso para gozar de él por toda la eternidad. Por esto, hemos querido decir que, sin esta gracia de Dios, este fuego podría ser una inmensa causa de sufrimiento.

garita M<sup>a</sup> de Alacoque, salgan llamas por su parte superior, e incluso que en algunas imágenes emerja fuego de la herida de la lanza. Así pues, este fuego es un gozo infinito para los bienaventurados, porque Dios mismo lo ha querido así, pero no es una alegoría, como veremos. Es fuego realmente, aunque no sea comparable con el fuego material que conocemos.

### El Cielo es deseable

**E**STA sencilla y breve explicación, amparada por toda la fe de la Iglesia católica, podría bastarnos para entender o, por lo menos intuir, este estado de eterna felicidad que, como decimos, llamamos Cielo. Lo que constituye la salvación eterna que nos ganó la Redención de nuestro Señor Jesucristo.

Veamos ahora por qué es importante tener viva esta esperanza siempre, en tanto nuestra vida espiritual se apoya en el amor de caridad, el amor que nos profesa Cristo, y que le llevó a dar su vida por nuestra salvación, como sabemos. Pero es que esta salvación ha de culminar en lo que denominamos «el Cielo»

Dios nos ha revelado la existencia del Cielo, y quiere que esta revelación sirva para incentivar nuestra esperanza. Pero no nos ha dado «detalles» de él; sólo ahondando en el misterio de su amor podemos intuir esta felicidad eterna e infinita. Pero aun así, aún siendo imperfecto este conocimiento, el Cielo siempre ha de ser deseable.

A veces no ayudan mucho las imágenes artísticas, los grandes maestros de la pintura. Suelen ser imágenes estáticas, todos mirando al Altísimo, que es una visión correcta, pero que difícilmente puede dar idea de una situación deseable de eternidad. Lo que hemos definido hasta ahora no va por este camino, aunque la felicidad se centra igualmente en «ver a Dios» y «entrar en su Corazón»: ya hemos explicado que este fuego de amor sacia todos los deseos, y es Dios mismo quien nos da capacidad para ello; pero esto no se puede representar en una obra pictórica.

Sin embargo, del Cielo se pueden también tener imágenes más dinámicas, que pueden compaginarse con lo que acabamos de decir. Para ello, primero profundizaremos algo más en lo que hemos explicado, y después hablaremos de la Resurrección de la carne que, como sabemos, forma parte del Credo católico.

Yo le resucitaré en el último día: Esta es la expresión con la que Jesús promete la vida eterna, según transcribe san Juan en seis ocasiones. Otras muchas, casi incontables, de significado similar, aparecen en los cuatro evangelistas al referir la vida pública de Jesús. Jesús hablaba mucho de la vida eterna, y continuamente la vinculaba a sí mismo. En efecto, las

promesas de la salvación eterna, fruto de la Redención de Cristo, son inseparables de la propia fe. No es posible creer en Dios, sin tener al mismo tiempo la esperanza teológica de la bienaventuranza.

### La autoridad de santo Tomás de Aquino, y el «Catecismo de la Iglesia católica»

**P**ERO, teológicamente ¿qué es lo que esperamos de la bienaventuranza? Veamos en primer lugar un extracto de lo que dice santo Tomás en la *Suma teológica*:

«La bienaventuranza es el bien perfecto que calma totalmente el apetito, de lo contrario no sería fin último si aún quedara algo apetecible. Pero el objeto de la voluntad, que es el apetito humano, es el bien universal. Por eso está claro que sólo el bien universal puede calmar la voluntad del hombre. Ahora bien, esto no se encuentra en algo creado, sino sólo en Dios, porque toda criatura tiene una bondad participada. Por tanto, sólo Dios puede llenar la voluntad del hombre, como se dice en Sal 102,5: El que colma de bienes tu deseo. Luego la bienaventuranza del hombre consiste en Dios solo.» (*Suma I-II, q.2 a.8*)

«La bienaventuranza última y perfecta sólo puede estar en la visión de la esencia divina. Para comprenderlo claramente, hay que considerar... que el hombre no es perfectamente bienaventurado mientras le quede algo que desear y buscar....Así, pues, se requiere, para una bienaventuranza perfecta, que el entendimiento alcance la esencia misma de la causa primera. Y así tendrá su perfección mediante una unión con Dios como con su objeto, en lo único en que consiste la bienaventuranza del hombre, como ya se dijo en q.2 a.8.» (*Suma I-II, q.3 a.8*)

Por su parte, el *Catecismo de la Iglesia católica*, concretando algo más, nos señala como causa directa de nuestra bienaventuranza, la Redención llevada a cabo por nuestro Señor, mediante el sacrificio de la cruz:

«1026. Por su muerte y su Resurrección Jesucristo nos ha “abierto” el Cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo quien asocia a su glorificación celestial a aquellos que han creído en Él y que han permanecido fieles a su voluntad. El Cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Él.»

«1028. A causa de su trascendencia, Dios no puede ser visto tal cual es más que cuando Él mismo abre su misterio a la contemplación inmediata del hombre y le da la capacidad para ello. Esta contemplación de Dios en su gloria celestial es llamada por la Iglesia “la visión beatífica”».



## Dos testimonios: san Pablo y, de nuevo, santo Tomás de Aquino

**S**AN Pablo, en su primera carta a los Corintios, citando al profeta Isaías, ya da una forma de entender que no es posible con nuestra inteligencia conocer el alcance de la bienaventuranza eterna: «...Nosotros anunciamos, como dice la Escritura, lo que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar, aquello que Dios preparó para los que lo aman ...» (1 Cor 2, 9).

Pero san Pablo había tenido una visión mística del Cielo. De hecho, se cree que san Pablo recibió, en su retiro en el desierto, antes de iniciar su apostolado, toda la sabiduría que Dios le quiso comunicar hasta llegar a ser considerado «el Apóstol» por antonomasia. De esta visión mística hace un breve comentario en su segunda carta a los Corintios: «... Conozco a un discípulo de Cristo que hace catorce años –no sé si con el cuerpo o fuera de él, ¡Dios lo sabe!– fue arrebatado al tercer cielo. Y sé que este hombre –no sé si con el cuerpo o fuera de él, ¡Dios lo sabe!– fue arrebatado al Paraíso, y oyó palabras inefables que el hombre es incapaz de repetir. De ese hombre podría jactarme, pero en cuanto a mí, sólo me glorío de mis debilidades ...» (2 Cor 12,2-5).

En cuanto a santo Tomás de Aquino, sabido es que dejó inconclusa su obra cumbre, la *Suma teológica*, pero no todos saben que no fue realmente la muerte la que le impidió terminarla. Extraído de una biografía, transcribimos el verdadero motivo, aducido por el propio santo: Pocos meses antes de morir tuvo una visión acerca de lo sobrenatural y celestial, y desde entonces dejó de escribir. Preguntado por el hermano Reginaldo acerca de la causa por la cual ya no escribía más, exclamó: «Es que, comparando con lo que contemplé en aquella visión, lo que he escrito es muy poca cosa».

Otros santos han tenido también visiones acerca de la bienaventuranza y el Cielo, pero no insistiremos en ello; no conviene mezclar las mociones privadas, con los textos bíblicos (el caso de san Pablo) o incluso excepcionalmente el caso de la biografía de santo Tomás de Aquino, que constituye un ejemplo sencillo pero revelador.

Un amigo comentaba hace algún tiempo que él, el Cielo lo querría pasar en Tierra Santa, siguiendo los pasos del Señor, y a su vez, junto a los grandes santos, tanto en la tierra, como en el mismo Cielo (que no es necesariamente un «lugar»). Pues, efectivamente, si asociamos estos goces al gozo abrasador del Amor de Dios que no nos va a abandonar jamás, todas estas consideraciones son útiles.

Muchas otras consideraciones parecidas se pue-

den hacer, pero es muy personal la manera de imaginarlo. No vamos a insistir más en ello, pero sí recordar que, siempre, para que la intuición del Cielo sea correcta, hay que pensar que no es un gozo personal o individual, sino con Cristo, y en su Corazón ardiente, como venimos insistiendo.

## La Eucaristía, la antesala del Cielo

**H**EMOS intentado «escudriñar» el Cielo, con la intención de hacerlo más atractivo, hacerlo deseable en esta vida, frecuentemente demasiado terrena. Hemos visto que, aunque sólo podemos intuirlo, de hecho, poner nuestra esperanza en él, refuerza nuestro amor a Dios y nuestro agradecimiento. Pero hay ya en este mundo una antesala del Cielo en el que esperamos: es un regalo de Cristo Jesús en la noche de la Santa Cena: la Eucaristía.

Ya hemos visto, a propósito de la Resurrección de la carne, que el *Catecismo de la Iglesia católica* menciona la Eucaristía como anticipo de nuestra transfiguración en Cristo. Cada vez que comulgamos el cuerpo de nuestro Señor, participamos un poco de la vida eterna en Él. El que seamos o no conscientes de ello, depende de nuestra propia devoción, de nuestra fe, y del fervor que en este momento nos inspire Él desde el Sacramento.

Pero si hay una forma de la devoción eucarística, que realmente nos acerque al Cielo y nos permita, en la medida de nuestras limitaciones, «entrar» en el Corazón de Cristo, esta es la adoración eucarística, tanto en forma de Hora Santa, de exposición del Santísimo, o la más sublime: la Adoración nocturna. No vamos a decir, claro está, que la Adoración nocturna es, directamente, el Cielo; es más, frecuentemente el sueño y el cansancio pueden disminuir la intensidad de nuestro fervor, pero esta adoración requiere un importante sacrificio, y éste también nos acerca el Cielo. Cristo murió en la cruz, para resucitar en cuerpo glorioso, y esto forma parte de sus promesas: también nosotros deberemos pasar nuestra propia cruz antes de ir al Cielo. Pero la presencia ante Jesús sacramentado, con sueño y cansancio, es lo más próximo al Cielo que podemos encontrar en la tierra.

Ojalá que siempre tengamos esta perspectiva sobrenatural de nuestra existencia, pero si nuestra esperanza flaquea alguna vez, recordemos también aquellas palabras de san Pedro, cuando Jesús, tras la promesa de la Eucaristía, le pregunta si también él le quiere abandonar: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68).

# Jornadas martiriales de Barbastro

JUAN ANTONIO BERGERA

«Hasta los pelos de vuestra cabeza están contados.»  
(Lc 12,1-7)

**E**NTRE los días 9-11 de abril se celebraron las «Jornadas martiriales» en Barbastro, que tuvieron como lema «El martirio en el Año de la Fe»; organizadas por Hispania Martyr, el Museo Claretiano y la Asociación de Amigos de El Pueyo, bajo la dirección de don Martín Ibarra Benloch, presidente de la Comisión Histórica para las Causas de los Mártires de la diócesis de Barbastro-Monzón.

El programa de las jornadas martiriales fue particularmente denso, por lo que es imposible referir en el espacio de este artículo, ni siquiera resumidamente, los relatos que de su epopeya se dieron a conocer emocionadamente. Los lectores de CRISTIANDAD podrán hacerse una idea de la importancia y calidad de cuanto se comunicó por la relación de ponentes y temas abordados que transcribimos a continuación.

Martes, 9 de abril

Ilmo. Sr. obispo de Barbastro Alfonso Milián: «El martirio en el Año de la Fe».

José Luis Pueyo, párroco de Monzón, «La importancia de celebrar la misa de aniversario».

D. Martín Ibarra, presidente de la Comisión Histórica para las Causas de los Mártires de la diócesis de Barbastro-Monzón: «El trabajo de la Comisión Histórica de la diócesis de Barbastro-Monzón».

D. Ángel Huguet, periodista: «Barbastro, un referente en las beatificaciones de santos y mártires».

Rvdo. Julio Broto, canónigo organista: «Música martirial».

«Fragmentos de las obras martiriales» del autor don Julio Broto, por la Coral Barbastrense, dirigida por el autor. Al órgano: Maite Aranzábal, organista del santuario de Torreciudad.

Miércoles, 10 de abril

Isabel Jiménez: «El beato Pelé, los gitanos y la parroquia de san Francisco».

Hno. Federico Plumed, vicepresidente de Hispania Martyr, Barcelona: «Qué es Hispania Martyr».

Rvdo. Ángel Noguero, párroco de Benabarre, miembro de la Comisión Histórica de la diócesis de Barbastro-Monzón: «La devoción al beato Florentino Asensio, obispo».

Belén Carreras Maya, directora nacional de Pas-

toral Gitana, de la Conferencia Episcopal Española: «La devoción al beato Ceferino».

Padre Juan Antonio Frías Ugarte, SchP: «Los mártires escolapios de Peralta de la Sal».

Padre José Beruete, CMF, pintor. «Los beatos mártires claretianos, su museo y una película».

Padre Ramón Luis Mañas, benedictino del monasterio de Leyre: «Plácido M<sup>a</sup> Gil Imirizaldu, testigo, pero no mártir». Presentación del libro *Crónica de un testigo*.

Jueves, 11 de abril

Rdo. Juan Manuel Cabezas Cañavate, profesor de la Universidad Eclesiástica San Dámaso de Madrid: «La devoción al beato Cruz Laplana».

Don Jorge Pueyo Sichar, economista, auditor: «Proyecto de un nuevo libro».

Rvdo. Juan Ramón Ezquerro Pociello, director del secretariado para las Causas de los Santos de la diócesis de Lérida: «Los procesos de los mártires de Lleida».

Don Jorge Belloc: «La Asociación de Amigos de El Pueyo y la beatificación de los benedictinos».

Padre Miguel S. Soler, superior de la provincia «Ntra. Sra. Del Pilar» del Instituto del Verbo Encarnado y rector-capellán del santuario de Nuestra Señora de El Pueyo: «Un santuario muy especial».

Rvdo. Jorge López Teulón, Talavera de la Reina. Presentación de su libro *El mártir de cada día*, de Edibesa.

Clausura. Ilmo. Sr. obispo de Barbastro-Monzón Alfonso Milián.

Secuencias de la película *Un Dios prohibido*, dirigida por D. Pablo Moreno, sobre los mártires claretianos de Barbastro.

Alguien comentó que la inmersión en las jornadas martiriales equivalía a unos Ejercicios Espirituales. Sin embargo, a menudo puede parecernos, ante el panorama de desolación que nos rodea, que la ofrenda de la sangre de los mártires de nuestro reciente pasado, lejos de ser «semilla de cristianos», haya sido derramada en balde, al menos en cuanto a los frutos en virtudes teológicas inmediatamente constatables en nuestra sociedad, que era legítimo esperar de tan ingente sacrificio. Pero el plan de Dios para con el instrumento de sus mártires no se agota

en la sentencia de Tertuliano, como nos revela el libro del Apocalipsis. En el relato de san Juan se nos presentan, «a los que han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero» (Ap 7,14), en otros dos textos: como acusadores, reclamando justicia y venganza sobre los habitantes de la tierra, y como séquito glorioso del Señor el día de su Parusía.

Los mártires, que murieron perdonando a quienes les arrebataron la vida, reivindican la justicia no sobre la ofensa que les fue inferida, sino en cuanto se dirige contra la majestad de Dios a quien sus enemigos realmente persiguen en la fidelidad de sus testigos.

En el libro del Apocalipsis leemos: «Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron. Se pusieron a gritar con fuerte voz: «¿Hasta cuándo, Señor santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza de nuestra sangre de los habitantes de la tierra?». Entonces se le dio a cada uno un vestido blanco y se les dijo que esperasen todavía un poco, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos que iban a ser muertos como ellos» (Ap 6, 9-11).

Indica también este texto que en los arcanos de Dios le está reservado un designio de desenlace al cumplimiento acabado del número de los mártires de Cristo en la ejecución de la implantación de su Reino.

Qué diferente es el cuadro siguiente. En él ya no piden ni claman; aquí los mártires han resucitado y reinan con Cristo; son sacerdotes de Dios y de Cristo y reinan con Él mil años. Son sacerdotes y el sacerdote no es un alma, es un hombre, como dice san Pablo (Hebr 8,3):

«Vi a un ángel que bajaba del Cielo y tenía en su mano la llave del Abismo y una gran cadena. Domi-

nó al Dragón, la serpiente antigua –que es el Diablo y Satanás– y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al Abismo, lo encerró y puso encima los sellos, para que no seduzca más a las naciones hasta que se cumplan los mil años. Después tiene que ser soltado por poco tiempo.

»Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dio poder de juzgar; vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios, y a todos los que no adoraron a la Bestia ni a su imagen, y no aceptaron la marca en su frente o en su mano; revivieron y reinaron con Cristo mil años. Los demás muertos no revivieron hasta que se acabaron los mil años. Es la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con Él mil años» (Ap 20,4-5).

Nuestro tiempo sigue siendo un tiempo de mártires. Hay también una real persecución anticristiana hecha con las armas de la comunicación social. Estamos rodeados de palabras y acciones de una ideología antirreligiosa. Vivimos en un universo en el que son poderosas las místicas temporales y el rechazo a las realidades sobrenaturales, un mundo alejado de Dios, fundado en la soberbia del hombre. A este mundo apostrofaron los mártires en el momento de su oblación con el grito de ¡Viva Cristo Rey! Hacia Él nos volvemos en este momento, en esta hora de la historia, recordando la visión con que concluye la encíclica *Divini Redemptoris*, de Pío XI:

«Nos, levantando la mirada, vigorizada por la virtud de la fe, creemos ya ver los nuevos cielos y la nueva tierra de que habla nuestro primer antecesor, san Pedro. Y mientras las promesas de los falsos profetas de un paraíso terrestre se disipan entre crímenes sangrientos y dolorosos, resuena desde el Cielo con alegría profunda la gran profecía apocalíptica del Redentor del mundo: “He aquí que hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5)».

#### INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



##### Mayo

*General:* Para que quien administra la justicia opere siempre con integridad y recta conciencia.

*Misionera:* Para que los seminaristas, especialmente de las Iglesias de Misión, sean pastores según el Corazón de Cristo, enteramente dedicados al anuncio del Evangelio.

##### Junio

*General:* Para que prevalezca entre los pueblos una cultura de diálogo, de escucha y de respeto recíproco.

*Misionera:* Para que allí donde es más fuerte el influjo de la secularización, las comunidades cristianas sepan promover eficazmente una nueva evangelización.



AÑO DE LA FE 2012  
2013

## Una historia de conversión

# Bernard Nathanson

TERESA ECHEVERRÍA-TORRES

Bernard Nathanson, que fue conocido como «el rey del aborto» dirigía la mayor clínica abortista de Occidente en Nueva York. «Tenía 35 médicos a mi cargo, con 85 enfermeras. Hacíamos 120 abortos cada día en diez quirófanos. Durante los diez años que fui director realizamos sesenta mil abortos. Además, yo supervisé diez mil y personalmente realicé cinco mil. Tengo setenta y cinco mil muertes inocentes en mi haber».

En su autobiografía, *La mano de Dios*, cuenta como de ser conocido como el «rey del aborto» pasó a convertirse en defensor de la vida y acabó por convertirse a la fe católica. De los años 70 a los 80 en Estados Unidos es donde se ve más claramente la división entre la «cultura de la muerte y «la civilización del amor». La conversión de Nathanson, primero a la causa pro-vida y luego a la fe católica, muestran el poder de la evidencia científica y de la oración. Manifiestan, además, la estrecha conexión que existe entre Dios y la ley natural inscrita por Él en la naturaleza humana. Quien reconoce y sigue la ley natural, es muy posible que acabe encontrando a Dios y a la Iglesia.

Hijo de un prestigioso ginecólogo judío, el Dr. Joey Nathanson, a quien el ambiente escéptico y liberal de la universidad hizo abdicar de su fe, Nathanson creció en un hogar sin fe y sin amor, lleno de conflictos.

Bernard Nathanson cuenta que en 1945 se enamoró de Ruth, una joven judía con quien tuvo planes de matrimonio. La joven, se quedó embarazada y Bernard le escribió a su padre para consultarle: «Mi padre me pasó dinero para pagar el aborto, ilegal, que se complicó. Ella casi murió. Yo la cuidaba, y me llenaba de indignación social contra el aborto ilegal.» Se recuperó, milagrosamente, pero no tardaron en romper. «Este fue el primero de mis setenta y cinco mil encuentros con el aborto, me sirvió de excursión iniciadora al satánico mundo del aborto», confesó el Dr. Nathanson.

Fue en 1971 cuando Nathanson se involucró más directamente en la práctica de abortos al pasar a ocuparse de la dirección de una clínica abortista en Nueva York con la paradoja de que en la misma clínica se atendían partos normales.

En este periodo es cuando realizó más abortos, agotado, decide dimitir en 1972. «He abortado a los hijos no nacidos de amigos, colegas e incluso profesores. Llegué incluso a abortar a mi propio hijo» afirmó. A la mitad de la década de los sesenta dejó encinta a una mujer a la que quería. Ella quería seguir adelante con el embarazo pero él se negó. «Puesto que yo era uno de los expertos en el tema, yo mismo realizaría el aborto, le expliqué. Y así lo hice» afirmó.

En estos años, Nathanson participó en la campaña por la liberación del aborto en Estados Unidos, proceso que culminó en 1973, con la sentencia del Tribunal Supremo que legalizó el aborto. «Junto a otro hombre creé la Liga de Acción Nacional por el Derecho al Aborto. Tuvimos éxito: en dos años conseguimos destruir la ley de Nueva York que penalizaba el aborto desde 1829. Pero el aborto legal no bastaba: debía ser «barato, seguro y humanitario», afirmó el médico.

A partir de ahí, las cosas empezaron a cambiar. Dejó la clínica abortista y pasó a ser jefe de obstetricia del Hospital de St. Luke's. Entonces la nueva tecnología, el ultrasonido, hacía su aparición en el ámbito médico. El día en que Nathanson pudo observar el corazón del feto en los monitores electrónicos, comenzó a plantearse por primera vez, «qué era lo que estábamos haciendo verdaderamente en la clínica». «Allí empezábamos a tener la tecnología con la que hoy contamos. Por primera vez pudimos estudiar al ser humano en el vientre y descubrimos que no era distinto de nosotros: comía, dormía, bebía líquidos, soñaba, se chupaba el dedo, igual que un niño recién nacido. La verdad era que esto era un ser humano con dignidad, dada por Dios, que no debía ser destruido o dañado», afirmó Nathanson.



Un experimento con ultrasonidos le sirvió de material para un documental que se titulaba *El grito silencioso*: sucedía en 1984 cuando Nathanson le pidió a un amigo suyo, que colocase un aparato de ultrasonidos sobre la madre grabando la intervención. «Tras tres o cuatro años de estudiar al feto me hice provida; cuestioné el aborto con conferencias e hice dos películas. En una se veía un aborto real, un niño de doce semanas aspirado hasta la muerte. Se veía cómo le succionaban brazos y piernas, se rompía el tórax, etc.; era muy fuerte. Los proabortistas dijeron que era un montaje. Yo les he animado siempre a que, si piensan así, que hagan ellos su propia película de un aborto real, con sus propias imágenes. Nunca lo han hecho, porque saben muy bien lo que se veía».

### **Conversión: camino de vuelta a Dios**

Un primer encuentro importante fue con su profesor universitario, el psiquiatra Karl Stern, que se había convertido a la fe católica. Entonces Bernard comprendió que Stern «poseía un secreto que yo había estado buscando toda mi vida: el secreto de la paz de Cristo». En 1989 asistió a una acción de Operación Rescate, donde el ambiente de los manifestantes le conmovió, «por primera vez en toda mi vida de adulto,

empecé a abrigar la noción de Dios, un Dios que paradójicamente me había llevado a través de los proverbiales círculos del infierno, sólo para mostrarme el camino hacia la redención y el perdón por medio de su gracia». «Ese pensamiento, en un instante, convirtió mi pasado en una repugnante ciénaga de pecado y maldad; me acusó y condenó de graves crímenes contra los que me amaban y contra aquellos que ni siquiera conocí; y a la vez —milagrosamente— me ofreció una reluciente chispa de esperanza, en la creencia, cada vez más firme, en que, hace dos milenios, alguien había muerto por mis pecados y mi maldad» comentó. «Durante diez años, pase por un periodo de transición. Sentí que el peso de mis abortos se hacía más gravoso y persistente, pues me despertaba cada día a las cuatro o cinco de la mañana, mirando a la oscuridad y esperando (pero sin rezar todavía) que se encendiera un mensaje declarándome inocente frente a un jurado invisible».

En esa situación no faltó la tentación del suicidio y los remedios intentados fallaban. «Cuando escribo esto, ya he pasado por todo: alcohol, tranquilizantes, libros de autoestima, consejeros. Incluso me he permitido cuatro años de psicoanálisis». Entonces empezó a conversar periódicamente con el padre John McCloskey, «Conocí entonces a un sacerdote “provida” y empezó un diálogo de siete años. Él fue mi guía, mi Virgilio en el infierno. Me convencí de la verdad, de que la gran mentira ya no dominaba mi vida. Ahora mi trabajo “provida” salía del corazón y del alma, no sólo del cerebro». No le resultaba fácil creer, pero lo contrario, permanecer en el agnosticismo, le llevaba al abismo. «Ya no estoy solo. Mi destino ha sido dar vueltas por el mundo a la búsqueda de ese Uno sin el cual estoy condenado, pero al que ahora me agarro desesperadamente, intentando no soltarme del borde de su manto».

El 8 de diciembre de 1996, a las 7.30 de un lunes, solemnidad de la Inmaculada Concepción, en la cripta de la catedral de San Patricio de Nueva York, el doctor Nathanson se convertía en hijo de Dios. El cardenal John O’Connor le administró los sacramentos del Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Al final de la ceremonia, Nathanson dijo: «No puedo decir lo agradecido que estoy ni la deuda tan impagable que tengo con todos aquellos que han rezado por mí durante todos los años en los que me proclamaba públicamente ateo. Han rezado tozuda y amorosamente por mí. Estoy totalmente convencido de que sus oraciones han sido escuchadas».<sup>1</sup>

1. Fragmentos de texto ubicado en la siguiente dirección, el 9/05/2013:

<http://www.aciprensa.com/aborto/nathanson.htm>



AÑO DE LA FE 2012 2013

## Los mártires, testigos de la fe

### Santa María Goretti

ROCÍO DE ALARCÓN

María Goretti nació el 16 de octubre de 1890 en un pueblo de Corinaldo, en la provincia de Ancona, Italia. Hija de Luigi Goretti y Assunta Carlini, era la segunda de seis hermanos. En 1896 toda la familia se tuvo que trasladar cerca de Nettuno por cuestiones de trabajo. Poco después de que llegaran allí el padre de María enfermó y murió, y su madre quedó a cargo de toda la familia.

Acostumbrada a vivir en el seno de una familia humilde, Marietta, llamada así cariñosamente, cuidaba a sus hermanos y se encargaba de la casa con alegría y responsabilidad. Cada semana acudía a clases de catecismo. Antes de que muriera su padre, ella siempre le preguntaba cuándo podría recibir al Señor en la Eucaristía; anhelaba hacer la primera comunión.

A los once años María recibió al Señor en su primera comunión y se hizo el firme propósito de morir antes que cometer un pecado. En la misma finca donde vivía María trabajaba Alejandro Serenelli, un chico de unos 18 años que se enamoró de María. Para entonces ella ya había cumplido los doce años. Serenelli se dedicó a buscar a María haciéndole propuestas indecentes que la santa rechazaba constantemente.

El 5 de julio de 1902, mientras la familia de María y el padre de Alejandro trabajaban, ella se quedó sola en casa cosiendo ropa y cuidando a su hermanita Teresa. Alejandro, que se había cansado de que María siempre le rechazara, entró en su casa y quiso abusar de ella. María se oponía a él y le intentaba razonar que lo que él pretendía era pecado, y le dijo que prefería morir antes que ofender a Dios. Alejandro todavía más enfurecido, le rompió el vestido y la apuñaló varias veces. Él huyó. El padre del chico fue el primero en encontrar a María, que estaba casi muerta en el suelo, avisó rápidamente a su madre y la llevaron al hospital San Juan de Dios, donde los médicos la operaron sin anestesia porque no había disponible y du-

rante dos horas la santa soportó el sufrimiento ofreciendo a Dios sus dolores.

En las últimas horas de su vida, María recibió los últimos sacramentos de parte del párroco del hospital, el padre Temístocles Signori. En su lecho de muerte, entre otras cosas, preguntaron a María si perdonaba a su asesino. Ella dijo que lo perdonaba de corazón y que quería que Alejandro estuviera con ella en el Paraíso. Finalmente, María murió el 6 de julio de 1902.

Alejandro Serenelli fue condenado a 30 años de prisión. Durante los primeros años no dio muestras de arrepentimiento; hasta que un día soñó que María le decía que él también estaba llamado al Cielo. Desde entonces Alejandro Serenelli cambió completamente volviéndose hacia Dios y ofreciendo sus trabajos y sufrimientos en reparación por sus pecados.

Después de 27 años de cárcel fue liberado e inmediatamente acudió a pedir perdón a la madre de María, quien no sólo lo perdonó sino que lo defendió en público alegando que si Dios y su hija le habían perdonado, ella no tendría porque no hacerlo.

La fama de esta santa se extendía cada vez más y fueron apareciendo las muestras de su santidad. Después de numerosos estudios la Santa Sede la beatificó el 27 de abril de 1947; el papa Pío XII habló a los peregrinos venidos de todo el mundo, comparando a la entonces beata María con santa Inés y denunciando la obra de corrupción que en la juventud llevan a cabo el teatro, el cine y la moda.

Tres años más tarde, el papa Pío XII la canonizó el 24 de junio de 1950 en una ceremonia que tuvo que realizarse en la plaza de San Pedro debido a la cantidad de asistentes. Se calcula que asistieron aproximadamente un millón y medio de peregrinos. También pudieron asistir la madre de María, de 82 años, dos de sus hermanas y un hermano. Y aunque parezca increíble también estuvo en la canonización



el mismo Alejandro Serenelli, arrepentido de su asesinato.

Su Santidad Pío XII, que la definió como la «pequeña y dulce mártir de la pureza», exaltó la virtud de la santa y los estudiosos afirman que por la vida que llevó, aun cuando no hubiera sido mártir, habría merecido ser declarada santa, ya que, aunque tuvo una muerte injusta y violenta, murió por defender una virtud de la fe cristiana, la pureza del alma y del cuerpo. Como dijo el cardenal Salotti, «la santidad de su vida ordinaria hubiera sido suficiente para elevarla al honor de los altares, aunque no hubiese sido mártir».

En la homilía de canonización el Papa dijo: «En la vida de esta humilde doncella, tal cual la hemos resumido en breves trazos, podemos contemplar un espectáculo no sólo digno del Cielo, sino digno también de que lo miren, llenos de admiración y veneración, los hombres de nuestro tiempo. Aprendan los padres y madres de familia cuán importante es el que eduquen a los hijos que Dios les ha dado en la rectitud, la santidad y la fortaleza, en la obediencia a los preceptos de la religión católica, para que, cuando su virtud se halle en peligro, salgan de él victoriosos, íntegros y puros, con la ayuda de la gracia divina. Aprenda la alegría, aprenda la animosa juventud a no abandonarse lamentablemente a los placeres efímeros y vanos, a no ceder ante la seducción del vicio, sino, por el contrario, a luchar con

firmeza, por muy arduo y difícil que sea el camino que lleva a la perfección cristiana, perfección a la que todos podemos llegar tarde o temprano con nuestra fuerza de voluntad, ayudada por la gracia de Dios, esforzándonos, trabajando y orando.»

También añadió: «No todos estamos llamados a sufrir el martirio, pero sí estamos todos llamados a la consecución (acción y efecto de conseguir) de esta virtud cristiana. Pero esta virtud requiere una fortaleza que, aunque no llegue a igualar el grado cumbre de esta angelical doncella, exige, no obstante, un largo, diligentísimo e ininterrumpido esfuerzo, que no terminará sino con nuestra vida. Por esto, semejante esfuerzo puede equipararse a un lento y continuado martirio, al que nos amonestan aquellas palabras de Jesucristo: El Reino de los Cielos se abre paso a viva fuerza, y los que pugnan por entrar lo arrebatan.»

El papa Juan Pablo II también la nombró especialmente como modelo para los jóvenes: «Nuestra vocación a la santidad, que es la vocación de todo bautizado, se ve alentada por el ejemplo de esta joven mártir. Miradla sobre todo vosotros, los adolescentes, vosotros, los jóvenes. Sed capaces, como ella, de defender la pureza del corazón y del cuerpo; esforzaos por luchar contra el mal y el pecado, alimentando vuestra comunión con el Señor mediante la oración, el ejercicio cotidiano de la mortificación y la escrupulosa observancia de los mandamientos.» (29 de noviembre de 1991)

Y en otra ocasión añadió: «Marietta, como era llamada familiarmente, recuerda a la juventud del tercer milenio que la auténtica felicidad exige valentía y espíritu de sacrificio, rechazo de todo compromiso con el mal y disponibilidad para pagar con el propio sacrificio, incluso con la muerte, la fidelidad a Dios y a sus mandamientos. Hoy se exalta con frecuencia el placer, el egoísmo, o incluso la inmoralidad, en nombre de falsos ideales de libertad y felicidad. Es necesario reafirmar con claridad que la pureza del corazón y del cuerpo debe ser defendida, pues la castidad «custodia» el amor auténtico. Que santa María Goretti ayude a los jóvenes a experimentar la belleza y la alegría de la bienaventuranza evangélica: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». La pureza de corazón, como toda virtud, exige un entrenamiento diario de la voluntad y una disciplina constante interior. Exige, ante todo, el asiduo recurso a Dios en la oración.» (6 de julio de 2003)

A esta santa mártir de la pureza, se la representa como una campesina con un lirio en la mano, que es el símbolo de la virginidad y con la corona del martirio.



## San Efrén de Nísibis

G.M.L.

San Efrén o Efraín (que significa fructífero) alcanzó gran fama como maestro, orador, poeta, comentarista y defensor de la fe. Es el único de los Padres sirios a quien se honra como Doctor de la Iglesia, desde que lo nombró Benedicto XV en 1920. En Siria, tanto los católicos como los separados de la Iglesia lo llaman «Arpa del Espíritu Santo» y todos han enriquecido sus liturgias respectivas con sus homilías y sus himnos. A pesar de que no era un hombre de mucho estudio formal, estaba empapado en las Sagradas Escrituras y tenía gran conocimiento de los misterios de la fe.

San Basilio le describe como «un interlocutor que conoce todo lo que es verdad», san Jerónimo, al recopilar los nombres de los grandes escritores cristianos, le menciona con estos términos: «Efrén, diácono de la iglesia de Edesa, escribió muchas obras en sirio y llegó a tener tanta fama, que en algunas iglesias se leen en público sus escritos, después de las Sagradas Escrituras. Yo leí en la lengua griega un libro suyo sobre el Espíritu Santo; a pesar de que sólo era una traducción, reconocí en la obra el genio sublime del hombre».

A él le debemos, en gran parte, la introducción de los cánticos sagrados en los oficios y servicios públicos de la Iglesia, como una importante característica del culto y un medio de instrucción.

Efrén nació alrededor del año 306, en la población de Nísibis, en la Mesopotamia septentrional (hoy llamada Nusaybin, en Turquía), región dominada por Roma. Por lo tanto, tenía siete años cuando Constantino promulgó el Edicto de Milán. Pero parece que Efrén no pudo gozar de la libertad de culto en el seno de la propia familia, porque el padre era sacerdote pagano y no estaba de acuerdo con la formación cristiana que la piadosa madre quería impartirle. Él reconoce que de joven no le daba mucha importancia a la religión hasta que llegaron las pruebas. Efrén, hostigado por su padre porque

había abrazado la fe cristiana, huyó de casa para evitar malos tratos y acudió a su obispo san Jacobo de Nísibis, quien lo acogió. A la edad de dieciocho años recibió el bautismo y, permaneció junto al famoso obispo, con quien, se afirma, asistió al Concilio de Nicea, en 325. Tras la muerte de san Jacobo, Efrén mantuvo estrechas relaciones con sus tres sucesores.

Nuestro santo se hallaba en Nísibis las tres veces en que los persas pusieron sitio a la ciudad, puesto que en algunos de los himnos que escribió hay descripciones sobre los peligros de la población, las defensas de la ciudad y la derrota final del enemigo en el año 350. Si bien los persas no pudieron tomar Nísibis por los ataques directos, consiguieron entrar sin lucha en la ciudad trece años después, cuando Nísibis se les entregó como parte del precio de la paz que pagó el emperador Joviano, después de la derrota y la muerte de Juliano. La entrada de los persas hizo huir a los cristianos, y Efrén se refugió en una caverna abierta entre las rocas de un alto acantilado que dominaba la ciudad de Edesa. Ahí vivió con absoluta austeridad, sin más alimento que un poco de pan de centeno y algunas legumbres; y fue en aquella soledad inviolable donde escribió la mayor parte de sus obras. Era un asceta y se le notaba en su apariencia. Según dicen las crónicas, era de corta estatura, medio calvo y lampiño, tenía la piel apergaminada, dura, seca y morena como el barro cocido; vestía con andrajos remendados, y todos los parches habían llegado a ser del mismo color de tierra; lloraba mucho y jamás reía.

Si bien la solitaria cueva era su morada, no vivía recluido en ella y con frecuencia bajaba a la ciudad para ocuparse de los asuntos que afectaban a la Iglesia. A Edesa la llamaba «la Ciudad Bendita» y en ella ejerció gran influencia. Predicaba a menudo y, al referirse al tema de la segunda venida de Cristo y el juicio final, usaba una elocuencia tan vigorosa que los gemidos y lamentos de su auditorio ahogaban sus palabras.





Algunos biógrafos nos dan una idea muy poco inspiradora de san Efrén, como si rechazara la alegría y la amabilidad. El obispo lo nombró director de la escuela de canto religioso de su ciudad, y allí formó muchos maestros de canto para que fueran a dar solemnidad a las fiestas religiosas de diversas parroquias. Allí estuvo por trece años (del 350 al 363).

No hay en sus obras el influjo de las controversias trinitarias de la época. Esto posiblemente se debe a que no conocía el griego. Más bien se dedicó a defender la doctrina antigua por medio de la poesía. Bardesanes y otros utilizaban las canciones y la música populares para propagar falsas doctrinas. Efrén comprendió la importancia de estos medios y valoró mucho los cánticos sagrados como un complemento del culto público. Se propuso utilizar las tácticas del enemigo y, sin duda, gracias a su prestigio personal, pero sobre todo al mérito grande de sus propias composiciones, las que hizo cantar en las iglesias por un coro de voces femeninas, consiguió suplantar los himnos gnósticos por sus propios himnos.

No llegó a ser diácono sino a edad avanzada. Su humildad le obligaba a rehusar la ordenación y, el hecho de que a veces se le designe como a san Efrén el Diácono apoya la afirma-

ción de algunos de sus biógrafos en el sentido de que nunca obtuvo una dignidad eclesiástica más alta. Por otra parte, en sus escritos hay pasajes que parecen indicar que era sacerdote.

Alrededor del año 370 emprendió un viaje desde Edesa a Cesarea, en la Capadocia, con el propósito de visitar a san Basilio, de quien tanto y tan bien había oído hablar. San Efrén menciona aquella entrevista, lo mismo que san Gregorio de Nissa, el hermano de san Basilio, quien escribió un encomio del venerable sirio.

Las *Crónicas* de Edesa y las máximas autoridades en la materia, señalan el año de 373 como el de su muerte, pero algunos autores afirman que vivió hasta el 378 o el 379.

Entre las obras que han llegado hasta nosotros, algunas están escritas en el sirio original y otras son traducciones al griego, al latín y al armenio. Se las puede agrupar como obras de exégesis, de polémica, de doctrina y de poesía, pero todas, a excepción de los comentarios, están en verso. Sozomeno afirma que san Efrén escribió treinta millares de líneas. Sus poemas más interesantes son los *Himnos nisibianos* (*Carmina nisibena*), de los que se conservan setenta y dos de un total de setenta y siete, así como los cánticos para las estaciones, que todavía se entonan en las iglesias sirias. Sus comentarios comprenden todo el Antiguo Testamento y muchas partes del Nuevo. Sobre los Evangelios no utilizó más que la única versión que circulaba por entonces en Siria, la llamada *Diatessaron*, que en la actualidad no existe más que en su traducción al armenio.

San Efrén fue un gran amante de la Virgen María y en sus escritos vemos la profunda veneración que ya se le tenía en el siglo IV. San Efrén compuso, ya en el año 333, una lista en verso de los más bellos títulos que los cristianos otorgaban a la Santísima Virgen:

*«Señora Nuestra Santísima, Madre de Dios, llena de gracia:*

*tú eres la gloria de nuestra naturaleza humana, por donde nos llegan los regalos de Dios.*

*Eres el ser más poderoso que existe, después de la Santísima Trinidad,*

*la Mediadora de todos nosotros ante el mediador que es Cristo.*

*Tú eres el puente misterioso que une la tierra con el cielo,*

*eres la llave que nos abre las puertas del Paraíso,*

*nuestra Abogada, nuestra Intercesora.*

*Tú eres la Madre de aquel que es el ser más misericordioso y más bueno.*

*Haz que nuestra alma llegue a ser digna de estar un día a la derecha de tu Único Hijo, Jesucristo. Amén!!»*



## Pequeñas lecciones de historia

### Jesús y el pueblo judío (y XII): el tiempo de las naciones

GERARDO MANRESA

**L**A vocación de los gentiles y su conversión está predicha en muchos lugares de la Sagrada Escritura, especialmente en Isaías, Miqueas, Zacarías y en los salmos. Como fue predicho, así sucedió.

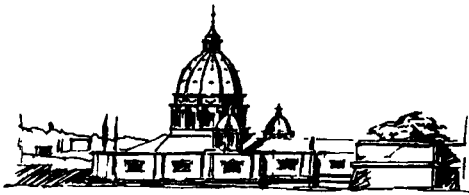
Dice el padre Rovira: «Pues enviados los Apóstoles por Cristo Señor, a las naciones que no conocían al verdadero Dios, anunciaron a los gentiles la gloria de Dios y los hicieron hermanos de los israelitas (Is 44,5), hijos de Abraham por la fe, según la promesa de Dios (Rom 9,6-8, Gal 3,6-29). Las naciones después de oír la predicación de los Apóstoles, abandonada la idolatría, *ya no caminaban, como antes, tras los malos deseos de su corazón* (Jr 3,17), sino que corrieron hacia el Mesías, su jefe y maestro, cuya ley aguardaban para ser iluminados con la ley y el derecho del Señor (Is 51,4); y para confluir muchos pueblos en el monte de la casa del Señor, copiosas naciones. (Is 2,2-3, Miq, 4,1-2, Zac 8,22), para buscar al Señor de los Ejércitos en Jerusalén, animándose mutuamente entre ellos y diciendo: *Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, y Él nos enseñará sus caminos e iremos por sus sendas, porque de Sión ha de salir la Ley y de Jerusalén la palabra de Yahvé*. Y cogiendo de la falda a los varones judíos, es decir, a los discípulos del Señor, les dirán: «*Nos vamos con vosotros porque hemos oído que con vosotros está Dios*» (Zac 8,23). Por consiguiente, *las naciones vendrán para adorar al Señor y glorificar su nombre* (Sal 85,9), y *el Señor, Dios de Israel, el único Dios verdadero, dominará a las naciones* (Sal 21,28-29)».

«Todas estas cosas, como fueron predichas, se han cumplido, al menos en parte. Pues muchos reyes y naciones ingresados en la Iglesia, sometieron el orgullo al yugo de Cristo y recibieron su fe y su ley. Estos reyes adoraron a Sión, esto es, a la Iglesia (Is 49,23), porque se postraron delante del Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra, y reconocieron su plena y universal potestad sobre todos los fieles y a él se sometieron. Éstos sirvieron a Sión —la Iglesia— (Is 60,10), con el poder recibido de Dios, cuando se dedicaron a proteger la justicia eclesiástica y a propagar la fe católica y a defenderla de sus enemigos; en Sión o en la Iglesia fueron alimentados (Is 49,23), a los fieles de Cristo los cuidaron como hijos de la Iglesia, instruyéndolos y formándolos en la doctrina de Cristo. En una palabra, los reyes se mostraron cristianos cuando procuraron sobre todo conformar a la ley evangélica e imbuir e informar con el espíritu cristiano, no sólo las costumbres o los hábitos privados, sino también el derecho público y las leyes políticas, según la recta norma de la verdad y la justicia. Se consiguieron estos frutos privados y públicos, individuales y sociales, por la predicación del Evangelio y por la propagación del Reino mesiánico. Nadie ignora

esto, y la historia de la Iglesia claramente lo muestra. Sin embargo, ha de notarse que la predicación del Evangelio, abundante y suavísima, no ha llegado a alcanzar aún el fruto pleno y completo. En primer lugar no ha alcanzado aún el fruto pleno en cuanto a su extensión, porque el Evangelio aún no ha sido propagado por todo el mundo (Mc 16,15), pero se predica y se predicará hasta la consumación, según las palabras de Cristo Señor (Mt 24,14): *Será predicado este Evangelio del Reino en todo el mundo, testimonio para todas las naciones y entonces vendrá la consumación*. En segundo lugar, no se ha alcanzado el fruto pleno, en cuanto a la intensidad, porque no todos son obedientes al Evangelio, sino que son muchos los que, o bien cuando se predica no quieren oír, o bien oyen, pero no creen, o bien creen pero no lo cumplen y no obran según su fe (Sant 2,17-26). En tercer y último lugar, no se ha alcanzado el pleno fruto, en cuanto a la duración, porque *nublada la fe y enfriada la caridad de muchos* (Mt 24,12), ya en las costumbres privadas, ya principalmente en las leyes e instituciones públicas, las naciones modernas se han apartado de Dios, y de este modo aceleran su ruina y su caída, por lo que al momento presente con mayor razón se cumplirá aquella amenaza del profeta Isaías (60,12): *Porque las naciones y los reinos que no te sirvan a ti perecerán y serán exterminados*.»

Pero vemos cómo las naciones cristianas, durante estos últimos siglos se alejan de la Iglesia y, al igual que en siglos pasados ocurrió con el pueblo judío, el orgullo les ha obcecado y, tal como escribió san Pablo en su carta a los Romanos: *Y tú siendo acebuche, fuiste injertado en ella y hecho partícipe de la raíz, es decir de la pingüosidad del olivo, no te engrías contra las ramas. Y si te engrías, ten en cuenta que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pero dirás: Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado. Bien, por su incredulidad fueron desgajadas, y tú por la fe estás en pie. No te engrías, antes teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará* (Rom 11,17-20). Parece que se está cumpliendo este rechazo divino por la apostasía de las naciones. Dios nos deja en nuestras manos, y, con nuestras manos, solos y sin Dios, no hay más que injusticia y guerra entre los hombres. Y ahora que sólo hablamos de paz social y todo lo que se promueve en la tierra es para una paz sin Dios, no cesan las guerras. Se ha destruido la paz individual y familiar, alcanzándose el punto máximo de violencia en la sociedad. ¡Pero Dios no nos abandona del todo y sus promesas son fieles e irrevocables!

¡Pronto llegará otra vez el tiempo de los judíos y tras ellos, las naciones volverán a entrar!



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe

**L**A Conferencia Episcopal Española, acogiendo las orientaciones dadas por Benedicto XVI acerca de la llamada «emergencia educativa», acaba de publicar el documento «Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe», con el que los preladados españoles «quieren ayudar a los padres de familias en su difícil y hermosa responsabilidad de educar a sus hijos; a los sacerdotes y catequistas en las parroquias en la paciente y apasionante misión de iniciar en la fe a las nuevas generaciones de cristianos; así como a los profesores de religión en los centros de enseñanza, estatales y de iniciativa social, católicos o civiles, preocupados y entregados a la noble tarea de formación de niños y jóvenes».

El documento está estructurado en cinco capítulos. En el primero se hace un breve análisis de las necesidades, dificultades y posibilidades de la transmisión de la fe en la familia cristiana, la catequesis parroquial y la enseñanza religiosa escolar; en el segundo, se trata de los responsables de la coordinación de objetivos y acciones; en el tercero, se exponen los servicios distintos y complementarios que corresponden a los diversos ámbitos; en el cuarto, se señalan las dimensiones específicas de estos servicios en la transmisión de la fe; y, en el quinto, se ofrecen aquellos medios que favorecen y ayudan a la transmisión de la fe, hoy, según las distintas situaciones de los destinatarios y las diversas responsabilidades de padres, catequistas y profesores.

## En el 1700 aniversario del Edicto de Milán

**E**l patriarca ecuménico Bartolomé I visitó Milán con motivo de la conmemoración del mil setecientos aniversario del Edicto de Milán, firmado por Constantino y Licinio, emperadores de Occidente y Oriente, en el año 313, que concedía la libertad de culto en todo el Imperio romano y ponía fin a las persecuciones religiosas.

Con ocasión de la visita, el papa Francisco envió a través del cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado, un mensaje al cardenal Angelo Scola, arzobispo de Milán, para saludar al Patriarca y a los participantes en la conmemoración, así como a toda la

ciudad «por el relieve dado a la memoria de la histórica decisión que, decretando la libertad religiosa para los cristianos, abrió nuevos caminos al Evangelio y contribuyó de forma decisiva al nacimiento de la civilización europea».

En el texto, el Santo Padre manifiesta el deseo de que «hoy como ayer el testimonio común de los cristianos de Oriente y Occidente, regido por el espíritu del Resucitado, contribuya a la difusión del mensaje de salvación en Europa y en todo el mundo y que, gracias a la amplitud de miras de las autoridades civiles, se respete en todos los lugares el derecho a la expresión pública de la propia fe y se acoja sin prejuicios la aportación que el cristianismo sigue ofreciendo a la cultura y a la sociedad de nuestro tiempo».

## El pontificado de Francisco y la JMJ se consagran a la Virgen de Fátima

**E**L pasado 13 de mayo y ante decenas de miles de fieles presentes en el santuario de Fátima, en el 96 aniversario de las apariciones, el patriarca de Lisboa, cardenal José Policarpo, consagró a la Virgen de Fátima el pontificado del papa Francisco, según lo había solicitado en dos ocasiones el mismo pontífice:

«Santísima Virgen: estamos a tus pies, los obispos de Portugal y esta multitud de peregrinos, en el 96º aniversario de tu aparición a los pastores, en esta Cova de Iria, para cumplir con el deseo del santo padre Francisco, claramente expresado, de consagrar a ti, Virgen de Fátima, su ministerio como obispo de Roma y pastor universal. Así te consagramos, Señora, tú que eres la Madre de la Iglesia, el ministerio del nuevo Papa: llena su corazón de la ternura de Dios, que tú experimentaste como nadie, para que él pueda abrazar a todos los hombres y mujeres de este tiempo con el Amor de tu Hijo Jesucristo. La humanidad contemporánea necesita sentirse amada por Dios y por la Iglesia. Así, sintiéndose amada, vencerá la tentación de la violencia, del materialismo, del olvido de Dios, de la pérdida del rumbo, que nos llevará a un nuevo mundo, donde reinará el amor. Dale el don de discernimiento para saber cómo identificar los caminos de la renovación de la Iglesia, dale el valor de no dudar en seguir los caminos sugeridos por el Espíritu Santo; ampáralo en las horas difíciles de sufrimiento, para superar, en la caridad, las pruebas que la renovación de la Iglesia le traerá. Quédate siempre a su lado, pronunciando con él aquellas pa-

labras que bien conoces: “He aquí la Esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra”.

»Los caminos de la renovación de la Iglesia nos llevan a redescubrir la importancia del mensaje que dejaste a los pastores: la exigencia de la conversión a Dios, que ha sido tan ofendido, porque está tan olvidado. La conversión y siempre un retorno al amor de Dios. Dios perdona porque nos ama. Es por eso que su amor se llama misericordia. La Iglesia, protegida por tu solicitud maternal y guiada por este Pastor, tiene que afirmarse, cada vez más, como lugar de la conversión y el perdón, porque expresa siempre la verdad en la caridad. Tú indicaste la oración como camino decisivo de conversión. Enseña a la Iglesia, de la cual tú eres miembro y modelo, a ser, cada vez más, un pueblo de oración, en comunión con el Santo Padre, el primer orante de este pueblo, y también en comunión silenciosa con el anterior papa, Su Santidad Benedicto XVI, quien eligió el camino de la oración silenciosa, desafiando a la Iglesia a los caminos de la oración.

»En tu mensaje a los pastores aquí en Cova de Iria, pusiste de relieve el ministerio del Papa, “el hombre vestido de blanco”. Tres de los últimos papas se han hecho peregrinos de tu santuario. Sólo tú, Señora, en tu amor maternal a toda la Iglesia, puedes poner en el corazón del papa Francisco el deseo de ser peregrino de este santuario. No es algo que se le pueda pedir por otras razones; sólo la complicidad silenciosa entre tú y él lo llevará a sentirse atraído por esta peregrinación, seguro de que estará acompañado por millones de creyentes, dispuestos a escuchar de nuevo tu mensaje.

»Aquí, en este altar del mundo, él podrá bendecir a la humanidad, hacer sentir al mundo de hoy que Dios ama a todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que la Iglesia los ama y que Tú, Madre del Redentor, los conduces tiernamente por los caminos de la salvación.»

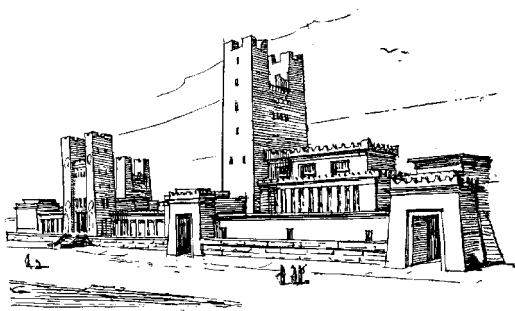
## **Jornada Mundial de las Cofradías y de la Piedad Popular**

**C**ON ocasión del Año de la Fe y bajo el lema «Por los caminos del mundo, testimonio de fe: las cofradías en peregrinación a la tumba de san Pedro para la Nueva Evangelización», tuvo lugar en Roma los pasados 3 a 5 de mayo la Jornada Mundial de las Cofradías y de la Piedad Popular.

El encuentro, que reunió a todo tipo de cofradías –devocionales, sacramentales y penitenciales– junto a la tumba de Pedro para celebrar, confirmar y confesar una misma fe, estuvo marcado, además de la visita a la tumba de san Pedro, por la adoración eucarística, el sacramento de la confesión y la catequesis en diversas iglesias romanas.

El santo padre Francisco presidió la celebración eucarística en la plaza de San Pedro el domingo día 5

en lo que fue el acto central de la Jornada que congregó a unos setenta mil cofrades venidos de todo el mundo, entre ellos 159 españoles. Durante la homilía, el Papa recordó los tres elementos más importantes que deben caracterizar la piedad popular: «evangelicidad», «eclesialidad» y «misionariedad». «La piedad popular –afirmó el Papa–, de la que sois una manifestación importante, es un tesoro que tiene la Iglesia, y que los obispos latinoamericanos han definido de manera significativa como una espiritualidad, una mística, que es un “espacio de encuentro con Jesucristo”. Acudid siempre a Cristo –les recomendó a los asistentes–, fuente inagotable, reforzad vuestra fe, cuidando la formación espiritual, la oración personal y comunitaria, la liturgia. A lo largo de los siglos, las hermandades han sido fragua de santidad de muchos que han vivido con sencillez una relación intensa con el Señor. Caminad con decisión hacia la santidad; no os conforméis con una vida cristiana mediocre, sino que vuestra pertenencia sea un estímulo, ante todo para vosotros, para amar más a Jesucristo. (...) La piedad popular es una senda que lleva a lo esencial si se vive en la Iglesia, en comunión profunda con vuestros pastores. (...) La Iglesia os quiere. Sed una presencia activa en la comunidad, como células vivas, piedras vivas. Amad a la Iglesia. Dejaos guiar por ella. En las parroquias, en las diócesis, sed un verdadero pulmón de fe y de vida cristiana. Veo en esta plaza una gran variedad de colores y de signos. Así es la Iglesia: una gran riqueza y variedad de expresiones en las que todo se reconduce a la unidad, al encuentro con Cristo. (...) Tenéis una misión específica e importante, que es mantener viva la relación entre la fe y las culturas de los pueblos a los que pertenecéis, y lo hacéis a través de la piedad popular. Cuando, por ejemplo, lleváis en procesión el crucifijo con tanta veneración y tanto amor al Señor, no hacéis únicamente un gesto externo; indicáis la centralidad del Misterio Pascual del Señor, de su Pasión, Muerte y Resurrección, que nos ha redimido; e indicáis, primero a vosotros mismos y también a la comunidad, que es necesario seguir a Cristo en el camino concreto de la vida para que nos transforme. Del mismo modo, cuando manifestáis la profunda devoción a la Virgen María, señaláis al más alto logro de la existencia cristiana, a aquella que por su fe y su obediencia a la voluntad de Dios, así como por la meditación de las palabras y las obras de Jesús, es la perfecta discípula del Señor. Esta fe, que nace de la escucha de la Palabra de Dios, vosotros la manifestáis en formas que incluyen los sentidos, los afectos, los símbolos de las diferentes culturas... Y, haciéndolo así, ayudáis a transmitirla a la gente, especialmente a los sencillos, a los que Jesús llama en el Evangelio “los pequeños”. En efecto –el caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador. Sed también vosotros auténticos evangelizadores.»



## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Andreotti y la Democracia Cristiana: la hora de un balance

**L**A muerte de Giulio Andreotti a los 94 años significa la desaparición del último superviviente de la generación política que tomó las riendas de Europa al finalizar la segunda guerra mundial. Una generación que, con sus aciertos y sus errores, tenía aún una idea de su acción política que iba más allá de la encuesta de opinión de cada momento.

Su pasión por la política, su pragmatismo, su conocimiento de los entresijos del poder y su extrema discreción hicieron de Andreotti la persona más influyente de Italia durante décadas. A pesar de todos sus esfuerzos por mantenerse en la discreción, ha acabado levantando pasiones: por un lado entre quienes defienden su legado político, por otro entre quienes ponen de relieve sus vínculos con la Mafia, con la que habría pactado en diversas ocasiones, relación probada judicialmente aunque no le supusiera condena alguna al haber prescrito los delitos de los que se le acusaba. Pero si bien no se puede negar esto último, inscrito dentro de una lógica de «razón de Estado» que muestra no sólo un pragmatismo más o menos cínico, sino la erosión moral experimentada por los políticos católicos durante el siglo pasado, tampoco puede aceptarse la tesis de que Andreotti fuera una especie de personificación del mal.

Andreotti encarna con su vida el proyecto de la Democracia Cristiana en Italia, con sus luces y sus sombras. Por un lado, cerrando el paso al poderoso Partido Comunista Italiano y salvando así a Italia de las garras de un comunismo muy real. Asumiendo su papel de aliado de Estados Unidos, clave para su mantenimiento en el gobierno, Andreotti y la DC apostaron por el atlantismo y por un desarrollismo económico que llevaron a Italia al grupo de los países más industrializados del mundo. Y eso manteniendo siempre una postura de apertura hacia la izquierda que en el fondo reflejaba una posición cultural subordinada. Así, Andreotti fue degasperiano, navegó por el centro-izquierda, fue clave para los gobiernos de unidad nacional y presidente del Consejo durante el «compromiso histórico» de la Democracia Cristiana con los comunistas en 1976, colaboró con el socialista Craxi y acabó presentándose

se en 2006 a vicepresidente de Estado en un intento de consenso con la izquierda.

El tiempo, juez implacable, ha constatado el profundo fracaso del proyecto democristiano. Esos católicos de la nueva República italiana, una república que ya no iba a ser anticatólica, esperaban que la entrada de las masas católicas en la política liberal permitiera corregir los errores de esta última y se abriera así un periodo donde la autonomía de lo temporal fuera compatible con un suplemento de fe cristiana que cristalizara en una especie de «moderna Cristiandad». El fracaso no ha podido ser más estrepitoso y no se ha llevado por delante solamente a un partido político, sino que los hechos atestiguan que los daños del fallido experimento han sido mucho más extensos. Es difícil resumir mejor que Augusto del Noce (él mismo miembro en la postguerra de la DC) lo que realmente ocurrió en Italia cuando afirmaba que lo que la masonería había intentado sin éxito, esto es, la secularización del país, el arrancar a las masas de la Iglesia, lo había llevado a cabo la Democracia Cristiana. El propio Andreotti ejemplificó esta realidad: él, católico y amigo personal de todos los papas desde Pío XII, fue quien firmó la ley que liberalizaba el aborto en Italia. Eran tiempos de extremismo malminorista, de hacer «sacrificios» para salvar el gobierno, que finalmente se ha demostrado como otro camino, en este caso con abundantes dosis de clericalismo, para llegar al mismo punto final que socialistas y liberales laicistas.

La consecuencia más duradera del proyecto democristiano ha sido la secularización de las masas católicas, hasta entonces refractarias en gran medida al proyecto secularizador de la modernidad, la aceptación por parte de éstas de este proyecto y su entrega al mismo sin remordimientos e incluso con bendiciones. Completado el trasvase, el Estado moderno muestra cada vez más a las claras su verdadero rostro y ya no disimula su animadversión hacia la religión católica.

Los democristianos más lúcidos comprendieron su fracaso y que en realidad estaban trabajando para lo contrario de lo que, en sus momentos de entusiasmo inicial, decían propugnar. Así ocurrió con Del Noce o con Guareschi. No sucedió así con Andreotti ni con sus discípulos más fieles, seguramente por-

que asumir el fracaso esencial de una vida, mas allá de múltiples victorias circunstanciales, supone un grado de heroicidad que sólo puede explicarse por una gracia especial. Comentando unas declaraciones de Andreotti a *La Stampa* en 2006, en las que afirmaba: «Provengo de la Democracia Cristiana: no hay más», escribía Massimo Borghesi que se trataba de «Un “no hay más” reivindicado, con orgullo, como expresión de una tradición política condenada a la derrota histórica, no a la ideal».

Asumiendo como norte, como el mismo Borghesi explica, «la gran lección de su maestro, Alcide de Gasperi, la enseñanza clave para el catolicismo político-democrático: evitar en Italia el resurgir del conflicto histórico entre güelfos y gibelinos, clericales y anticlericales», la Democracia Cristiana, y Andreotti como su más importante timonel, sacrificaron todo lo sacrificable, empezando por la vida de los no nacidos, y llevaron a su país, formado en el seno de la Iglesia, a alejarse de quien le había dado la vida.

## El caso Gosnell sacude los Estados Unidos

**T**RAS varios meses de espera, ya tenemos sentencia para el caso que ha conmocionado a Estados Unidos y al mundo entero, el del abortista Gosnell: culpable de tres cargos de asesinato en primer grado por cortar la espina dorsal de bebés nacidos vivos durante abortos en su clínica en la zona oeste de Filadelfia.

Alejandro Navas, en su artículo *La novela de terror sale a la luz* resumía bien el caso: «Kermit Gosnell, nacido en Filadelfia en 1941, se graduó como médico en 1966. Inicialmente trabajó en distritos pobres de su ciudad y puso en marcha un centro de ayuda a las víctimas de la droga. Muy pronto se convirtió en un militante a favor del aborto y rápidamente pasó a la acción: en 1972, un año antes de la sentencia del Tribunal Supremo que legalizó el aborto en Estados Unidos, abrió una clínica abortista, que ha dirigido durante casi cuarenta años. El negocio prosperaba, y para asegurar una mayor afluencia de clientes, Gosnell trabajaba en colaboración con otros centros de Delaware y Luisiana. Tanta actividad despertó el interés de las autoridades sanitarias, que reiteradamente sancionaron a Gosnell por mala práctica. Los primeros expedientes destaparon hechos como emplear a personal sin cualificación sanitaria, pero sucesivas inspecciones y denuncias de exempleados han terminado aireando una descomunal cámara de los horrores que ha acabado con la detención de Gosnell en enero de 2011. Ahora deberá responder ante un Gran Jurado. El informe de 280 páginas, publicado por el tribu-

nal, se lee como una novela de terror. La lista de infracciones es interminable, una especie de antología del crimen. Gosnell se dedicaba de modo especial a los abortos tardíos, por los que cobraba hasta 3.000 dólares, y también a los de adolescentes, a las que tranquilizaba afirmando que el tratamiento que iba a aplicarles era el mismo que había efectuado a su propia hija. La sangre corría abundantemente: el expleado Stephen Massof testifica que vio nacer vivos a un centenar de bebés, supervivientes del aborto, que a continuación fueron simplemente decapitados. Gosnell está acusado por asesinato en primer grado de siete de esos recién nacidos».

Estos hechos suscitan algunas reflexiones. Se ha hablado mucho de que el centro abortista de Gosnell era una casa de los horrores (guardaba frascos de cristal con pies cortados de los niños asesinados). Es cierto. Pero no debemos olvidar que todo centro abortista, aunque esté limpio y destruya eficaz y asépticamente los restos humanos de un aborto, sigue siendo una «casa de los horrores». Como escribía Bruno Moreno: «en España es legal abortar durante todo el embarazo a niños, por ejemplo, con síndrome de Down, aunque pudieran nacer en ese momento sin dificultad. ¿Hay realmente alguna diferencia entre hacer que nazcan y cortarles la médula espinal con unas tijeras y hacer lo mismo pero dentro de su madre? ¿O la única diferencia está en que, mientras no lo veamos, en realidad “no está pasando”?»

Y es que el caso Gosnell pone en evidencia el aborto en su globalidad. Como ha escrito Robert P. George en *First Thoughts*, «algo tan moralmente arbitrario como la localización de un ser humano –que esté dentro o fuera del útero– no puede determinar si matarle es un acto de homicidio premeditado o el ejercicio de una libertad fundamental». Por desgracia, es altamente probable que el modus operandi de Gosnell no sea un caso aislado. ¿Por qué sino Planned Parenthood se ha opuesto a una ley en Florida que obligaría a los médicos a dar asistencia a los niños nacidos tras un aborto fallido? Al mismo tiempo, también ha quedado claro que el aborto cuenta con la complicidad de las autoridades sanitarias, que hicieron la vista gorda a las denuncias recibidas contra Gosnell por el hecho de tratarse de una clínica abortista.

Por último dos notas que señalan a la vez similitudes y diferencias entre Estados Unidos y España. Por un lado los medios de comunicación, que reaccionaron inicialmente silenciando el caso, una actitud que también prevalece aquí. Sólo la insistencia de los provida ha conseguido quebrar ese silencio mediático. Por otro, Estados Unidos ha demostrado que, a pesar de todos los pesares, aún dispone de un sistema judicial. El incomprensible fallo en el Caso Morín en España muestra, por el contrario, que nuestro país carece de Justicia.



## LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona  
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

### SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

### *Este mes recomendamos:*



#### **La familia como raíz de la sociedad**

Autor: Pierpaolo Donati  
Editorial: BAC  
328 páginas  
Precio: 16,50 €

La familia, ¿es una institución del pasado que podemos modificar según nuestros sentimientos y mociones afectivas, o es una realidad que tiene una forma propia? Para responder a esta pregunta, es necesario dar razones sociológicas que sostengan que la familia es una institución del futuro y no solo del pasado, porque tiene bases naturales

sobre las que cada cultura podrá erigir formas diversas, pero no que anulen su naturaleza propia.



#### **La mujer que venció al mal**

Autor: Gabriele Amorth  
Editorial: San Pablo  
168 páginas  
Precio: 12,50 €

Meditaciones sobre la Virgen, a modo del tradicional «mes de María»: Anunciación, Visitación, Natividad, Epifanía, huida a Egipto, Bodas de Caná, Pasión, Pentecostés, y los dogmas de la Inmaculada Concepción y la Ascensión, el nombramiento de Madre de la Iglesia, el reconocimiento de su inmaculado corazón, las apariciones, el Rosario o su papel como Mediadora. El acercamiento a la vida de la Virgen, la primera redimida, la primera discípula y la primera colaboradora, lleva al lector al conocimiento de la relación entre María y su hijo Jesús.

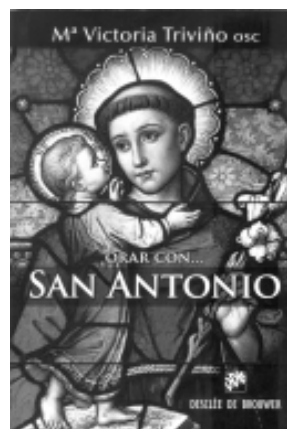


#### **Los 10 hábitos de las madres felices**

Autor: Meg Meeker  
Editorial: Palabra  
350 páginas  
Precio: 18,50 €

Los 10 hábitos más prácticos para llegar a ser una madre feliz. Las madres de hoy tienen que hacer de todo y hacerlo bien: criar niños prodigio, tener un aspecto fabuloso, ganar un buen sueldo, mantener la casa inmaculada, ser la esposa perfecta... Meg Meeker, gracias a su experiencia como pediatra y terapeuta, hace un llamamiento al cambio para liberar

a las madres de la creciente presión que ejerce sobre ellas esta continua necesidad de perfección y del peaje que pagan a costa de su salud física, emocional y mental.



#### **Orar con san Antonio**

Autor: M. Victoria Triviño  
Editorial: Desclée de Brouwer  
272 páginas  
Precio: 11,00 €

¿Se puede vivir sin fe en nadie ni en nada? La respuesta nos la dan los santos, quienes han vivido en la misma tierra, en las circunstancias del dolor, de la búsqueda, de la enfermedad, de la alegría, de la escucha y del silencio. Con este libro hacemos oración. Sus páginas nos enseñan a postrarnos y confiar, a levantar el corazón y bendecir, a entrar en la comunión de fe y amor. La contemplación y la oración nos darán energía para vivir con humildad y amabilidad, al nivel de los sencillos.

# CONTRAPORTADA

## María es madre

María es madre, y una madre se preocupa sobre todo de la salud de sus hijos, la preserva siempre con amor grande y tierno. La Virgen María protege nuestra salud. ¿Qué quiere decir esto, que la Virgen María protege nuestra salud? Pienso sobre todo en tres aspectos: nos ayuda a crecer, a afrontar la vida, a ser libres; nos ayuda a crecer, nos ayuda a afrontar la vida, nos ayuda a ser libres.

Una mamá ayuda a sus hijos a crecer y quiere que crezcan bien; por eso los educa para que no se dejen llevar por la pereza –a veces fruto de un cierto bienestar–, para que no cedan a una vida cómoda que se conforma sólo con tener cosas. La mamá se preocupa de que sus hijos sigan creciendo más, crezcan fuertes, capaces de asumir responsabilidades y compromisos en la vida, de proponerse grandes ideales. [...] La Virgen María hace esto mismo en nosotros, nos ayuda a crecer humanamente y en la fe, a ser fuertes y a no ceder a la tentación de ser superficiales, como hombres y como cristianos, sino a vivir con responsabilidad, a ir siempre más allá.

Una mamá además se ocupa de la salud de los hijos educándolos para que afronten las dificultades de la vida. No se educa, no se cuida la salud evitando los problemas, como si la vida fuese un camino sin obstáculos. La mamá ayuda a sus hijos a ver con realismo los problemas de la vida y a no venirse abajo, sino a afrontarlos con valentía, a no ser flojos, a superarlos, conjugando adecuadamente la seguridad y el riesgo, que una madre sabe «intuir». Y esto una mamá sabe hacerlo. [...] María ha pasado muchos momentos no fáciles en su vida, desde el nacimiento de Jesús, cuando «no había sitio para ellos en la posada» (Lc 2,7), hasta el Calvario (cf. Jn 19,25). Como una buena madre está a nuestro lado, para que no perdamos jamás el arrojo frente a las adversidades de la vida, frente a nuestra debilidad, frente a nuestros pecados: nos fortalece, nos señala el camino de su Hijo. Jesús, desde la cruz, dice a María indicando a Juan: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», y a Juan: «Ahí tienes a tu madre» (cf. Jn 19,26-27). En aquel discípulo estamos representados todos nosotros: el Señor nos encomienda en las manos llenas de amor y de ternura de la Madre, de modo que podamos contar con su ayuda para afrontar y vencer las dificultades de nuestro camino humano y cristiano; no temer las dificultades, afrontarlas con la ayuda de mamá.

Un último aspecto: una buena mamá no sólo sigue de cerca el crecimiento de sus hijos sin evitar los problemas, los retos de la vida; una buena mamá ayuda también a tomar decisiones definitivas con libertad. Esto no es fácil, pero una mamá sabe hacerlo. Pero, ¿qué quiere decir «libertad»? No se trata ciertamente de hacer siempre lo que uno quiere, dejarse dominar por las pasiones, pasar de una cosa a otra sin discernimiento, seguir la moda del momento; libertad no significa prescindir sin más de lo que a uno no le gusta. No, ¡eso no es libertad! ¡La libertad es un don para que sepamos elegir bien en la vida! María, como buena madre que es, nos enseña a ser, como ella, capaces de tomar decisiones definitivas; decisiones definitivas en este momento en el que reina, por decirlo así, la filosofía de lo pasajero. ¡Es tan difícil comprometerse en la vida definitivamente! Y ella nos ayuda a tomar decisiones definitivas con aquella libertad plena con la que respondió «sí» al designio de Dios en su vida (cf. Lc 1,38).

Palabras del papa Francisco con ocasión del rezo del santo Rosario en la basílica de Santa María la Mayor (4 de mayo de 2013)